



UNIVERSIDAD DE CUENCA

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación
Maestría en Antropología de lo Contemporáneo

Infraestructura de agua: las interrelaciones entre los conflictos legales, la materialidad de las construcciones para el agua y la migración.

Trabajo de titulación previo a
la obtención del título de
Magíster en Antropología

Autora:

Aida Patricia Yanza Tigre

CI: 0105551337

Correo electrónico: idayanza@gmail.com

Directora:

Maka Suarez Ontaneda

CI: 1711536936

Correo electrónico: makasuares@gmail.com

Cuenca, 8 de septiembre 2021



Resumen

Esta tesis proporciona una descripción etnográfica de las estructuras sociales mediante el estudio de la evolución de la infraestructura del agua de Xirapamba, una comunidad ubicada aproximadamente a 3.100 metros sobre el nivel del mar en la Cordillera de los Andes. Aquí, hay poca tierra plana y el agua siempre ha sido un problema debido a su escasez. Esta investigación documenta cómo las rivalidades de larga data, los rencores familiares resurgieron con la adjudicación de la distribución del agua que, a su vez, afectó la educación, migración y salud de las personas. También ilustra cómo el color de la piel, la percepción de clase social, la etnia, los apellidos y los roles de género se vieron afectados por la construcción de "nuevas" infraestructuras a lo largo del tiempo. Sin embargo, hasta el día de hoy, mucho después de que se enterraran las tuberías de agua en el suelo y trastornó la vida cotidiana de la comunidad, existen problemas no resueltos entre las familias que comenzaron con la forma en que se distribuía el agua y siguen siendo visible porque algunas familias ya no se hablan y se sientan en lados opuestos de la iglesia en la misa dominical.

Palabras claves: Construcción y evolución. Infraestructura. Agua. Estructuras sociales. Comunidad rural. Percepciones de Clase. Etnia. Migración.



Abstract

This thesis provides an ethnographic description of social structures by studying the evolution of the water infrastructure in Xirapamba, a community located approximately 3,100 meters above sea level in the Ecuadorian Andes. Here, there is little flat land and water has always been a problem due to its scarcity. In Ecuador, the 1972 "Water Law" established that water does not belong to any person but, is a public asset. This research documents how long-standing rivalries, family grudges resurfaced with the adjudication of water distribution which, in turn, affected people's education, migration, and health. It also illustrates how skin color, perception of social class, ethnicity, surnames, and gender roles were impacted by the construction of "new" infrastructures over time. However, to this day, long after the water pipes were buried in the ground and disrupted the daily life of the community, there are unsolved problems among families that began with the way the water was distributed and they continue to be visible because some families no longer speak to each other and sit on opposite sides of the church at Sunday mass.

Keywords: Construction and evolution. Water infrastructures. Rural community. Water Law of Ecuador. Social structure. Migration.



Índice del Trabajo

Resumen:	1
Abstract:	2
Cláusula de responsabilidad y cesión de derechos de publicación.	4
Dedicatoria.	5
Agradecimientos	6
Introducción	7
CAPÍTULO 1	14
Evolución de la infraestructura del agua y su incidencia en la comunidad de Xirapamba	14
1.1 La cotidianidad y la evolución de la infraestructura del agua	16
1.2. Adjudicación del derecho al acceso al agua	26
1.3 Fragmentación de la comunidad en tres Juntas de Agua	31
CAPÍTULO 2	38
Infraestructura del agua y las percepciones de clase, etnia y parentesco	38
2.1 Evolución de la infraestructura del agua y los imaginarios sociales en Xirapamba	39
2.2 Las interrelaciones de la infraestructura del agua con el parentesco, la etnia y la clase	51
2.3 La materialidad de la infraestructura y las nuevas relaciones sociales	56
2.4 El papel de la Iglesia Católica y la construcción de la infraestructura del agua	62
CAPÍTULO 3	68
Infraestructura del agua y migración	68
3.1 Primeras migraciones	69



3.2 Migración a los Estados Unidos	76
3.3 La identidad de los migrantes basados en la infraestructura del Agua	83
3.4 El género y la migración	86
Conclusión	93
Bibliografía	99





Cláusula de responsabilidad y cesión de derechos de publicación.

Cláusula de responsabilidad y cesión de derechos de publicación

Yo, Aida Patricia Yanza Tigre, autor/a de la tesis titulada “Infraestructura del agua: las interrelaciones entre los conflictos legales, la materialidad de las construcciones para el agua y la migración”, dejé constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Antropología, en la Universidad de Cuenca. De conformidad con el Art. 114 del Código Orgánico De La Economía Social De Los Conocimientos, Creatividad E Innovación, reconozco a favor de la Universidad de Cuenca una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra, con fines estrictamente académicos.

Asimismo, autorizo a la Universidad de Cuenca para publicar esta tesis en el repositorio institucional, de conformidad a lo dispuesto en el Art. 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior.

Firma: _____

Aida Patricia Yanza Tigre

C.I 0105551337

Cuenca, 24 marzo del 2021.



Cláusula de Propiedad Intelectual

Aida Patricia Yanza Tigre, autora del trabajo de titulación "Infraestructura de agua: las interrelaciones entre los conflictos legales, la materialidad de las construcciones para el agua y la migración//", certifico que todas las ideas, opiniones y contenidos expuestos en la presente investigación son de exclusiva responsabilidad de su autor/a.

Cuenca, 8 de septiembre 2021

Aida Patricia Yanza Tigre

C.I: 010555133-7



Dedicatoria.

El presente trabajo está dedicado a mis padres Carlos y Leonor que son el ejemplo vivo de paciencia, independencia, rectitud, solidaridad y trabajo duro. Aunque sus manos están cansadas de las labores del campo todas las tardes y los momentos de descanso lo utilizan religiosamente para dar gracias a Dios porque sus ojos pueden ver el fruto de su esfuerzo. También para mi esposo Mike y mi hija Lunette que juntos vamos creando nuevas memorias y para todos mis seres más queridos mis hermanos y mi hermana que a lo largo del camino hemos compartido ciertos tramos de la vida y he aprendido junto a todos a mirar la vida con alegría, tener valor, confianza y fe.



Agradecimientos

Primero quiero decir que estoy eternamente agradecida con todas y todos mis interlocutores; gracias por que hicieron que esta tesis sea posible con su tiempo, sus sonrisas, lágrimas y sus historias que dan cuenta de una memoria colectiva, así como de una historia personal. Aunque en este trabajo no utilice sus nombres verdaderos busque nombres que reflejen su fuerza, valor, paciencia, su sonrisa, su calidez, pero sobre todo la resiliencia que todos han cultivado a lo largo de los años. También quiero dar infinitas gracias a mi directora de tesis Phd. Maka Suarez por su interés en esta investigación, sus correcciones, recomendaciones, y su valioso tiempo. Además, mis más sinceros agradecimientos a Lourdes Cantos y Jacinta Aguirre por su apoyo leyendo los borradores y los ánimos para seguir escribiendo. Gracias a todos mis amigos, amigas y compañeros por las palabras de aliento, su tiempo, su cariño y aprecio. Infinitas gracias a todxs.



Introducción

La comunidad de Xirapamba¹ Se encuentra ubicada en la zona oriental de la Cordillera de los Andes. En su punto más alto alcanza los 4000 m.s.n.m y la zona más poblada del sector se encuentra a 3100 m.s.n.m. Las condiciones geográficas accidentadas de una zona montañosa combinada con las características del suelo generan una gran variedad de pisos climáticos y condiciones orográficas. La mayor parte del suelo de la zona es arcilloso y pedregoso, por lo que el uso agrícola de las parcelas supone una ardua tarea. Las zonas cercanas a las quebradas son una excepción, por lo que resultan más valiosas desde el punto de vista productivo. En una investigación sobre el valor de la tierra y los procesos de compra-venta y repartición de los terrenos en el centro cantonal desde 1930 hasta 1988 en el estudio realizado por Coronel (1990): “Los indios, en una desigual correlación de fuerzas recibieron tierras de secano, erosionadas, que sólo les permitió una producción estacional” (p. 213). Las tierras y su cercanía al agua moldearon a sus habitantes desde el momento de nacer, la carencia o abundancia de agua marcaba la supervivencia familiar.

El agua siempre fue un elemento en disputa por su escasez, estas afirmaciones nacen del estudio etnográfico realizado durante este trabajo, pero también de la vivencia de mis familiares más cercanos. Para comenzar quiero decir que la comunidad donde realicé mi trabajo de campo es un lugar muy familiar para mí porque se parece a la comunidad donde crecí. Con todo ello quiero decir que este trabajo es una mirada “desde adentro”, pero teniendo especial cuidado de que su experiencia no se convierta en un caso de estudio, sino que lo vivido y experimentado pueda ser una nueva mirada a las dinámicas sociales que aparecen en las comunidades rurales y en este caso están asociadas al acceso al agua y la evolución de su infraestructura. Tim Ingold (2017) dice: “Hay algo profundamente preocupante, como todos sabemos, en unirse a personas, aparentemente de buena fe, para luego darles la espalda para que la suya se convierta en un estudio de ellos y se conviertan en un caso.” (p. 21). Por ello esta investigación no pretende hacer un estudio sobre ellos sino con ellos y mostrar la complejidad de vivir en las zonas rurales del Ecuador, los

¹ Es un nombre ficticio que se le dio a la comunidad para proteger el anonimato de los informantes.



conflictos y disputas que ahí nacen, crecen o se profundizan por el acceso al agua y finalmente los efectos a largo plazo de esas disputas.

La investigación que presento a continuación permitió corroborar la interrelación entre la evolución de la infraestructura y las dinámicas sociales que circundan el acceso al agua. Las primeras infraestructuras dan cuenta de dinámicas que cambiaron drásticamente durante los procesos de adjudicación del derecho al uso del agua según el informe del Perito que documenta las condiciones de vida de los habitantes en relación al agua y dice: “En la actualidad su conducción se hace por acequias comunitarias que dan lugar al recurso, siendo prioritario que sus beneficiarios procedan al entubamiento de las aguas y mejoramiento de los medios de distribución” (Juicio 2346-A; 1981). Los folios de los juicios obtenidos dentro de la investigación son una mirada histórica a las condiciones de vida de los habitantes de las comunidades rurales, en este caso de la comunidad de Xirapamba.

Durante el proceso de adjudicación al derecho al agua que inició en 1980 se detalla información sobre la vida de sus habitantes y el acceso al agua que tenían las comunidades hasta ese momento. En ellos se menciona que: “Los beneficiarios de Xirapamba son 65 casas; Zhoray 40 casas, con habitantes promedio de 4 habitantes por vivienda” (Juicio, 2346-A, 1981). Durante décadas la mayoría de los habitantes de la comunidad de Xirapamba sufrieron la escasez del agua y la dificultad para acceder a la poca que existía en las vertientes y quebradas. Estas condiciones fueron moldeando un sistema social ligado íntimamente a la adjudicación del *derecho del agua* y al devenir de la infraestructura que iba apareciendo con el paso de los años, especialmente desde la década de los 80. Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC), entidad encargada del registro y estadística en el Ecuador, para el año 2010 todos los habitantes contaban con agua en sus hogares y en el 2019 el gobierno cantonal inauguró la implementación de agua potable para todas las casas de la comunidad.

Aunque hoy en día todas las casas habitadas cuentan con agua para consumo y dos de los tres sectores tienen agua de riego, esto no significa que los efectos de la lucha por el agua no hayan dejado huella hasta el día de hoy. Lo más evidente son las tensiones y conflictos



que persisten entre los miembros de familias enfrentadas en, por lo menos, tres generaciones a causa del acceso al agua. Esta disputa materializó los enfrentamientos soterrados que mantenían tres núcleos familiares de la comunidad que más tarde se vio reproducido y perpetuado en espacios que van más allá de la comunidad como por ejemplo en los Estados Unidos donde habita una parte significativa de los pobladores de Xirapamba desde principios de 1990.

La comunidad de Xirapamba sigue siendo una sola comunidad legalmente reconocida, que pertenece a la periferia de la única parroquia urbana del centro cantonal. Sus habitantes al igual que el resto de los pobladores de las áreas rurales del país han sufrido de maneras similares la pérdida de sus hijos por enfermedades relacionadas a la falta de agua, por ejemplo, en la comunidad durante los meses de julio y agosto los niños sufrían de problemas estomacales causados por el agua empozada que debían deber por ser lo meses de verano y la falta de lluvias. Como todas las comunidades esta no es estática, sino que ha estado en constante cambio. Los más significativos, sin embargo, tienen que ver con el derecho al acceso al agua, la migración y los imaginarios de etnia que existen. Como lo describe el antropólogo Boelens (2015): “el contexto nacional / global de estas comunidades cambia rápidamente, lo que tiene un gran impacto en su orden material, político y simbólico. La creciente presión demográfica, la migración, [...] entre otras, modifican profundamente la estructura agraria y el manejo de los recursos naturales” (p. 45). Para mirar esos cambios el presente trabajo está compuesto de tres capítulos que dan cuenta de la vida de sus habitantes y los cambios que han sufrido a lo largo de décadas.

El primer capítulo es un acercamiento etnohistórico y documental a la infraestructura del agua, la evolución de la misma y al impacto de la Ley de Aguas de 1972 que fue expedida cuando el país estaba gobernado por una dictadura militar. Los atropellos de la dictadura causaron miedo en las personas y en este caso provocó que las personas de Xirapamba no se unieron para buscar la adjudicación del derecho al agua. También es una observación a los cambios demográficos importantes y permanentes en la comunidad provocados por la evolución de la infraestructura, los cambios más perceptibles fueron las acequias que sirvieron como referentes para la construcción de la carretera, los primeros tanques de



cemento que sirvieron para la captación del agua, y finalmente la creación de Tres Juntas de Agua.

Todos estos son vestigios de los procesos a los cuales los habitantes estaban sujetos porque al ser una comunidad con muy poca agua se tuvieron que dividir las vertientes, Mazumder, Salman, Li, Yu (2018) señalan que: "Los sistemas de distribución de agua (SDA) se encuentran entre los sistemas de infraestructura civil más críticos. Un suministro de agua seguro es esencial para la prosperidad y el bienestar continuo de la sociedad." (p. 1). En Xirapamba no solamente eran infraestructuras esenciales para la vida, sino que, con el pasar de los años, estos sistemas han cambiado las prácticas cotidianas de sus habitantes creando verdadero poder dentro de ciertos espacios y sectores de la comunidad, quizás en el que más se puede observar esto es en el rol que jugó históricamente la Iglesia tanto en las negociaciones sobre el agua como en la creación de las tres Juntas de Agua, convirtiéndose además en el espacio físico donde estas se enfrentaban.

Actualmente existen tres Juntas de Agua legalmente reconocidas: Xirapamba, Xirapamba Alto y Zhoray. Para entender la importancia de estas Juntas de Agua es necesario comprender la importancia de tener derecho al acceso al agua en el contexto de la ruralidad donde como Boelens (2015) manifiesta que: "Los derechos de agua y el control colectivo del agua en el altiplano andino sólo pueden entenderse en relación con las estrategias dinámicas de sustento de las comunidades campesinas y las estructuras de poder más amplias en las que están integradas" (p. 47). En este caso la comunidad de Xirapamba no fue la excepción, en el primer capítulo también se señala como la orografía de la comunidad provocó que no se pueda construir una sola fuente de captación para repartir el agua a todos los habitantes de la comunidad lo que resultó en conflictos legales entre los diferentes sectores que finalmente, luego de más de una década de conflictos legales y físicos entre sus habitantes, se decidieron dividir el agua existente entre tres Juntas de Agua hoy legalmente constituidas. Cada una de ellas tiene una historia de luchas de poder que se visibilizan en la infraestructura misma del agua y que se detallarán en esta tesis.

El segundo capítulo es un acercamiento a las relaciones de parentesco y las percepciones de etnia, los imaginarios de clase que se agravaron durante los procesos de adjudicación del



derecho al uso del agua de las vertientes en la comunidad de Xirapamba. Aunque es la infraestructura construida alrededor del agua la que da cuenta de los imaginarios que la circundan, como Anand, Gupta, Appel. (2018) manifiestan: “la infraestructura se convierte en materia de sueños en esta temporalidad esporádica y laberíntica [...] Una modernidad de infraestructura compartida se convierte en sí misma en un sueño: agua para todos, electricidad para todos” (p. 42). Si bien la Ley de Aguas dictaminó que las personas puedan acceder a pedir el derecho a usar el agua, lo que permitió en un pequeño instante tener agua para todos, enseguida el sueño se transformó en una disputa legal que duró más de una década.

Dentro de este capítulo también abordó el papel del nuevo párroco que llegó al centro cantonal a principios de los años 1980 y fue el personaje que impulsó a los habitantes de las comunidades rurales a buscar la adjudicación al derecho al uso del agua de las vertientes. Entonces la vida de los pobladores de Xirapamba se fue determinando por la Junta de Agua a la que pertenecían. Ferguson (2012) señala: “Es importante subrayar lo que puede parecer evidente: las infraestructuras dan forma a los ritmos y estrías de la vida social. La clase, el género, la raza y el parentesco se refractan a través del acceso diferenciado a la infraestructura, decidiendo si hay agua o electricidad disponible y para quién” (p. 558). Es decir, en la comunidad el agua era el elemento que marcaba la riqueza y alrededor de su infraestructura se asentaban imaginarios de poder. A pesar que la infraestructura estaba cambiando los imaginarios de riqueza y clase continuaba construyéndose alrededor de su infraestructura y fue por ello que dentro de los sectores había familias con mejores equipamientos para la distribución de la misma. Además, los matrimonios que se dieron durante diferentes décadas cuentan una historia acerca de las percepciones que giran alrededor de la infraestructura para acceder al agua.

Y finalmente, en el tercer capítulo es la aproximación a la infraestructura del agua y los procesos de migración que dan cuenta de los cambios que aparecen en la comunidad. Xirapamba fue una comunidad que no era extraña a la migración, a veces era temporal cuando los hombres iban a trabajar en la Costa ecuatoriana y una migración permanente que se daba cuando familias escapando de la pobreza extrema se asentaban en el Oriente.



Sin embargo, en los años 90 aparece una migración permanente a los Estados Unidos, en un principio solo de hombres, que nuevamente cambiaría los acercamientos a la infraestructura del agua. Como señala Martínez (2006), en esta década “se evidencia mucho más claramente en los procesos de emigración de la mano de obra y su inserción en las economías de países desarrollados (los Estados Unidos de América y España, principalmente), [...] por esta causa también acusan fenómenos de desertificación social (provincias de Azuay y de Cañar, al sur del Ecuador)” (p. 167).

La migración y la infraestructura del agua entonces toman nuevas formas. En esta zona, el sector con más migrantes fue el primero en utilizar “nuevas tecnologías” como los medidores de agua para principios de los 2000. La infraestructura del agua se convierte nuevamente en el hilo de imaginarios de riqueza y clase. Como Anand, Gupta, Appel (2018) indican es: “la infraestructura es una parte integral e íntima de la vida social diaria: afecta dónde y cómo vamos al baño [...] dónde podemos viajar, cómo el tiempo que lleva y cuánto cuesta llegar allí; y cómo nuestra producción y consumo se abastecen de combustible, materias primas y transporte” (p. 42). Fue la infraestructura del agua la que determinó en gran medida quiénes emigraban y a dónde iban a llegar. También marcó cómo se relacionan las personas de Xirapamba fuera del país, en específico en el condado dentro de los Estados Unidos, donde se reproducen dinámicas sociales entre los involucrados en las peleas por la adjudicación del agua que se dio en la década de 1980.

La migración permanente fuera del país es lo que obligó a que las relaciones de género se reinventaran. Hasta ese momento mayoritariamente los hombres constaban en las nóminas de socios de las Juntas de Agua y eran los encargados de lidiar con los procesos legales y demás. Solamente cuando estos abandonan la comunidad es que las mujeres pasan por procesos de liberación que nacen desde quién está al frente de la Junta de Agua.

Sin embargo, es importante señalar la complejidad de las relaciones sociales y su materialización también compleja en la infraestructura del agua que existe todavía. Así como sus implicaciones en la vida cotidiana de los habitantes de Xirapamba. Si bien la comunidad sigue siendo una sola, legalmente reconocida, son las tres Juntas de Agua las que han dado forma a la cotidianidad de sus habitantes. Las Juntas de Agua y sus comités



internos son los que designan a los socios que deberán trabajar en la minga de la carretera, de la luz, el arreglo en el convento y otros o en el acompañamiento durante los trámites municipales para pedir obras comunitarias,

Todo esto ha provocado que existan generaciones que están más marcadas que otras por los conflictos legales que surgieron durante el proceso de distribución del agua y cada una de ellas ha aprendido a lidiar con las mismas, sea dentro de la comunidad como fuera de ella. Al final del día cuando alguien pregunta: ¿usted de dónde es?, todas las personas de la comunidad todavía responden que son de: Ecuador, el nombre del cantón y más específicamente de la comunidad de Xirapamba. Entonces la comunidad se habita tanto físicamente, como desde la distancia, con memorias individuales y colectivas, con sentimientos de pertenencia o abandono que al final terminan girando alrededor del acceso al agua y su infraestructura.



CAPÍTULO 1

Evolución de la infraestructura del agua y su incidencia en la comunidad de Xirapamba

El primer capítulo de este trabajo trata sobre la evolución de la infraestructura del agua en Xirapamba. El capítulo se divide en tres momentos que permiten abordar la infraestructura del agua como el vehículo conductor de las relaciones sociales, políticas y económicas de los habitantes entre sí, además de las interacciones con entidades gubernamentales y eclesiásticas. El primer momento evidencia las relaciones con la infraestructura del agua marcadas por prácticas cotidianas que se vieron envueltas en una nueva legalidad del agua. Este acercamiento histórico trata sobre la infraestructura base del agua antes de la aparición de la Ley de Aguas de 1972. La segunda parte evidencia el impacto social en la vida de los habitantes y el inicio de los trámites legales de adjudicación del derecho al uso del agua de las vertientes. Finalmente, la tercera parte es un recuento de las disputas legales para la repartición del derecho al uso del agua y la implementación de una nueva infraestructura que generó las primeras fragmentaciones entre los tres sectores que conforman la comunidad durante los años 80 que duraron hasta 1999 y terminó en la creación de tres Juntas de Agua.

Mi intención con este trabajo de investigación es mostrar que el agua no es solo “agua”, su cauce corre a pesar de infraestructuras que la contienen y más allá de eso, no es estática en las relaciones sociales que la circundan. No está muerta, sino que en su materialidad cuenta de una lucha del pasado y del presente entre los habitantes y con organismos gubernamentales. No existían representantes “buenos” o “malos”, sino que cada grupo buscaba sobrevivir, como lo comenta Doña Margarita: “la lucha del agua era para dar de beber y comer a los hijos y más que nada tratar de vivir” (Diario de campo, 2018). Doña Margarita es una persona importante en este estudio. Nació a finales de la década de los 40, creció en una comunidad vecina pero vive en Xirapamba desde que se casó en 1970.



Siempre ha sido una persona que echa una mano a las familias en extrema necesidad. Trabaja en el campo como todos los demás. En los días de mercado en el centro cantonal vende lo que cultiva junto con lo que puede comprar a buen precio al por mayor.

Bajo esta premisa, tomo lo mencionado por Ballestero (2019) quien manifiesta:

El agua es una "mercancía ficticia" porque ningún trabajo ha transformado su esencia y, por tanto, encaja mejor en el ámbito de la "sociedad" y no en el ámbito de la economía capitalista. Pero también en este sentido, el carácter del agua es resbaladizo.[...] También pueden pagar una factura de agua a fin de mes, comprar agua embotellada en una tienda y pagarle a un vecino para que se conecte a su línea. Incluso si en algún momento el agua se mercantiliza, su vida social conlleva un momento de desmercantilización para ser ingerida, compartida o bañada. (p. 20)

Esta investigación parte de mi propia experiencia viviendo en la ciudad y regresando a visitar a mi familia en una comunidad rural del sur del Ecuador. Pensando las infraestructuras del agua desde los diferentes puntos de vista de la comunidad, así como de las materialidades que componen el ciclo de uso del agua. Me interesa plantear una conversación con el trabajo de la antropóloga Andrea Ballestero (2019):

Desde este punto de vista, la aprehensión material del agua no puede limitarse a una forma supuestamente estable de agua de la que podemos inferir consecuencias culturales o políticas de su presencia o ausencia. Pensar en la materialidad del agua implica cuestionar, en primer lugar, cuál podría ser su corporeidad, como algo se convierte en un cuerpo de agua en un tiempo y lugar determinados, y como ese cuerpo es siempre una entidad tecnopolítica. (p. 15)

Entiendo a esa "corporeidad" como los múltiples ángulos sociales desde los que esta tesis trata de comprender a las infraestructuras sociales. Para el trabajo etnográfico de este capítulo, se requirieron varias visitas a la comunidad, así como una recolección minuciosa de la información de archivos jurídicos para rastrear la implementación de nuevas tecnologías en diferentes momentos históricos.

1.1 La cotidianidad y la evolución de la infraestructura del agua

La comunidad está asentada en las laderas y colinas que circundan el centro cantonal, sus terrenos son pobres para cultivar y las quebradas con agua ininterrumpida son pocas y lejanas, por ello el agua fue un elemento siempre en disputa por su escasez. Como lo señalan Hidalgo, Boelens y Vos (2017): “Las haciendas tenían las mejores tierras de cultivo en los valles, desplazando a los indígenas a zonas más altas con suelos de baja calidad. Muchos pueblos indígenas eran propiedad de la hacienda, mientras que otros permanecían "libres" en altitudes” (p. 74). Los habitantes de Xirapamba pertenecían al grupo de gente “libre” pero han batallado desde que tienen memoria por el acceso al líquido, incluso antes de que las instituciones gubernamentales aparecieran para regular su uso o adjudicar el derecho al uso de la misma. Hoy todavía existen las primeras infraestructuras del agua como vestigios, esqueletos visibles de un sistema de acceso y distribución del agua antes de la aparición de la Ley de Agua de 1972 y la adjudicación al uso de las vertientes de agua para la comunidad en 1981.



Imagen 1. Xirapamba desde las alturas. Autora: Aida Yanza, 2019.

La primera infraestructura del agua estaba compuesta por acequias, pozos, caminos vecinales, linderos, entre otros. Para poder entender a esta primera infraestructura del agua y las relaciones de poder alrededor de la misma, es necesario aclarar cómo estaba compuesta la comunidad rural. Para ello, el autor Jason Pribilsky (2007) mediante la investigación que realizó en las comunidades rurales de la provincia del Cañar dice que: “A los lados de las laderas [...] vivían algunas de las familias más pobres de la comunidad en una serie de humildes domicilios, casi todos los cuales se las arreglaban sin agua corriente (agua entubada) y algunos sin electricidad” (p. 35).



Imagen 2. Acequia y poza abandonadas. Autora: Aida Yanza. 2019.

La realidad descrita en el párrafo anterior por Pribilsky no es ajena a la vida de los habitantes de esta comunidad. Hasta mediados de 1990, la mayoría de las casas de los habitantes de la comunidad de Xirapamba se podían dividir por pequeños conjuntos de grupos familiares: quienes tenían fácil acceso al agua, ya sea porque vivían cerca de la vertiente o porque tenían ojos de agua en sus terrenos (pequeñas afloraciones de agua en forma ovalada) y, aquellas familias que vivían en los terrenos más rocosos, estériles y que



generalmente estaban más alejados de cualquier fuente de agua; esto, dentro de la comunidad, creaba una especie de jerarquía social.

Por muchos años, las familias más pobres de Xirapamba dependían del agua de las quebradas y de su capacidad para prestar favores a quienes sí tenían grandes pozas de agua cerca de sus casas. Los habitantes de la comunidad, a pesar de estar segregados por el acceso al agua, de alguna manera también estaban unidos en la necesidad de acceder a servicios como salud, educación, electricidad, viabilidad, y esto los hacía pertenecer al mismo grupo social. Si bien en la comunidad podían ser personas con más posibilidades -tomando como recurso monetario al agua- una vez que llegaban al centro cantonal se les consideraba campesinos a todos por igual.

Como se mencionó anteriormente, las primeras infraestructuras del agua fueron las pozas y las acequias, que cobraban gran importancia al momento de hablar de riqueza y poder. Como plantea Verónica Strang (2009) “el agua también es una construcción social que se deriva de luchas internas por el poder” (p. 44). Aquellas personas que poseían más pozas de agua tenían más poder, por tanto, tenían terrenos productivos que significaban mayores recursos alimentarios. Además, esto ayuda a explicar por qué existen áreas en la comunidad con un gran número de casas en un solo lugar, formando una especie de ciudadela y, por otro lado, existen sectores de los terrenos más pobres con pocas viviendas pequeñas distanciadas unas de otras; permitiendo de tal manera comprender como lo sugiere Strang (2003) que: “la casa y el cuerpo están íntimamente ligados, la casa es una extensión del cuerpo” (p. 127). Quien tenía más agua, podía construir una casa grande de tres o cuatro habitaciones, de dos pisos, para así mostrar su poder económico y su estatus social en la comunidad.

La casa se convertía entonces en una muestra de riqueza o a su vez de pobreza. Para construir, pedían a quienes les debían favores o necesitaban agua para que les ayudarán a acarrear diferentes tipos de tierra para los tapiales, palos, piedras, entre otros materiales de construcción. Por esta razón, el primer gran cambio de la infraestructura del agua y el acceso a la misma se dio durante la época de los años 50 según comenta Don Juanito, el



nació a finales de los años 40 y ha vivido la mayor parte de su vida en la comunidad, aunque desde principios de la década de los 60 migraba hacia la costa y recuerda que:

Cuando estaban construyendo el convento, al costado de la iglesia se abrieron nuevas acequias, lo que permitió el acceso al agua a algunas familias de la zona ya que todos los sectores de la comunidad debieron abrir nuevas acequias para llevar agua a la iglesia, porque había algo más poderoso que ser dueño del agua y ese algo era “el temor a Dios”. Una vez abiertas las acequias para la iglesia, éstas no se podían cerrar y la gente comenzó a construir sus hogares al filo de la acequia (Diario de campo, 2018).

Esta fue quizás la primera redistribución demográfica dentro de la comunidad, todavía hoy en día se pueden apreciar pequeñas casas de adobe abandonadas junto a las primeras acequias, además del primer pozo que se construyó para las religiosas al costado de la iglesia.

La construcción del convento fue realizada a partir de mingas donde participaban todos los habitantes de la comunidad. Los “maestros” encargados de la obra provenían de lugares circundantes al cantón con abundante agua, porque mientras más agua se tenía cerca de casa, había más tiempo para aprender a leer, a escribir y a realizar otros oficios, pues ya no era necesario pasar todo el día acarreado agua para poder sobrevivir. Don Lizandro, una de las últimas personas mayores de 80 años que todavía vive, explica que:

Verás, hijita, teníamos que hacer el convento porque las madrecitas Carmelitas tenían que venir a la comunidad. Y, qué te parece, ellas venían a la iglesia una vez al año, casi un mes y tenían que dormir en la iglesia porque las madrecitas no se acostumbraban a ir a vivir con ninguno de la comunidad, y no podían ir volviendo al centro cantonal porque no había carreteras. También de noche hacían rezar el rosario en la iglesia, todos íbamos llevando velas y el que tenía llevaba lámparas de Kerex (Kerosene), al final del mes venía el Padrecito para realizar los sacramentos del matrimonio, bautizo y otros sacramentos importantes (Diario de campo, 2018).



La iglesia tenía un sistema de adoctrinamiento para los habitantes de las zonas rurales que no variaba mucho de un lugar a otro en los Andes ecuatorianos. Entonces, durante la construcción del convento, primero se realizaron algunas mingas desde las vertientes para ensanchar o crear nuevas acequias según la necesidad porque había algunos lugares en donde la acequia se llevaba para un solo hogar. Por esta razón, durante este periodo, las mismas se cortaron para formar un sistema consolidado de acequias que concluían en un mismo lugar y ese era la iglesia. Esto permitió que todos los habitantes de la comunidad pudieran tener, al menos durante la temporada de lluvia, una manera de recoger agua y debido a esto, se fue modificando la distribución de las casas y el espacio geográfico.

Estas infraestructuras son, en palabras de Verónica Strang (2009) “la agencia que determinará la identidad de ser dueños o no de algo. La incorporación física o imaginativa del agua es igual de importante en la construcción de la identidad que es dos, individual y social” (p. 207). Para demostrar que seguían teniendo poder y riqueza, algunos grupos de familias, que eran aquellos que vivían cerca de las fuentes de agua, tomaban el rol de sacerdotes durante las fiestas patronales más importantes de la comunidad: San Marcos “15 abril”, Virgen Purísima en el mes de agosto y Santísima Natividad en diciembre, como muestra de su poder económico en la comunidad. Así, el agua construye una identidad tanto para quienes poseen el líquido, así como para aquellos que no tenían un fácil acceso al mismo. La primera infraestructura –como es la naturaleza del agua– comenzó de poco a poco, gota a gota, a romper las estructuras sociales y cambiando las normas de convivencia del sector.

Hasta finales de los años 80, el agua fue el símbolo de riqueza que se podía exhibir, este líquido por su escasez e importancia fue lo que, en principio, creaba brechas sociales en una comunidad habitada por campesinos que de una u otra manera tenían un parentesco entre sí; quienes tenían mayor acceso al agua podía tener tres pozas de agua, una cerca de la casa que se utilizaba para la cocción de los alimentos, otra poza un poco más lejana de reservorio y una última para dar de beber a los animales. En palabras de Don Juanito:



Quienes tenían agua tenían el poder, estas personas podían o no dejar de hacer favores, si se rogaba que ayuden a desyerbar o arar podían decir que no y no pasaba nada. Pero si ellos eran los dueños del agua, la pobre gentecita tenía que decir que sí, porque si no hasta el paso mezquinaba y no les regalaban agua cuando se necesitaba para una fiesta o un velorio (Diario de campo, 2019).

Las personas que no querían deber favores a nadie, tenían la vida un poco más difícil porque para acceder al agua debían caminar treinta minutos o más hasta la quebrada más cercana para recolectarla. En cualquier caso, acarrear agua nunca era fácil, la madre o hermana mayor debía llevar a los más pequeños de la casa para que todos carguen un poco de agua hacia el hogar, en pequeñas pomas de lata; esta era la rutina diaria.

Por otro lado, quienes podían acceder a la educación primaria y terminarla eran los hijos de quienes poseían pozas de agua cerca de la casa o vivían junto a la vertiente. Por lo general, éstas se convertían en las personas que podían hablar con el sacerdote y, si era necesario, representaban a la comunidad porque sabían leer y escribir. Los que no asistían a la escuela era debido a que tenían que trabajar porque si no lo hacían, implicaba más trabajo para los demás; sus vidas no cambiaban mucho porque formaban parte de las zonas más vulnerables y desamparadas porque sus terrenos eran los más estériles de la zona para el cultivo. Sin saber leer o escribir, su única esperanza era migrar y tratar de comprar un terreno cerca de la acequia o de la quebrada para que al menos las vidas de sus hijos puedan cambiar, ya que su condición social no cambiaría en la comunidad porque la pobreza era un estigma. Sin embargo, si lograban cambiar la suerte de sus hijos o cambiar el destino de sus hijas, podrían casarse con alguien de mejor posición social y económica.

En la comunidad de Xirapamba, al final los favores eran impagables; en este sentido, muchas personas preferían migrar por temporadas hacia la Costa para trabajar en las plantaciones de banano, en la tala de montañas, y décadas más tarde migrar hacia los Estados Unidos para realizar cualquier tipo de trabajo no calificado que les permitiera enviar remesas a sus familias. Sin embargo, al llegar a estos lugares, tampoco se libraron de este sistema de favores. Por ejemplo, los migrantes que hoy en día viajan hacia otros países



siguen redes migratorias, es decir viajan donde conocen a alguien. Esa persona los acoge dentro de su cuarto, les ayuda a buscar empleo y a entender algo mejor al país de acogida.

Aun así, los que se quedaban en la comunidad terminaban ayudando a los que tenían agua porque como lo señala Doña Margarita “el dinero no compra agua, porque de poco o nada me servía que mi marido vaya a trabajar a la Costa si aquí se seguía sufriendo, no es que no apreciaba, pero la vida era bien difícil” (Diario de campo, 2019). Ella lo comenta desde su experiencia, si bien su esposo se ausentaba por meses del hogar, ella continuaba con el mismo problema: no tenía agua. Su esposo había comprado bicicletas para que sus hijos lleguen a la escuela en el centro cantonal y, sin embargo, todas las tardes debían caminar treinta minutos a las quebradas y debían acarrear agua para que su madre pudiera cocinar. Doña Margarita habla con lágrimas en los ojos cada vez que recuerda cómo sufrieron sus primeros tres hijos:

Mis hijos pobrecitos tenían que ir conmigo a lavar la ropa, yo lavaba rápido para que no nos coja la tarde, el mayor ya prendía la candela para calentar el agua para bañar a los más chiquitos, o a veces decía “mamá, deje, nosotros vamos a hacer, usted ya coja la hierba” porque ya era de tarde, el sol se estaba poniendo. Mis guaguas, los tres varoncitos, han sufrido tanto, a veces mi suegra me ayudaba, decía anda dejando al más chiquito, ese guambra más a de molestar. Entonces les llevaba solo a mis dos varoncitos para que me ayuden. Yo llevaba motecito con porotitos para mis guaguas que comíamos cuando el sol quemaba más, porque era hora del almuerzo y descansamos. (Diario de campo, 2019).

El dinero que su esposo traía de la Costa ayudaba a pagar las matrículas, los uniformes y los útiles, pero nunca alcanzaba. Así que él volvía a migrar y ella, por su lado, también aportaba económicamente al hogar; los días martes, viernes y domingos madrugaba por los caminos vecinales al centro cantonal junto con sus hijos para comercializar sus hortalizas en el mercado; a veces legumbres que compraba a los mayoristas y durante el día las revendía por unos centavos más para sostener a sus hijos que estudiaban en el centro cantonal.



Aunque el sistema de acequias fue importante hasta mediados de los años 80, el agua seguía teniendo valor y, por tanto, el sistema de regalos no había cambiado, incluso cuando las Juntas de Agua ya estaban establecidas seguía funcionando como lo resume Mauss: “en apariencia libre y gratuito [...], el regalo que se brinda con generosidad, incluso cuando en ese gesto que acompaña la transacción solo hay una ficción, formalismo [...] detrás de él hay una obligación” (p. 71). En el caso de los habitantes de Xirapamba, el sistema de regalos eran deudas impagables que pasaban de padres a hijos por generaciones, la manera de pagar estas deudas no escritas era con mano de obra. Hoy en día, todavía funciona este sistema porque las personas que viven en el sector siguen cultivando los terrenos. El sistema se denomina “cambia mano”, que consiste en: “Yo te ayudo y tú me ayudas”, así tenemos una deuda que nunca se termina de pagar. Como explica David Graeber (2014), esto asume que la relación no termina, que las personas quieren (o deben) seguir vinculadas y la deuda perpetúa ese intercambio.

Los que migraron hacia los Estados Unidos también formaron parte de este sistema de endeudamiento, así como sus padres y abuelos cuando migraron hacia la Costa. De la misma manera, en el momento de viajar a otro país, es una cadena de dar y devolver favores o “regalos”. Para la mayoría que se fue, todos esos sucesos son recuerdos lejanos de épocas casi inmemorables, pero para Doña Margarita no es así, porque ella se ha quedado en la comunidad y se rehúsa a vivir en el centro cantonal ya que cuenta que:

Hemos sufrido tanto para tener el agua que dejarla a manos de otros es impensable. O dejar que se desperdicie, eso nunca. Ya cuando no tenga más fuerzas tal vez, pero ahora no, si aquí nos hemos acabado la vida trabajando, peleando en juicios, gastando en mangueras, cómo voy a dejar todo esto botado” (Diario de campo, 2019).

Para algunas generaciones, toda la infraestructura del agua es también parte de sus propias historias y el agua es la línea paralela de sus vidas, de la que no pueden alejarse. Para otras generaciones, el agua es tan solo algo que siempre ha estado en la llave, lista para ser utilizada o almacenada en los tanques de cemento que han construido en sus casas. Pero eso no implica que para algunas mingas como para revisión de los postes de luz, el arreglo de



carretera, el mantenimiento del convento o la iglesia donde solo se necesitan de 4 a 10 personas el trabajo sea repartido para cada una las Juntas de Agua. Para llegar a esta concesión todas las personas de la comunidad son primero llamadas por los parlantes a la Asamblea Cristina en la iglesia de la comunidad que se celebra los días lunes y es en este lugar donde se da a conocer detalles de los trabajos a realizar y como van a ser repartidos para cada Junta dependiendo de la duración se designan el trabajo por días, semanas. Es entonces que cada sector o la directiva realizan sesiones para hacer una lista con las personas que deberán ir a trabajar con las personas que pertenecen a las otras Juntas de Agua.

Otro gran cambio dentro de la dinámica de la comunidad y la infraestructura del agua fue la carretera que se abrió en 1974. Esto permitió que alrededor de esta vía se abran acequias en nuevos lugares. Así, las personas que vivían cerca de la carretera podían excavar nuevas pozas de por lo menos 5 metros de ancho por 3 o 5 de fondo, esta circunstancia modificó nuevamente la dinámica de las familias y la comunidad. Ahora podrían acceder al agua quienes vivían cerca de las acequias y los ojos de agua, y quienes habitaban cerca de la carretera. Estas pozas se llenaban durante los meses de invierno y podían durar al menos tres meses, sin embargo esta agua no era limpia, por estas y muchas otras razones conocidas y desconocidas, a finales de los años 70, murieron muchos niños.

Los ojos de Doña Margarita se vuelven a llenar de lágrimas al recordar que su hijo murió en su espalda mientras ella lo llevaba cargando en su chalina hacia el hospital. Hasta hoy en día, recuerda el lugar exacto donde su hijo dio su último suspiro, debido a que la ruta que une el centro cantonal con la comunidad no ha cambiado con el paso de los años. Menciona que su esposo construyó una gran poza para que, como ella explica:

No sufriera tanto por el agua, porque en esos tiempos el agua bajaba siguiendo la carretera y había agua por montón. Llenábamos los pozos, y debido a que el agua estaba estancada aparecían los “chufles” (renacuajos). Tal vez esa agua enfermó a los guaguas, no sabemos, pero en el mismo año murieron más niños, de qué morirían, no sabemos, pero casi todos en



la comunidad perdieron siquiera uno de sus hijos al igual que nosotros (Diario de campo, 2019).

Toda esta situación no fue fácil para la gente de la comunidad, por esta razón fue difícil continuar con las entrevistas que puedan referirse a estos sucesos. Nadie quiere recordar esa época tan triste. Sin embargo, parecen hechos verídicos porque hay una brecha generacional, hay pocas o casi ninguna persona nacida a finales de los 70 o principios de los 80. Aun así, al ser un tema muy sensible, la gente no habla mucho de ello y hay heridas que es mejor no volver a abrir.

En la década de los 80, con el apoyo del nuevo párroco, la comunidad decidió buscar el derecho al acceso al agua. Si bien los habitantes de Xirapamba ya habían comenzado a escuchar sobre las denuncias del agua, la llegada del nuevo párroco ayudó a acelerar el proceso. Aquí me interesa conectar con lo que dice Andrea Ballesterio (2020) cuando explica qué:

Mostrar cómo el agua está lejos de ser único y está completamente integrado en las largas tradiciones de derecho, economía, religión y política liberal. Por lo tanto, en cierto modo, quiero argumentar contra el excepcionalismo del agua, una condición que puede provocar una mistificación que cierra las formas cotidianas en las que se ve afectada su materialidad. Quiero recordarles que la política del agua es amplia, transversal y no excepcional (p. 187).

La infraestructura del agua y la política que apareció alrededor de este líquido vital, cambiaron la vida de los habitantes. La materialidad permitió la visibilización de problemas estructurales dentro de las relaciones sociales, pero también ayudaron a que, de una u otra manera, las personas de la comunidad y las nuevas generaciones tengan una vida más digna, los niños podían asistir a la escuela porque ya tenían agua cerca de la casa, o incluso podían acarrearla de las vertientes sin que nadie se los pueda prohibir. El rol de la iglesia local también muestra las transversalidades que recalca Ballesterio así como el rol de los entes gubernamentales locales como vemos a continuación.



1.2. Adjudicación del derecho al acceso al agua

En el Ecuador, en el año de 1964, se conformó el Instituto Nacional Ecuatoriano de Recursos Hídricos (INERHI) encargado de gestionar los recursos hídricos del país. En el año de 1972 se expidió la primera Ley de Aguas, que en el Art. 2 manifiesta:

Las aguas [...] son bienes nacionales de uso público, están fuera del comercio y su dominio es inalienable e imprescriptible; [...] no hay ni se reconoce derechos de dominio adquiridos sobre ellas y los preexistentes sólo se limitan a su uso en cuanto sea eficiente y de acuerdo con esta Ley (Ley N°369, 1972).

Sin embargo, la Ley se expidió en un momento donde el país estaba convulsionado por el golpe de Estado y el derrocamiento del presidente Velasco Ibarra cuando el país se inscribió en una dictadura militar encabezada por Guillermo Rodríguez Lara que duró hasta finales de 1976 y fue sucedida por un triunvirato militar hasta 1979. La Ley de Aguas fue expedida como una estrategia para controlar ciertos sectores económicos del país porque quienes accedieron al derecho al agua en el centro y norte del país fueron los dueños de las grandes haciendas de la sierra. Al ser una Ley creada dentro de la dictadura misma nunca fue socializada, y al igual que la Ley de Reforma Agraria se utilizó más para oprimir a los sectores campesinos junto con todos sus representantes, pero el discurso que manejó la dictadura fue el de alcanzar verdaderos cambios en el país.

La Ley de Aguas llevó a los habitantes de la comunidad de Xirapamba a no buscar la adjudicación porque vieron y sabían por los comentarios, de boca en boca, que Monseñor Leonidas Proaño² fue acusado en el 1973 de terrorista y más tarde, en 1976, encarcelado. Todos sabían que las personas que buscaban justicia en medio de la dictadura, terminaban

² Monseñor Leonidas Proaño fue conocido como el “Obispo de los indios y los pobres”. Los habitantes de Xirapamba conocían de la vida de Monseñor porque la gente que trabajaba en las plantaciones de la Costa lo hacían junto con personas de la Sierra Centro del país. Monseñor era un personaje muy querido por los indígenas, obreros y campesinos por su lucha constante por la igualdad social. Por ello al saber de la persecución de la dictadura y otros mandó poder a pesar que él era una persona religiosa. Esos y otros acontecimientos causaban miedo en la población más vulnerable hacia los entes gubernamentales, además, escuchaban de la persecución de las sociedades elitistas, otros sacerdotes y religiosas que rechazaban su forma de predicar.



como Monseñor Leonidas Proaño o peor, ya que muchos dirigentes de las comunidades fueron encarcelados o desaparecidos.

En los años de la dictadura, Don Juanito recuerda que: “la vida era dura en el país, era como una hacienda, los militares eran los dueños de la hacienda, los gobernadores y alcaldes que trabajaban en las oficinas del gobierno local eran los capataces y finalmente los curitas seguían siendo, como siempre habían sido, los diezmadores” (Diario de campo, 2020).

Todas las comunidades rurales tenían conocimiento de “las matanzas en manos de los militares”. La Masacre de Aztra³ fue solamente una muestra más de lo que en el país sucedía; en esta azucarera trabajaron algunos habitantes de las zonas aledañas al centro cantonal y fueron testigos de esa matanza. Por estos acontecimientos, la gente no se atrevería a unirse para comenzar los trámites legales para el agua. Una cara más de la Ley de Aguas fue mostrar las fragmentaciones sociales dentro de las comunidades que terminaban por enfrentarse en litigios legales entre los diferentes sectores para el uso del agua de las vertientes. Cuando la dictadura finalizó, la población ecuatoriana regresó al régimen democrático y solo en ese entonces se atrevieron a buscar el “derecho a la adjudicación del agua”, es decir, cuando los ciudadanos sintieron que ya no era peligroso.

A mediados de los 80 y principios de los 90, comienzan a aparecer en gran número juicios por el agua. Los documentos legales obtenidos durante esta investigación cuentan la historia de los procesos judiciales, por ejemplo, el número de juicios indican el desarrollo de todos estos procesos, pero también resulta ser una herramienta sustancial para entender la dinámica social que circundaba el momento. Es así que en el primer expediente abierto sobre el uso y aprovechamiento de las agua tiene el número de juicio 790-A; para el año

³ La Masacre de Aztra se dio en 1977, la dictadura militar que sometió el país envió a soldados a matar a los obreros del ingenio azucarero y todos los presentes, (mujeres embarazadas, niños y ancianos), que merendaban dentro de la fábrica durante una huelga. Todos ellos reclamaban el cumplimiento de un alza salarial; muchos de los habitantes del cantón y familiares de algunas personas de Xirapamba trabajan en ese lugar. De la atroz matanza de aquella noche quedaron como testigos hijos huérfanos, padres que perdieron sus hijos e hijas, esposas que perdieron a sus maridos. Sus perpetradores y autores intelectuales siguen impunes, caminando libres por la calles.



1983, el nuevo folio legal contiene el número 2590-A, esto fue cuando ciertos sectores de la comunidad se independizaron, durante el traspaso de ser comunidades eclesiásticas a ser comunidades legalmente reconocidas, esta circunstancia permitió la demanda por el derecho al acceso del agua; finalmente se dictamina otra sentencia en 1993, cuyo número de juicio es el 6325-A.

Todo esto muestra que en los siguientes doce años luego de la primera sentencia en la provincia solamente aparecieron o finalizaron 3735 una gran diferencia de los primeros años desde la vuelta a la democracia donde entre los años 1980 hasta 1983 fueron abiertos más de mil casos para la adjudicación del agua. Finalmente, en el año 1999, el número de expediente con la sentencia final fue el N° 7790-A, esto ocurrió cuando la mayoría de las comunidades lograron finalizar todas las disputas legales y solamente quedaban pequeñas juntas o casas para resolver algunos problemas. Es decir, solamente se abrieron 1465 nuevos casos en los siguientes 6 años de la primera sentencia que se dio en 1993, porque para 1999 ya todo estaba formalizado y solamente quedaban pequeñas luchas internas dentro de las comunidades rurales. Los textos legales sin embargo manifiestan que la decisión tomada por un juez en una ciudad ajena a la realidad modificara la vida de los habitantes para siempre:

Con el objeto y la intención de que exista paz y tranquilidad entre los comparecientes en este juicio [...] se acuerda que se designe un Director provincial de la agua [...] Que las partes se comprometen y se obligan a préstamos de toda clase de colaboración. Se respetarán usos de terceros con fines de uso doméstico, debiendo los usuarios evitar toda clase de contaminación. la concesión se lo realiza por un tiempo indeterminado. (Juicio, 6325-A.)

Para los habitantes de Xirapamba y sus comunidades vecinas, la Ley significaba que el agua no era de un particular, nadie podía hacerse dueño de las vertientes y aquellos que lo eran dejarían de serlo. Es decir, los habitantes podían buscar la manera de acceder al derecho del uso del agua. Doña Margarita recuerda que: “No solo aquí, (Xirapamba), sino en todos lados; nadie podía mezquinar el agua como antes porque ya no eran dueños, así



ese ojo de agua no esté denunciado porque el agua no es de nadie sino de todos” (Diario de campo, 2020). Pero solamente pudieron decir esto cuando aquellos que gobernaron (brutales dictadores) ya no tenían el poder.

En un principio, esto no se daba, puesto que la Ley expone que el estado es el dueño del agua y sus organismos son los que conceden el derecho al acceso. Han pasado casi 40 años del primer documento legal para la adjudicación de las vertientes para la comunidad de Xirapamba. Entonces como lo plantean algunos autores:

La ley es una herramienta potencialmente importante para regular las asignaciones de agua. [...] para negar los derechos locales del agua y mediar conflictos entre múltiples usuarios y usos, pero a menudo falla [...] incluso cuando los derechos locales al agua están reconocidos por el estado de derecho, dicho reconocimiento tiende a tener la cara de Janus. La otra cara del reconocimiento suele ser la incorporación, el control, la opresión o la erradicación absoluta (Vos, Boelens, y Bustamante, 2006, p. 37- 48)

El retorno a la democracia del país en 1979 permitió que los organismos gubernamentales y las leyes aprobadas con anterioridad comenzarán a ser vistas como algo alcanzable, aunque no era fácil cambiar el pensamiento y sentimiento hacia las autoridades; estas situaciones incidieron en transformaciones de la dinámica social dentro de las comunidades rurales. La ciudad de Cuenca, en el caso de la Sierra Sur, se convirtió en el centro administrativo para temas referentes al agua. Todas las personas de las comunidades de la provincia del Azuay que deseaban “denunciar el agua” podrían acercarse a las oficinas del INERHI y comenzar el proceso.

De la misma manera, en el Art. 23, literal b) se dice que las concesiones de derechos sobre el uso del agua son: “De plazo indeterminado”, para uso doméstico. Mientras que en Art. 24, se refiere al derecho de adjudicación y manifiesta que:

La autorización de utilización de aguas estará subordinada al cumplimiento de los siguientes requisitos: a) Que no interfiera otros usos; b) Que las aguas, en calidad y cantidad sean suficientes; y, c) Que los estudios y obras necesarios para su utilización hayan



sido aprobados previamente por el Consejo Nacional de Recursos Hídricos.” (Ley N° 339, 1972).

La Ley afirma todo esto, pero la realidad del país era diferente, no había suficiente agua ni era de calidad. En el informe Físico-Químico de una de las vertientes de Xirapamba manifiesta que: “Agua contaminada, NO APTA para consumo humano” (ETAPA, 1999). En aquel momento INHERI desapareció y se creó el Consejo Nacional de Recursos Hídricos, que contaba con una secretaría general y una agencia donde se desarrollaban los trámites legales; en la ciudad de Cuenca, la institución se llamaba Agencia de Aguas. A pesar de todo, las leyes y los argumentos de disputa y división seguían siendo los mismos en el caso de Xirapamba, sin importar qué organismo estaba encargado de dictaminar sentencias.

El antropólogo Hendriks (2010) afirma que:

En el Ecuador, la ley del agua implícitamente establece concesiones de derechos de agua para los sistemas de suministro estipulando que tales derechos se otorgarán a municipios, consejos provinciales, organismos públicos o privados y particulares. Sin embargo, en la práctica, las concesiones de agua se otorgan a particulares y entidades legales que representan sistemas colectivos (p. 171).

Con ello, la ley no refleja la realidad social, así como los conflictos internos y la dificultad de las personas para poder acceder al derecho al uso del agua. Es decir que en la práctica los sistemas de distribución de agua estaban lejos de las manos de la mayoría de la población. Esto causó nuevos estragos dentro de las luchas por acceder al agua en Xirapamba, eventualmente dividiendo aún más a la comunidad.



1.3 Fragmentación de la comunidad en tres Juntas de Agua

En el año de 1980 llegó al cantón el sacerdote Padre Francisco Vera, él se convirtió entonces en la primera persona en tratar de cambiar las dinámicas sociales. Según sus palabras “el acceso al agua por parte de los habitantes de las zonas sufridas fue mi principal meta” (Diario de campo, 2020). Fueron durante las festividades y después dentro de las iglesias de las comunidades, que él informaba sobre la posibilidad de obtener una adjudicación al derecho del uso del agua para toda la comunidad. Si bien algunas de las personas de las comunidades ya sabían sobre la Ley, fue con el impulso del sacerdote que se iniciaron los trámites.

En la comunidad de Xirapamba, primero se eligió un “Procurador Común”, este iba a representar a la comunidad en toda su amplitud ante el ente gubernamental. La elección del Procurador Común se realizó durante un día de fiesta, con la presencia de la mayoría de los habitantes de la comunidad. Fue electo Lizandro, quien en sus palabras aceptó gustoso y comentó que: “yo no tenía miedo de hablar con las personas, no, yo podía hablar con los padrecitos, las madrecitas (sacerdotes y religiosas), yo además, podía leer y escribir [...] y no tenía miedo de viajar a Cuenca” (Diario de campo, 2019). Es importante recalcar que Lizandro fue elegido por la comunidad únicamente para representarlos en el proceso de adjudicación de las vertientes y no tenía ningún otro cargo ni designación política.

En 1980, algunos familiares y vecinos acompañaron a Lizandro a Cuenca, en total 14 personas llegaron a las oficinas del INERHI. Luego de las primeras visitas del perito, que fue el representante de la entidad gubernamental, en el año de 1981 se dictaminó una sentencia. El documento legal manifiesta que:

Se concede la autorización administrativa de uso y aprovechamiento de las aguas que afloran de las vertientes: Chugchu Buzo, Cruz Huayco, Paila Cocha y Oliveros, [...] a favor de los moradores de Xirapamba [...], para usos exclusivamente domésticos, debiendo sus concesionarios cumplir con las recomendaciones técnicas señaladas por el perito en su informe. Se exonera del pago de tarifa de uso en virtud de la finalidad de ocupación del



mismo la presente se hace por tiempo indeterminado. Se respetarán usos de terceros con fines de orden humano (Juicio, 790- A).

Luego de la sentencia, el Procurador Común, los habitantes de la comunidad conjuntamente con el párroco y los ingenieros que llegaron desde Cuenca representando al INERHI, intentaron construir un solo tanque de agua que sirviera para toda la comunidad, pero fracasaron en el intento. Las razones de su fracaso fueron la gran distancia entre una vertiente y otra, pero, sobre todo, la escasez del agua. Y como prueba en el mismo documento legal que adjudica las vertientes a la comunidad se manifiesta que:

Las vertientes [...] son en su origen de: 0,176, 0,075, 0,429 y 0,214 litros por segundo, las cuales en época de estiaje bajan en un 20%, pudiendo determinar que este es a 0,57 litros por segundo, sumando todas las fuentes; [...] los posibles beneficiarios son los moradores de Xirapamba, con 65 casas; Zhoray con 40 casas, con un número de habitantes promedio de 4 por vivienda y un requerimiento promedio de 90 litros por vivienda por día, con un diseño de 25 años, da un caudal de 1,31 litros por segundo, siendo en consecuencia, deficitario el caudal existente en las fuentes (Juicio, 790-A).

Como se mencionó anteriormente esta comunidad está asentada en la Cordillera de los Andes lo que hacía que la orografía sea muy irregular. El INERHI y el gobierno cantonal entregaron a la comunidad mangueras de 1/2 y cemento pero cuando se hizo el primer intento para la construcción de los tanques las vertientes los ingenieros estatales decidieron que al final las vertientes al estar muy alejadas unas de otras no podían captar suficiente agua para ninguno de los sectores .Es necesario mencionar que en 1980 no existía la tecnología suficiente para la distribución del agua de manera eficiente para todos los sectores de la comunidad de Xirapamba. Por ello, en ese momento, se decidió que cada vertiente tuviera un tanque y, desde allí, se distribuyera el agua según lo más conveniente. Esto quiere decir que se abandonó el proceso de construcción colectiva de un tanque para toda la comunidad y se separó el agua de acuerdo a la vertiente. Lo que provocó el primer choque entre sus habitantes ya que dos sectores sentían que sus vertientes tenían menos agua y eran de más difícil acceso. Por esto no todos los habitantes estaban dentro de la



nómina de beneficiarios porque intentaban ser beneficiarios de la vertiente con más agua. Esas personas son socias en dos de las tres Juntas de Agua y a veces esto los convertía en informantes de una u otra Junta.

En el año 1982, se dio la construcción de la primera infraestructura del agua cuando se adjudicó las vertientes a la comunidad de Xirapamba, por parte de la Agencia de Aguas del INERHI. La construcción de los tanques en sí fue un evento social donde se comenzaron a marcar pequeños roces entre los habitantes de los tres sectores que conformaban la comunidad. Por ejemplo, para la construcción del tanque de agua de Paila Cocha asistieron más participantes que en las otras dos vertientes, debido a que el lugar es de más fácil acceso, además de que la distancia es menor entre el centro y la vertiente, aunque sea más pantanoso y siempre existía el miedo al “Mal Aire”. Este se manifiesta, con dolores de cabeza, vómito y un malestar total en el cuerpo que se curaba con trago, humo de cigarrillo, ruda y agua florida; se contagian de mal aire cuando caminaban por las ciénagas durante las mingas para el agua.

Como lo menciona Larkin (2013) “la infraestructura es algo más que eso, es un vehículo donde se conducen ideas sueños entre otras tantas cosas” (p. 328); por esta razón, con las adjudicaciones del agua para la comunidad y la repartición de las vertientes, la infraestructura del agua se convirtió en una forma de proyectar el poder económico y el estatus social por parte de sus usuarios. Una de las primeras acciones de las juntas de agua fue reconstruir la antigua infraestructura.

Las primeras reuniones se desarrollaron en la iglesia de la comunidad. Si bien la elección del representante se realizó en un evento masivo comunitario, no todos querían ser parte de este consenso. Dentro de las historias de vida recopiladas determiné que esto tenía que ver con quiénes estaban liderando el grupo. Así comenzó la visibilización de las fragmentaciones sociales por medio de la infraestructura del agua y la evidencia de que las leyes, junto con la percepción de las personas, marcan nuevas dinámicas de convivencia.



Esta situación permitió la construcción, entre los habitantes de la comunidad, de una nueva identidad como lo expone Verónica Strang (2009): “La incorporación física e imaginativa del agua es igualmente importante en la construcción de la identidad humana, que es tanto física como social” (p. 6). Al ser cada sector de la comunidad “dueños” del agua se creó una relación de identidad con cada fuente que marcó no solo a las personas que ya vivían en la comunidad en ese momento, sino también a las futuras generaciones. Es decir, la infraestructura se convierte en el dispositivo que da cuenta de una realidad comunitaria. Ballesteros en referencia al tema indica:

Después de estudiar estos dispositivos con detenimiento, llegué a comprender que su poder era doble. Primero, un dispositivo tiene la capacidad de desencadenar efectos en el mundo. Una vez activado, puede, por ejemplo, canalizar las energías que dan forma a regímenes de valor, ayudar a argumentar decisiones judiciales, crear asociaciones con objetos materiales en el mundo o convertirse en un vehículo para crear nuevas obligaciones [...]. En segundo lugar, un dispositivo es también una disposición conceptual de ideas históricas y contemporáneas en formas materiales. Es un conjunto de conceptos que se han unido mediante prácticas específicas que les dan una presencia identificable. Un dispositivo lleva consigo las historias epistémicas de una ontología, incluso si esas historias no se invocan explícitamente como sus predecesoras (p. 194).

Algo que la nueva infraestructura evidenció fue la desigualdad social, quienes tenían dinero fueron los primeros en construir tanques de cemento para almacenar el agua con lavaderos para fregar la ropa y quienes no lo tenían apenas tenían mangueras que llegan a un lado de la casa y recogían el agua en ollas o cántaros de barro, incluso muchos cavaban una poza cercana a la casa o re-usaban limpiando o agrandando la que ya tenían y cualquier pedazo grande de madera era suficiente para lavar la ropa. Aun así, la nueva infraestructura de ese momento, tanques de cemento de la vertiente y las mangueras dadas por el Municipio, permitía tener un sentimiento de seguridad, ya que las madres no volverían a ver a sus hijos morir o volver a cargar agua de las quebradas gracias a los nuevos tanques que recogían el agua de cada vertiente. Inicialmente se conformaron tres grupos de agua solo de forma verbal, sin documentos legales que respalden el acuerdo esto no funcionó y al cabo de dos años se levantaron nuevas demandas entre los diferentes grupos que fueron mencionados en



la primera sentencia. Las nuevas “denuncias” que se dieron en 1983 generaron nuevos desacuerdos y sentencias que marcaron una división permanente en toda comunidad y sus habitantes.

En el año 1997 quedaron legalmente constituidas las tres Juntas de Agua. Los investigadores Boelens, Gaybor y Hendriks (2014) al momento de analizar la importancia de los documentos legales, señalan que: “La concesión es un mecanismo fundamental para la gobernanza pública del agua, que establece derechos y obligaciones para los beneficiarios. Al asignar agua, el estado no renuncia a su poder para aplicar sanciones e incluso retirar los derechos de uso cuando no se cumplen las condiciones de concesión” (p. 111). Las sentencias emitidas por el INERHI designaron a los actores que conforman las tres Juntas de Agua. Desde ese momento y hasta ahora son los organismos gubernamentales los que pueden otorgar o quitar el derecho al agua, pero no significa que dentro de las comunidades se haya eliminado la potestad de los dirigentes para dar o quitar el derecho al líquido vital.

Fue así que dentro de cada sector el papel de comité de la Junta de Agua, conformado por un presidente, secretario, tesorero y cuatro vocales se convirtió en el espacio donde se evidenciaba la lucha de poder, las familias más numerosas por años en uno de los tres sectores mantenían la presidencia con este poder negaban el derecho al agua a un nuevo socio o establecen el valor del derecho al agua. Las disputas que aparecieron a causa de la falta de tecnología que permita reunir el agua en un solo tanque hizo que la vida comunitaria de esta zona sea limitada a diferencia de sus comunidades vecinas, porque todo trabajo que aparece se divide en tres y cada Junta de Agua debe enviar un delegado para que trabaje en representación del sector.

Sin embargo los niños que asistían y asisten a la catequesis lo hacen en el mismo convento y aunque no se sienten juntos con los de los otros sectores es en ese momento donde tienen que coexistir con aquellos a quienes no ven en las sesiones del agua de sus padres, o en las



mingas de mantenimiento del agua, es en la iglesia durante su preparación para los sacramentos donde todos pertenecen a la misma comunidad. Para los adultos en general el lugar donde se reúnen como comunidad es cuando tienen que hacer trámites burocráticos que sean comunitarios por ejemplo el arreglo de la carretera o del sistema eléctrico. A esta comunidad no llegan los camiones recolectores de basura, pero todos ellos tuvieron que unirse en el 2019 para reclamar como habitantes de la misma comunidad al Gobierno Cantonal el cobro del servicio que no utilizan.

Los habitantes de Xirapamba con el pasar de los años han tenido que lidiar con ser un espacio con tres juntas de Agua, con una sola iglesia y reconocida legalmente como una sola comunidad, sin embargo los roces que aparecieron durante la adjudicación han tenido un efecto permanente en cada generación, los imaginarios de clase, etnia y la importancia de casarse con alguien que no sea del otro bando no haya marcado la vida de jóvenes que migraron y llevaron consigo toda esta dinámica a ser reproducida en otros lugares espacios. Y en caso de la comunidad de Xirapamba la vida comunitaria no sea tan comunitaria sino más bien sectorial definida por la Junta de Agua a la que se pertenece.



CAPÍTULO 2

Infraestructura del agua y las percepciones de clase, etnia y parentesco

Cada “nueva infraestructura” a la cual los habitantes de la comunidad de Xirapamba tuvieron acceso fue modificando la cotidianidad de su vida. Los cambios más notables fueron: la percepción de la riqueza, el estatus social relacionado con la etnia y las relaciones de parentesco. También es una observación de cómo se generaban las interrelaciones de los habitantes con instituciones gubernamentales como el INERHI, el municipio del cantón y otros organismos. Además de esto, nos acercamos al rol de la Iglesia Católica durante todo el proceso de adjudicación y construcción de la infraestructura del agua.

Entonces, el trabajo está compuesto por cuatro partes: la primera es un acercamiento al uso de las “nuevas tecnologías” que dan cuenta de la vida de hoy en día; esto para poder entender a quienes todavía habitan la comunidad y para mostrar la cotidianidad que se va tejiendo en relación a la actual infraestructura del agua. Por otro lado, se relata cómo la repartición de las vertientes de agua y la formación de las tres Juntas de Agua marcaron las relaciones sociales entre los habitantes de la comunidad y las comunidades vecinas. Todo esto nos lleva a una segunda parte de esta investigación que pretende mostrar las percepciones de clase, etnia, parentesco y género. Estos factores creaban o afianzaban relaciones alrededor de la infraestructura que se manifestaban en dinámicas de poder. Por ejemplo, quien tenía agua cerca de su casa hasta finales de la década de los 80 podía considerarse “rico”. No importaba lo arcaica que fuera la infraestructura, el solo hecho de poseerla era un signo de riqueza para quien la tenía, o estigma de pobreza para quien carecía de ella. En esta parte de la investigación, la evolución de la infraestructura será uno de los aspectos más relevantes para entender la vida comunitaria. Además, se conecta con



otros fenómenos que se daban en el país en ese momento, como la migración y la vuelta a la democracia.

La tercera parte de este capítulo es un recuento a través de la memoria sobre el papel de la Iglesia Católica en las luchas internas por las vertientes y finalmente en la construcción de la infraestructura del agua para las Juntas de Agua de todos los sectores de Xirapamba. Este acercamiento permitirá mostrar la evolución de las percepciones que las personas mantenían con la Iglesia y sus representantes, y como las mismas se fueron modificando durante el proceso de adjudicación del agua. El papel fundamental que jugó dentro de todos estos procesos fue la llegada de un nuevo sacerdote al centro cantonal como párroco en 1980. Durante esta época, la iglesia comenzaba a evangelizar bajo la llamada “Teología de la Liberación⁴”. Para este acercamiento, fue un punto clave el contar con testimonios de personas tanto dentro de la comunidad, como de los migrantes y finalmente del mismo párroco. De esta manera, ayuda a formar el relato etnográfico y a entender estos momentos de memoria colectiva, en referencia al acercamiento de las creencias religiosas y su relación con la materialidad del agua.

2.1 Evolución de la infraestructura del agua y los imaginarios sociales en Xirapamba

Quien llegase hoy en día a Xirapamba se encontraría con una “típica” comunidad rural del Azuay. Llena de grandes casas construidas de concreto deshabitadas, generalmente junto a pequeñas casas de adobe habitadas que, en los días lluviosos y fríos, siempre están humeantes. Se pueden observar grandes espacios de tierra sin cultivar y también de laderas en constante derrumbe. Para llegar a la comunidad, habría que recorrer treinta minutos en una carretera de tierra llena de curvas y baches. Los cambios más significativos que han vivido los habitantes en las últimas décadas son el acceso al agua potable, además de la masiva migración hacia los Estados Unidos que ha acelerado el cambio demográfico en todos los sectores de la comunidad y del cantón.

⁴ La Teología de la Liberación en el Ecuador está ligada a la figura de Monseñor Leonidas Proaño, Monseñor Alberto Luna Tobar, Monseñor Gonzalo Lopez Marañón. La teología que se podría resumir según Tobar, B “busca la dignificación de la persona, cultiva la solidaridad entre los pobres” (p. 402).



En la actualidad, cada casa de adobe habitada y cada casa construida con dinero de migrantes deshabitada, cuenta con agua entubada o potable. Hasta el año 2021, todos los habitantes de las tres Juntas de Agua tienen agua de riego, algo impensable hace 40 años. La mayoría de los habitantes que todavía residen en Xirapamba es por decisión propia, a pesar de tener otras casas en el centro urbano cantonal. Quienes permanecen en Xirapamba, generalmente son las personas mayores y lo hacen porque no conciben vivir sin su independencia ya que al vivir en sus casas pueden decidir sobre los espacios y su tiempo, mientras que las casas del centro cantonal son de sus hijos y nueras y en general evitan la confrontación. Los que se quedan por obligación es porque no tienen otro lugar a donde ir; lo que sí tienen en común es que ahora, por fin, todos tienen agua en sus hogares.

Estos cambios no llegaron sin disputas físicas y legales, así como con luchas internas entre sus habitantes que, en algunas ocasiones, terminaron en fragmentaciones familiares. Es entonces como señala Barbara Morehouse (2011), “el agua no es solo un elemento esencial de la vida, es portadora de la historia humana, la religión, los valores, la identidad” (p. 324). Dentro de diferentes líneas de tiempo, es la materialidad del agua la que divide al amigo, al vecino y a los hijos. Estas circunstancias marcaron a quienes habitan la comunidad diariamente y a sus familiares que se encuentran en otros países, en mayor o menor medida. En resumen, las relaciones de todos los habitantes, sin importar el bando, están íntimamente ligadas a la infraestructura del agua. Para poner en perspectiva lo mencionado por Morehouse, la Sra. Margarita comenta que:

El agua ahora parece no más que no valiera, pero lágrimas nos ha costado tenerla en la casa, primero para decir quiénes eran los ‘ricos’, los grandes de la comunidad, luego para ver quién es el más fuerte. Tanto que sufrimos, del otro sector llegaban con piedras recogidas en sus polleras y finalmente ahora para decir quien es de algún lugar, ya solo con el apellido o con el nombre de los padres se volvían enemigos. Así también, en esos tiempos, los padres así les decían a sus hijos que escupan cuando vean a los del otro lado. Pero ahora esos niños ya han crecido y la mayoría no son como los padres. Hoy en día, ellos saludan y uno también responde, no es culpa de los niños porque muchos ahora ya pueden ver la ‘verdad’. Otros, sin embargo, todavía no saludan (Diario de campo, 2018).



El testimonio de la Sra. Margarita ayuda a entender cómo la infraestructura que se edificó por cada Junta de Agua, también fue construyendo o destruyendo un sentido de pertenencia, una identidad construida dentro de cada familia. Así mismo, cada generación modifica las relaciones sociales y las vuelve únicas y diferentes: una infraestructura invisible a los ojos de sus propios habitantes, pero presente en sus mentes y en sus interacciones. Para ilustrar todo lo descrito anteriormente, el siguiente mapa muestra la comunidad hoy en día. La mayoría de sus habitantes tienen algún grado de parentesco, aunque ya no se reconocen como tal, pero sí saben quiénes fueron familiares cercanos a sus padres y abuelos.

Después de la repartición de las vertientes y la masiva migración de los años 90, la demografía de la comunidad se encontraba en un cambio constante. Aunque, como se mencionó en el primer capítulo, ya hubo un primer cambio drástico con la apertura de la carretera en 1974. Desde ese momento muchas personas comenzaron a construir sus hogares cerca de la carretera porque se construyó siguiendo pequeñas acequias naturales que existían a los costados de los caminos vecinales que sirvieron como punto de referencia. Pero, en algunos tramos se tuvo que buscar la mejor solución para que el tractor pueda ampliar la vía sin dañar las pequeñas quebradas lo que permitió que se abrieran nuevas acequias.

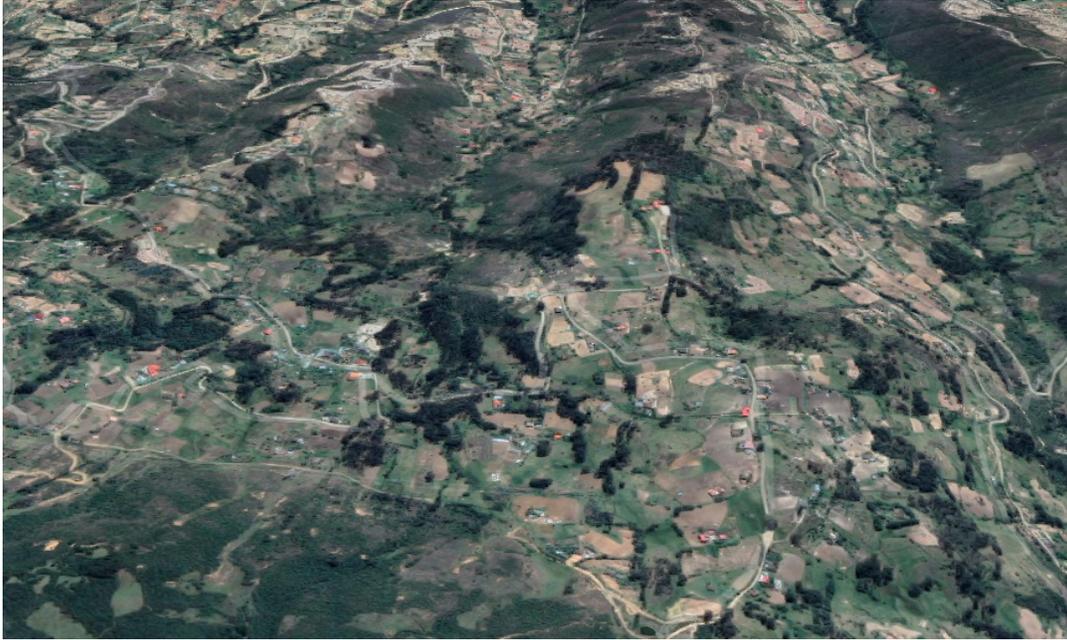


Imagen 3. Mapa de Xirapamba, 2020. Fuente: Google Maps.

La nueva infraestructura vial permitió que en épocas de lluvias se puedan llenar los nuevos pozos de agua. La primera infraestructura vial también hizo que, hoy en día, se pueda observar una distribución del suelo marcada por la construcción de casas en la vía, en vez de las vertientes. Pero también, se diferencian por pertenecer a un grupo familiar, ya que era costumbre de los padres dar una porción de terreno a los hijos varones para que vivan cerca de los padres, lo que con el tiempo fue formando una especie de ciudadelas construidas a lo largo de la carretera. Las casas edificadas con el dinero de los migrantes también están cerca de la carretera y de quienes que no poseían terrenos cerca de la primera carretera, abrieron nuevas vías de acceso para que puedan llegar a sus casas. Esto ayuda a entender que la manera y el lugar para construir las casas no fueron decisiones tomadas por azar. Si no, más bien, se tomaba en cuenta el acceso a la infraestructura—tanto vial como hídrica. Para ubicar, dentro de la línea del tiempo en la que fue construida, se puede observar maneras tangibles de transportar el agua.

Las primeras infraestructuras del agua determinaron el sentido de pertenencia. Además, hay que partir de la primera infraestructura comunitaria por estar conectadas a los caminos vecinales que están en un espacio público. Es decir, las acequias que se abrieron para la



iglesia y luego la carretera fueron los cimientos que dieron forma a la percepción de ser de un lugar u otro. Pero finalmente fue la infraestructura del agua creada a partir de finales de los años 80 la que ha moldeado esta comunidad rural.

Sin embargo, no se puede decir que las percepciones e imaginarios son estáticos, sino que pueden variar dependiendo de las dinámicas sociales que vayan apareciendo. Cada generación contribuye a la aparición de nuevas formas de hacer, construir y experimentar la comunidad. Los autores, Jensen y Morita (2017) afirman que: “la infraestructura es la base de experiencias estéticas del entorno construido, cableando nuestro sentido del yo y lugar en el mundo en la forma de alambres, tuberías y estructuras de cemento” (p. 615). De esta manera, con cada nueva casa que se iba construyendo alrededor de la carretera también afianzaba el sentido de pertenencia para los habitantes.

Así que cada vez que se construían y se renovaban las infraestructuras para el agua también crecía la división entre sus habitantes. Un ejemplo es el tanque de cemento que se ubicaba alrededor de la casa para servir a diferentes propósitos, uno de ellos era ser insignia de modernidad. Sin embargo, ni las relaciones sociales ni los materiales son absolutamente fluidos, todas tienen un impulso histórico.

En la actualidad, todavía se puede observar las casas construidas en la época de las acequias, en el mapa son aquellas que se camuflan con el paisaje, mientras que las que se construyeron por los primeros migrantes son las más grandes y como diría otro autor “elefantes blancos en medio de la selva” (Fransoi, 2017, p. 141). La gran mayoría de esas casas –construidas hace treinta años– nunca fueron habitadas, a pesar de tener todos los servicios básicos porque los que construyeron, no regresaron a la comunidad.

Los medidores de agua son considerados como la “última tecnología” excepto en la zona de Xirapamba Alto. Ahí los medidores no son algo novedoso, pues la mayoría de hombres entre edades de 35-50 años migraron de forma masiva a finales de los 80, principios de los años 90 y la forma de demostrar su nuevo poder económico era instalar medidores de agua desde principios del 2000. Para ese momento, el agua ya estaba legalmente dividida y las Juntas de Agua plenamente establecidas. Fue entonces que los pozos y las acequias

perdieron su valor económico y dejaron de ser signos de riqueza. Desde aquel momento aparecieron nuevas formas de mostrar el poder económico y el estatus social que se reflejaba en los materiales con los que eran construidas las viviendas y las tecnologías de agua que instalan en las mismas.

Los pozos fueron reemplazados por tanques de cemento; las piedras alrededor de las acequias para lavar la ropa, por lavaderos de cemento junto al tanque; las acequias por mangueras de caucho y las mangueras dobladas que servían de llaves por medidores y llaves de paso. Otra dinámica social que cambió para mostrar el poder económico, fue que las mingas ya no eran cumplidas por el socio, sino por una persona que ganaba un jornal. A pesar de ello, actualmente se siguen excavando pozos para recolectar el agua de la lluvia que sirve para dar de beber a las vacas. Aun así, toda la infraestructura antigua fue desplazada y dejó de ser un signo de poder porque ya no tenía importancia vivir cerca de las vertientes o poseer tres o cuatro pozas, aunque dentro de la cotidianidad de la vida comunitaria mantenían un valor utilitario.



Imagen 4. Medidor de agua instalado en Xirapamba Centro a finales de 2018. Autora: Aida Yanza

La “nueva infraestructura” también fue instalada en Xirapamba Centro, como parte de un Plan del Gobierno Cantonal en el 2019. En este período se inauguraron tanques de

potabilización de agua en muchas comunidades rurales ubicadas alrededor del cantón. A diferencia de las comunidades vecinas en Xirapamba, se construyeron dos plantas de potabilización de agua, una para Xirapamba Centro y otra para Zhoray. Lo que hay que destacar es que, dentro del Plan de Gobierno Cantonal del 2016, dos sectores de la comunidad debieron utilizar el nombre de la vertiente porque el municipio no podía justificar la inauguración de tres sistemas de Agua en una comunidad esto surge porque en el 2016 se reconoció legalmente a una sola Junta de Agua con el nombre de la comunidad, en este caso fue la Junta de agua de Xirapamba Centro. Las otras dos Juntas de Agua fueron reconocidas más tarde con el nombre de las vertientes, pero Zhoray por tener documentos legales desde 1981 fue reconocida finalmente en el año 2017 pero no se les nombra como espacio físico específico, es decir comunidad o sector sino como proyecto.

Durante la inauguración del proyecto en el año 2019, en sesión general con la ciudadanía, solamente a Xirapamba Centro se le dio el derecho de ser reconocida como una obra para la “comunidad”. Las notas de prensa informaban sobre la entrega de una obra que consistía en tanques de potabilización para los habitantes de la comunidad de Xirapamba, aunque en realidad las fotos y el nombre solo pertenecían a una de las tres Juntas de Agua.



Imagen 5. Inspección de nueva infraestructura de agua de Xirapamba Centro, 2019. Fuente: Aida Yanza.



Las otras dos Juntas de Agua no fueron nombradas como comunidades, ni siquiera como sectores, sino como infraestructuras que no pertenecen a un lugar específico, construidas y pérdidas en algún espacio, utilizadas por un grupo de seres humanos que no se sienten reconocidos. Esta situación provocó un sentimiento de marginación porque no son reconocidos a pesar de que viven allí. Pero en los documentos del Municipio consta que Xirapamba tiene solo una Junta de Agua. Veronica Strang (2016) añade que: “Los flujos de agua están sujetos a leyes físicas y estacionales, ciclos que, aunque difíciles de predecir con precisión, demuestran patrones consistentes, sociales, espaciales y los acuerdos políticos suelen tener un fuerte impulso y continuidad en el tiempo” (p. 294).

Es decir, las percepciones de exclusión dependen de qué tema se está hablando, ya que, si se habla de una minga para la carretera o la misa de un santo entonces, siempre se manifiesta como una sola comunidad. Únicamente cuando se habla de la infraestructura del agua, esta se divide legalmente. Euzen y Morehouse (2011) mencionan que: “ La forma en que se define el agua depende de quién lo define, el contexto y las entidades involucradas. Así, el agua puede considerarse como un elemento simbólico, un recurso, un producto comercial, un servicio” (p.p 237-247) En este caso, el agua fue reconocida legalmente para una sola Junta de Agua tomando el nombre de la comunidad. A fin de cuentas, el pertenecer o no al proyecto fue una decisión política de parte del gobierno cantonal, marcando de nuevo una ruptura y la división de los habitantes al no nombrar ni mencionar a las otras dos Juntas de Agua.

El agua, junto con su infraestructura en estas zonas altas del cantón, fue un bien material negociable que servía de moneda de cambio o como forma de pago. En algún momento fue igual de valioso que el oro o la plata, aunque a diferencia de estos minerales, el agua siempre fue un bien indispensable. Ahora es una realidad en la cual todos los que habitan en la comunidad, pueden disponerla sin importar a qué Junta de Agua pertenezcan, sin más valor que el abrir o cerrar una llave. El agua en sí dejó de ser un activo familiar y se convirtió en un activo del grupo porque hoy es valorada su infraestructura y es vendida a un nuevo socio por precios desde 100 hasta 1000 dólares el derecho.



Comprar un derecho de agua en la comunidad lleva el mismo proceso para cada Junta de Agua, el interesado o futuro socio debe presentar su deseo de ser parte de la Junta de Agua en de las sesion de agua y pide que se le venda el derecho al agua, el pago se realiza en efectivo y luego se hace una minga para conectar la manguera a la matriz hasta el terreno o la casa del nuevo socio. Si por alguna razón el comité o los socios no están dispuestos a vender el derecho al agua la persona puede llevar a la Junta de Agua ante las autoridades y acceder a ella de forma gratuita, pero nadie lo hace porque es mejor mantener la paz dentro de la Junta de Agua. Sin embargo, algunos de los hijos o los nietos de los primeros socios que ya han muerto han decidido renunciar al derecho porque viven en la ciudad, en el centro cantonal o están fuera del país y prefieren dejar todo que estar involucrándose en mingas, sesiones, comisiones. Tal como lo comenta la Sra. Margarita: “ahora ya nadie valora el agua, antes se sufría todos los días para buscar agua y llevarla a la casa, ahora hay tantas casas con agua y nadie vive en semejantes casas” (Diario de campo, 2018).

Todo esto lo comenta mientras ayuda a su nuera a enjabonar unas polleras⁵ que lavan en un tanque de cemento construido al costado de su casa. En tiempos actuales, estas infraestructuras son comunes en la comunidad, pero hubo un momento en que estas fueron las “nuevas tecnologías” que permitieron a los habitantes tener agua de reserva. Y aunque fue un signo de estatus social, ahora han quedado abandonados junto con las casas construidas por los primeros migrantes que se fueron y no regresaron. Poder lavar la ropa en casa era todo un acontecimiento ya que antes las mujeres iban al río a lavar ahí. Es relevante señalar que con las nuevas tecnologías como los medidores de agua también llegó el control y monetización del agua porque no importa si la utilizaron o no, ya que cada primer miercoles del mes se deben acercar a pagar siete dolares por el agua.

⁵ Las polleras son la vestimenta de las mujeres en este sector, aunque hoy solo las personas mayores de 45 años las usan. Son una especie de faldas bordadas en los filos. Tiempo atrás mediante la ropa también se mostraba la riqueza, las familias con más dinero podían hacerse una pollera para cada festividad. Es decir al menos 4 al año. En cada misa lucían su paños y sus polleras nuevas.



Imagen 6. Tanque de agua. / Imagen 7. Tanque abandonado. Autora: Aida Yanza. Xirapamba, 2019.

En su momento, la “nueva tecnología” como los medidores y los de tanques de potabilización no llegaron sin conflictos internos dentro de la Junta de Agua de Xirapamba Centro, debido a que algunos socios tenían miedo de dejar de tomar “agua pura” y los posibles daños a la salud que puedan causar estos “nuevos químicos”. Una vez más es la Sra. Margarita la que ayuda a proporcionar una mirada cuando cuenta que:



Esta “última agua” ha sido la más cara y difícil de trabajar, antes todos sufrimos las mismas necesidades, así entre los vecinos más cercanos nos prestamos agua, también lo hacíamos con la sal, el arroz, el azúcar e incluso más antes se pedía/prestaba la candela, ahora solo quieren poner plata, pensando que todos están en las mismas posibilidades y no es esa la manera. También fue difícil hacerles entender que la potabilización no nos enferma. Sin embargo, nos tocó a todos cavar cerca de la vertiente y construir un tanque para poder sacar agua “pura” para esas personas. Así sufrimos esta vez, pero así toca... (Diario de Campo, 2018).

Como podemos ver, todo ese trabajo se realizó porque dentro de la Junta de Agua de Xirapamba Centro existe una familia numerosa, es decir con más socios. También es la familia que siempre ha tenido más acceso al agua por vivir cerca de la vertiente y la quebrada. Esto provocó que los demás socios no puedan opinar al respecto. Lo que llama la atención es que, si bien tienen el mayor número de socios, la gran mayoría de ellos viven en Estados Unidos. De estos socios ausentes, sus representantes son las esposas, hermanas, primas, tías o madres que todavía viven en la comunidad o cerca de ella quienes actúan como socias. Existen pocos jóvenes porque los que ya cumplieron 18 años también han migrado—a la ciudad o al exterior. Lo que es interesante resaltar aquí es la manera en que, a pesar de la distancia física, muchas de las personas siguen conectadas a la comunidad a través de la infraestructura de agua. Sea para pagar renovaciones, cuotas para las mingas, o las facturas del agua.

Todos estos cambios fueron moldeando la manera de “pertenecer a la comunidad”. Cada cambio en la infraestructura del agua generaba nuevas reacciones en los niños, jóvenes y adultos. Comprender esto también ayuda a explicar por qué hay generaciones más divididas entre sí que otras. Aparecen entonces, nuevas formas de ‘ser y habitar’ la comunidad, a pesar de que se bebe agua de diferentes vertientes. Algunas generaciones fueron testigos directos de los conflictos de sus padres y abuelos. Las generaciones que crecieron durante los años 70 - 80 estaban marcadas por quienes podían ser sus amigos y quienes no, quienes se convirtieron en los “otros”, por tener cierto apellido o vivir en cierto sector. Mientras que las personas que crecieron durante finales de la década de los 90 y 2000 en adelante, recuerdan que cada sector tenía agua entubada que llegaba hasta sus hogares. Estas últimas



generaciones saben que sus mayores no se llevan, pero eso no les ha impedido ser amigos, cómplices y enfrentarse como un grupo a nuevas adversidades como las drogas, el alcoholismo, el matrimonio, el divorcio, entre otras situaciones.

Así mismo, cada generación tiene su propia historia con la infraestructura del agua, por ejemplo, quienes nacieron en los años 70 fueron los que más emigraron hacia los Estados Unidos durante la década de los noventa. También tuvieron que sufrir la falta de agua, aún más que las generaciones posteriores; es la generación que menos conoce la evolución de la infraestructura del agua dentro de la comunidad ya que para poder cocinar y asearse tenían que buscar y acarrear el agua junto sus madres desde las quebradas y vertientes; la infraestructura que se mantiene en su memoria son las acequias y agua entubada que se estaban instalando a finales de los años ochenta. El resto lo vivieron a la distancia, si bien con frecuencia lo financiaron, algunos ni siquiera han visto la comunidad desde que se fueron.

Por otro lado, es una de las generaciones en la que algunos todavía recuerdan la importancia del clima y sus estaciones porque significaba que les tocaba acarrear más leña o limpiar sus pozos. Para esta generación todas las actividades estaban determinadas por el mes en el que se hallaban, por ejemplo, en julio y agosto la sequía se volvía más evidente, por lo que muchas familias migraban a los terrenos ubicados en el sector del Bosque de Zhuya en la Cordillera Oriental de los Andes. Esos terrenos estaban ocupados desde 1920 porque se amplió la frontera agrícola. Las familias con vertientes cercanas no tenían que hacer esta migración temporal porque podían cultivar sus terrenos sin problemas, además había más mano de obra que podían pagar con agua. Sin embargo, esta generación de personas que en la actualidad están entre los 40-50 años, son quienes no dejan de enviar dinero a sus padres, hermanos, esposas para la infraestructura del agua que ni siquiera conocen.

Todo lo descrito anteriormente da cuenta de una manera de vivir la comunidad desde la distancia. Para la mayoría de personas que pertenecen a esta generación no importa si las instituciones gubernamentales marginan a unas Juntas de Agua y reconocen a otras. No importa mucho, en la distancia, las divisiones porque están presentes también en su entorno



inmediato. Cada miembro de esta generación de los diferentes sectores sigue siendo los principales proveedores financieros para la implementación y el mantenimiento de nuevas infraestructuras tanto en los hogares de sus padres o esposas, como en lugares comunitarios en los que todos comparten: la iglesia, el convento y las canchas. Ellos fueron parte de una comunidad que se iba fragmentado ante sus ojos, en imaginarios de marginación o pertenencia. Cada individuo tiene su propia relación y su memoria sigue siendo comunitaria pero dividida por bandos familiares.

La generación de aquellos que nacieron en los 80, a diferencia de sus hermanos, primos y padres, crecieron con pozos cerca de sus casas y ya no acarreaban agua de ningún lugar lejano. Pero aun así existía la división entre quienes podían o no ser sus amigos; en algunos sectores se enseñaba a los niños a saludar o no a quienes pertenecían a las diferentes familias involucradas en las disputas legales. Finalmente, los que nacieron desde 90 y 2000 no tienen memoria de la falta de agua en sus hogares o de los conflictos legales.

Son estas últimas generaciones las que toman como algo normal tener una infraestructura que no solo consiste en una manguera de caucho con agua, sino en un baño dentro de la casa, equipado con inodoros, lavamanos, una ducha de agua a veces caliente, un tanque de agua al costado de la casa o pagar la multa en vez de ir a la minga. Finalmente, la última generación nacida del 2010 en adelante, son niños que no tienen memoria de la falta de agua, los desacuerdos y enfrentamientos de los habitantes de la comunidad. Así mismo, estas generaciones mantienen otra memoria y otra relación con el agua por la diversión que puede ofrecer, por ejemplo, durante la época del carnaval sus padres vuelven por lo menos un día a la comunidad y ésta se llena de música, risas, juegos y un compartir en vecindad.

El caso de Xirapamba es complejo porque existen tres Juntas de Agua de las cuales una lleva el nombre de la comunidad fue legalmente reconocida por el gobierno municipal en el 2016 y las otras dos que llevan el nombre de las vertientes se hallan en la misma comunidad, pero al mismo tiempo todos los habitantes de Xirapamba usan la misma infraestructura vial, eléctrica y en días de fiesta escuchan la misa juntos. A pesar de que cada individuo mantiene una memoria propia, gran parte de la vida social está relacionada a la construcción e innovación de la infraestructura del agua. Es decir, en las mingas del agua



se afianzan lazos interpersonales que más tarde pueden ser observados en los trabajos comunitarios como los arreglos de la iglesia, la carretera y las canchas.

2.2 Las interrelaciones de la infraestructura del agua con el parentesco, la etnia y la clase

Para entender cómo funcionan las relaciones de clase y etnia en Xirapamba, primero es necesario conocer y entender cuáles son las percepciones referentes a las estructuras sociales y su historia. Se dice que la comunidad estuvo habitada desde los tiempos de la colonia, pero no se sabe a ciencia cierta, ya que los documentos “oficiales” se quemaron en 1922. En ese año llegaron cientos de personas de las zonas aledañas al cantón a reclamar por los impuestos que el gobierno impuso a la sal, el alcohol y otros productos de interés.

Los hechos que siguieron a ese primer levantamiento asentaron un estigma que dura hasta ahora. Fue así como en el cantón existen dos parroquias que son conocidas y promocionadas turísticamente por ser habitadas por indígenas, pero que no pertenecen a un grupo étnico determinado o reconocido en el país. Los niños, así como sus padres y abuelos, desde su nacimiento son estigmatizados por pertenecer a un lugar u otro. En 1922, las delimitaciones geográficas no eran claras, fue entonces que muchas comunidades trataron de quitarse la etiqueta de “indígenas” y se agruparon para formar parte de la zona periférica de la única parroquia urbana.

Las parroquias que son estigmatizadas son las que tienen mayores problemas socioeconómicos, de violencia de género y en especial, la falta de infraestructura de agua. También estas dos parroquias y sus habitantes fueron los últimos en acceder a la adjudicación del derecho al agua. Imaginarios de raza/etnia afianzaron un sistema clasista entre los habitantes del centro cantonal y generaron nuevas formas de imitar las jerarquías sociales dentro de las comunidades rurales. Es importante resaltar que las personas asociaban la falta de acceso al agua con indigenidad y al tratar de alejarse de esa identidad trataban no solamente de parecer menos pobres sino también de mostrarse como una comunidad más “moderna” donde lo no indígena (y sobretodo lo percibido como blanco) era visto como superior.



Es necesario recalcar que la comunidad de Xirapamba, desde sus inicios, estaba habitada por “indios libres”, es decir no estaban obligados a trabajar sin un jornal en ninguna hacienda, tampoco les podían vender o comprar junto con las haciendas. Por tanto, las relaciones de parentesco eran muy estrechas; en esta comunidad todos sus habitantes, de una manera u otra, son parientes. Desde décadas atrás y hasta hoy, los habitantes buscan que los matrimonios se den con alguien de “mejor apellido”, que hable español fluido, además el color de piel es relevante ya que los procesos de blanqueamiento son deseables, a pesar de ser perversos y violentos. De igual manera antes era de gran importancia qué tan cerca estaba una fuente de agua de la casa del pretendiente; todo esto definía un “buen matrimonio”. El resultado final sería buscar que los hijos e hijas no sufran tanto como los padres o abuelos.

Al hablar de infraestructura del agua también se entrelaza con relaciones de clase y etnia. Las zonas con un gran número de habitantes de habla quichua seguían teniendo una infraestructura precaria a diferencia de las zonas donde habitaban personas de habla castellano, en su mayoría eran personas blancas pero pobres. Los habitantes de la zona de Xirapamba siempre fueron “indios libres” aunque seguían siendo libres no dejaron de ser “indios”.

En ese tiempo (de 1922 hasta finales de los años 60) en el país se podía “dejar de ser o volverse indio”. Es decir, para dejar de ser indio había que hablar bien el español, acceder a educación, mudarse de una comunidad a otra o dejar la provincia; es por ello que mucha gente migró hacia el Oriente porque estando allí se podía dejar de ser indígena y “convertirse” en mestizo o colono. Las luchas de poder por las oficinas públicas siempre fueron—y siguen siendo—un instrumento de observación del sistema de clase. Para poner un ejemplo, un mestizo tenía más oportunidades de ganar las elecciones de presidente de la Junta Parroquial que alguien que se autodefine como indígena. La antropóloga Soledad Álvarez (2008) señala que: “Lo más complejo de esta negación hacia lo indio, es que a partir de ella se cimentaron las bases de dos nuevos Estados que, desde esa época, irán configurando una jurisdicción, un orden social y cultural y, sobre todo, una forma de convivencia basada en la exclusión y en la distinción de clase y de raza” (p. 117).



Si bien ella comenta sobre países como México y Ecuador, para fines de este trabajo quiero acotar que los mismos principios analizados por Álvarez son válidos para una comunidad pequeña como lo es Xirapamba, porque a pesar de que todos son campesinos, sufrieron por la falta de los mismos servicios y fueron discriminados de la misma manera una vez que estuvieron en el centro cantonal. Poco a poco y con ayuda de un estado nacional clasista se crearon divisiones sociales dentro de cada grupo familiar y por consiguiente dentro de la comunidad, ligado al mismo tiempo al acceso a la infraestructura del agua. Esto, al final solo refleja desde lo particular hacia lo general como funcionan los sistemas de estratificación social. Aquí tomo como ejemplo las infraestructuras de agua para referirme a esta relación general-particular. Es así que la manguera matriz de la comunidad se convierte en una infraestructura general que lleva el agua usando un mismo caudal y a través de un sistema colectivo a todos.

Sin embargo, la infraestructura que llega hasta el interior de las casas se convierte en una particularidad donde se rompe el proceso colectivo a favor de la diferenciación de cada familia. Este es el lugar donde unos comienzan a mostrar por medio de materiales más costosos (mangueras, bridas y llaves) su poder económico y su “clase social”. Entonces, es posible decir que en Xirapamba la estratificación social es visible en la infraestructura del agua. Pero se puede ir incluso más allá para comprender cómo la infraestructura del agua marcó los cambios étnicos en la comunidad.

Xirapamba es una comunidad en donde solo se necesita retroceder tres o cuatro generaciones para encontrarnos con vínculos familiares que hacen que al final casi todos sean hijos de dos primos hermanos. En las escrituras de sus terrenos la mayoría eran llamados “indígenas”, a pesar de que hoy en día en el cantón el 89.9 % de la población se autodefine como mestiza (INEC, 2010). Es así que aparece un nuevo tipo de segregación basado en la etnicidad que, en el caso de los habitantes de Xirapamba, se basa en el apellido, el color de piel, la infraestructura del agua y la Junta de Agua a la que pertenece.

En la década de los ochenta y noventa, cada nuevo matrimonio marcaba una nueva alianza o la aparición de un conflicto, incluso de ensalzar o desprestigiar a la familia. El parentesco también estaba marcado en ciertos sectores unos más que en otros. Se aceptaba el



matrimonio entre parientes cercanos para evitar el desprestigio, era preferible que se casen entre primos antes que con “indios”. Para llegar a esta conclusión, se entrevistaron a varias personas que habitan en la comunidad de Xirapamba y en Estados Unidos que confirman estas aseveraciones.

La distribución del agua tenía que ver con los imaginarios de etnia, existía una regla no escrita para quienes se les podía negar el derecho de acceder a ella o tomarla, ya no solo dentro de la comunidad sino también en las comunidades vecinas. Las conversaciones con la Sra. Carmelita fueron de gran importancia para entender cómo las percepciones de raza/etnia les daba el “derecho” a unos de reclamar el acceso al agua y a otros no.

La Sra. Carmelita ha vivido en la comunidad toda su vida, ella es la primera hija de 8 hermanos, hoy a sus 50 años prefiere no recordar las penurias que tuvo que pasar junto a sus hermanos. A pesar de que en los terrenos de su padre se encuentra la vertiente de donde viene el agua para Xirapamba Centro, esto no garantizaba que la escuchen o respeten su voz; por otro lado, su padre había construido su casa cerca de la iglesia y no junto a la vertiente. Todo esto relata mientras juntas cortamos un poco de alfalfa al lado de un pozo seco cerca del camino público que era utilizado por todos antes de que se abriera la carretera y por donde se observa una acequia que lleva a otra comunidad.

Para entender las dinámicas sociales que circundan el agua, es necesario subrayar que mientras más cerca se vivía al centro cantonal o al río, mayor poder se tenía. Igualmente existían terrenos secos poco fértiles, pero si la persona era blanca podía demandar el derecho al agua. La Sra. Carmelita en lo referente a la raza/etnia dice que no sabe nada, pero lo que sí recuerda es:

La verdad, qué también seríamos nosotros, eso nadie lo sabe, pero cuando solo había acequias venía un hombre de Llaneg, que es una comunidad ubicada a las faldas de Xirapamba. Antes solo las familias ricas tenían acceso directo al agua del río, pero sí había gente que se creía “rica” por vivir cerca de la hacienda. En aquellos días ese hombre que cada cierto tiempo traía gente para limpiar la acequia desde la vertiente de Paila hasta sus terrenos. Aquel hombre llevaba el agua al menos una vez por semana, desde el alba hasta el anochecer sin que nadie le diga nada (Diario de campo, 2020).



Es decir, la percepción de poder y clase también pertenecían a ciertos imaginarios colectivos, este hombre podía cambiar su clase por ser el capataz frente a otros que estaba en condiciones más vulnerables que él, sin embargo, frente a los dueños de la hacienda él seguía siendo igual a quienes vivían en las montañas. Aquel capataz mostraba su poder al adjudicarse el derecho al uso del agua y negar a los habitantes de la comunidad, esto se dio hasta principios de los 80. Para teorizar lo expuesto tomaré el trabajo de los autores Sivapalan, Koanar, Srinivasan, Chhatre, Wutich, Scott y Rodríguez-Iturbe (2014) donde dicen que: “La complejidad del paisaje acuático actual, en el que las acciones humanas a menudo son variadas, distribuidas e informales, requiere una nueva comprensión, ya que estas acciones se manifiestan de maneras a menudo impredecibles” (p.p 225 - 230). En este caso, además de cambiar el paisaje acuático, la forma de distribuir el agua también cambió el accionar de las personas; en otras palabras, dependiendo del sector en donde se ubicaban las aguas, las personas cambiaban su accionar para apoyar y pelear por una u otra vertiente de agua.

Si bien en el cantón la mayoría de las personas se auto perciben como mestizos, las palabras “indio, mitayo, runa” fueron las expresiones más frecuentes durante los conflictos del agua que se utilizaban para insultar a la otra parte. En esta comunidad, como en el resto del país el color de piel, el apellido y la percepción de riqueza determinaba la etnicidad tal como lo señala Álvarez (2008): “De esta forma, desde inicios del siglo XX, y de manera explícita se buscó consolidar una sociedad netamente clasista y racista, basándose en argumentos “científicos y raciales” (p .125). Dentro de los archivos sin embargo, se encuentra que las personas asumen una postura u otra frente a la etnicidad según convenía. Por ejemplo en el nuevo caso legal que se abrió en 1983 parte de los involucrados manifestaron que: “ Ante mí [...] llegaron los habitantes del sector denominado Xirapamba quienes manifiestan que han utilizado el agua de la vertiente X desde tiempos inmemoriales” (Diario de campo, 2019). Esto para justificar la pertenencia al sector, el reconocerse como parte de un lugar para tener derecho al agua y al mismo tiempo este reconocimiento de haber habitado estos lugares los convertía a todos en “indios”.



Las escrituras de los terrenos son otra ventana para entender como la etnicidad fue cambiando hasta mediados a través del tiempo ya que 1930, todas las escrituras públicas nombran a quienes no vivían en el centro cantonal como indígenas, a menos que sean de tez blanca y ojos azules o verdes, podían acceder a más derechos o de forma más rápida, hasta mediados de la década de los 60 y 70 cuando se estaba generando la masiva colonización de la zona oriental, esto permitía una reinención de las familias en el nuevo lugar y su identidad cambiaba dejaban de ser los indios y se convertían en la burguesía de la zona.

2.3 La materialidad de la infraestructura y las nuevas relaciones sociales

La infraestructura del agua marcó una jerarquía social, aquellos que poseían más pozos de agua y vivían cerca de las vertientes hasta mediados de los ochenta fueron quienes tenían más poder dentro de la comunidad. De la misma manera, el matrimonio era una forma de establecer la jerarquía social dentro de la comunidad, pero antes de entrar en detalles hay que conocer cómo se realizaban estos matrimonios. En esta sección se contarán con tres historias de vida, que corresponden a diferentes temporalidades en los conflictos por el agua. La primera se dio antes de la existencia de la Ley de Agua en 1972; la segunda se da durante los conflictos por el agua en 1983; y la tercera cuando finalizaron los conflictos en 1993. Para concluir se plantea una observación general de los matrimonios que se dieron después de la creación de las tres Juntas de Agua. Todo esto para mirar como el agua también influyó en las uniones matrimoniales y lo que significó vivir en cierto lugar o pertenecer a cierta familia y todas las connotaciones sociales que implicaba el casarse.

La primera historia es de Don Juanito y de su esposa, la Sra. Margarita; ellos nacieron a mediados de 1948, se conocieron a principios de 1970. Su historia es diferente desde el principio porque Don Juanito perdió a su padre a los dos años de haber nacido. Siendo huérfano creció con su madre y sus dos hermanas, a los pocos años su madre volvió a casarse, pero no tuvo más hijos. En su niñez, Don Juanito se dedicaba –como todos los niños de su edad– al pastoreo de ovejas y acarrea agua desde los pozos y quebradas. Cuando cumplió trece años emigró para trabajar en la Costa, primero talando montañas a punta de hacha y machete, luego como ayudante de un barco. También trabajó en las minas,



en plantaciones bananeras, fue pescador, vendedor de gas y muchos otros trabajos más. Regresaba una vez al año a su comunidad Xirapamba, generalmente para la fiesta de la Virgen. Le gustaba la Costa porque allí “nunca faltaba agua” pero también porque había más comida; el Oriente nunca le interesó a Don Juanito por la falta de vías terrestres ya que para llegar al oriente había que hacer un viaje de tres días por un camino de herradura a lomo de caballo, el viaje se hacía a pie duraba de 4 a 5 días, donde solo se descansaba para comer y había muchos conflictos con los nativos. Por ello la Costa era más popular entre los jóvenes, para llegar a las plantaciones había que viajar primero a Cuenca y de allí tomar una chiva o el tren y podían llegar de manera más fácil, en las plantaciones bananeras existía agua que podían tomar mientras trabajaban y al final de cada semana recibía su pago.

Cuando conoció a su novia, decidieron casarse al poco tiempo, pero sus futuros suegros se negaron, la verdadera razón no la podían expresar, pero resultaba que Don Juanito vivía en un sector donde el agua escaseaba más que en la comunidad donde ella habitaba. El razonamiento es simple, menos agua más difícil la vida y también menor estatus social, ya que los padres de la Sra. Margarita se consideraban de clase alta en su comunidad. Ellos poseían un ojo de agua cerca de su casa, hablaban muy bien el español dentro de una comunidad que, en su mayoría, hablaba quichua, ellos sabían leer y escribir y, además, su padre tenía una banda de pueblo. En cambio, Don Juanito era huérfano, debía acarrear desde muy lejos el agua, su madre se había vuelto a casar y no era parte de la élite en su comunidad, pero tampoco era un mal partido porque hablaba bien el español y había terminado la primaria, viajaba a la Costa, tenía muchos terrenos que sí se podían cultivar a pesar de no tener agua y no tenía hijos con otras mujeres.

La falta de agua se convertía en un estigma, pero este se podía cambiar, a diferencia del apellido, el color de piel y las relaciones familiares. Todos estos elementos formaban parte de una estructura social que marcaba no solo la comunidad sino el país entero. Los habitantes de las comunidades rurales, una vez llegados al centro urbano cantonal, se convertían automáticamente en “indios”. No importaba si tenían o no agua, ante los ojos de



aquellos que habitaban el centro urbano todos eran indios que servían como mano de obra necesaria para los días del mercado, martes, viernes, domingos y para trabajar en las haciendas. Este mismo sistema era y sigue siendo imitado hasta hoy.

A pesar de todo, Don Juanito se casó y como temían sus padres, la vida de la Sra. Margarita no fue fácil, pero lo superaron juntos. La falta de agua llevó a que dos de sus primeros hijos –al igual que otros jóvenes–, cansados de la pobreza y las peleas por el agua, huyeron hacia Quito y Guayaquil a mediados de los años 80. Por otro lado, las enfermedades estomacales –que al parecer fueron las principales causas de muerte entre los infantes– se daba por el consumo de agua contaminada. Las personas que tenían dinero para visitar al médico siempre obtenían las mismas respuestas: los niños sufren de problemas estomacales, tenían parásitos y desnutrición. Las recomendaciones siempre fueron, según recuerda la Sra. Margarita, que había que hervir el agua, aunque esto significaba más trabajo y más gasto de recursos. Por esta razón, durante muchos años los habitantes hervían el agua cuando uno de sus hijos enfermaba, a veces solo con esta acción, los niños se curaban. Únicamente acudían al médico cuando la persona con el “conocimiento de plantas” no podía curar al infante.

Las primeras infraestructuras fueron pozas de agua que estaban estancadas, esto provocó la proliferación de microorganismos, además de renacuajos e insectos, lo que ahondó aún más las discrepancias entre los habitantes. Hay que entender que en ese momento se tenía agua en los pozos, pero esto provocó otros problemas. Según los recuerdos de los informantes, era muy común que todos los niños, en algunos meses del año, tuvieran problemas estomacales graves porque la falta de agua limpia o corrida obligaba a utilizar el agua que esté al alcance. La Sra. Margarita comenta al respecto: “cuando a los niños les desahuciaban, uno tenía que ir a buscar el agua más limpia que se pueda encontrar para hervir” (Diario de campo, 2019). Estas historias se repiten en los hogares de las comunidades rurales con escasa agua corrida y, al menos en cada hogar de Xirapamba, los padres tuvieron que enterrar a un hijo. Esta situación fue muy frecuente hasta mediados de los años 80; es también por ello que no existe una cultura de tomar agua de la llave o jugos, sino que era más seguro tomar chicha o coladas de “misqui” (pulpa del agave).



La segunda historia, en cambio, trata de un matrimonio que se dio durante los primeros procesos de adjudicación del agua. La relata Don Félix mientras espera que sean las 12 de la noche, hora de ir a su segundo trabajo. Esto lo hace sentado en un pequeño comedor compartido con otros migrantes de Xirapamba en una ciudad de los Estados Unidos. Don Félix es el mayor de tres hijos, su madre tuvo una sola hermana y él creció muy unido a la familia materna. Su vida, al igual que la de aquellos que nacieron en los 60, no fue fácil. Su trabajo de niño también fue el mismo que el de Don Juanito, pastorear ovejas, alimentar a los animales pequeños y acarrear agua de la quebrada. Para escapar de la pobreza y la violencia que vivía en su hogar decidió unirse al ejército y tuvo éxito porque no le detectaron ningún problema y se enlistó en 1979, una vez que el país retornó a la democracia.

Según su testimonio, no recuerda haber estado presente cuando se designó un procurador común para ir a buscar la adjudicación del agua o cuando comenzaron los conflictos en 1982, pero cuando llegaba de franco no se perdía una minga. Entre risas, Don Félix comenta que en las mingas se reunían todas las personas adultas, cuando los padres de las muchachas estaban en la minga, los jóvenes podían ir a visitar a sus novias y luego volvían al trabajo, pero si las muchachas eran las que asistían a la minga podían tratar de trabajar junto a sus novios o pretendientes.

En ese momento de su relato, la Sra. Susana, esposa de Don Félix, entró al pequeño comedor y contó su parte de la historia. Ella pertenecía al sector de la comunidad que tenía menos agua y durante los años de litigios legales fue un sitio neutro, ya que por su distancia no podían acceder a las vertientes en disputa. La Sra. Susana era la mayor de seis hermanos, ella al igual que sus hermanos y hermanas, terminaron el ciclo básico en una escuela de la comunidad. Cuando ella se casó, se fue a vivir en una casita pequeña abandonada que su padre le prestó. Feliz no tenía en un principio muchos inconvenientes con ir a vivir en Zhoray porque siempre tenía una excusa para salir de casa, visitar a su madre. En aquellos tiempos, una familia promedio se conforma de seis hijos y, además, las mujeres debían probar a sus suegros que podían cocinar.

Las suegras juzgaban la habilidad de sus nueras cuando debían preparar el cuy, revisaban si



estaba bien lavado, bien salado, porque el cuy a diferencia de otros ingredientes necesita más agua para ser preparado. Había que tener especial cuidado al momento de pelarlo ya que el agua utilizada no podía estar hervida pero tampoco fría, no existían cocinetas a gas y todo era preparado con leña. El agua obtenida para la preparación era clave, aunque si se pasaba de la temperatura ideal no se pelaba bien, se cocinaba la piel y por consiguiente los intestinos; si esto llegaba a pasar, todo estaba perdido porque se necesitaba más agua y leña, esto era fácil de resolver cuando aparecieron las primeras mangueras pero antes de eso era casi una prueba de aptitud de la mujer. Había que ser muy hábil porque el fracaso era un estigma difícil de cambiar.

La tercera historia es de Martín, el primer hijo de Don Juanito quien nació en 1972 y emigró a Guayaquil a mediados de los 80. Cuando finalmente regresó, fue difícil adaptarse otra vez a su casa. Su padre había comprado más cosas para hacer cómoda la existencia de su familia, tenían radio, televisión y lo más importante contaban con agua en la casa y podían bañarse, lavar su ropa sin tener que ir lejos. Si bien los conflictos por el agua estaban presentes, Martín –al igual que su tercer hermano– luego de volver a Xirapamba decidió casarse, pero no lo hizo con nadie de la comunidad. Su esposa pertenecía a una comunidad más cercana al centro urbano y al igual que su padre fue rechazado por sus suegros por venir de una comunidad de “indios”, pero al final terminaron casándose.

Para su matrimonio, se gastó alrededor de dos millones de sucres (equivalente alrededor de 4 mil dólares en dólares hoy en día) esto fue a mediados de los años 90. Todo esto para como muestra del éxito, del nuevo poder económico que tenían los que migraban pero sobre todo porque a esta boda fue invitada casi toda la comunidad, las únicas personas que no fueron invitadas eran las que encabezaban como demandantes en los litigios legales por el agua, en concreto algunas familias de Xirapamba Alto, este evento fue una manera de sellar la división entre sus habitantes, ya que cuando se da un evento como ese todos son invitados porque pertenecen a la misma comunidad y quienes no acudían como invitados lo hacían como cocineras, cortadores de leña y otros trabajos alrededor de la casa en preparación de las fiestas. Cada celebración fue una forma de invitar a los demás no solo por una obligación social sino que a más invitados mayor poder económico y mayor estatus



social. Hoy en día Martín vive en un condado de los Estados Unidos con su esposa y sus dos hijos.

Del agua y sus conflictos Martín recuerda poco, además ya no le interesa. Solo sabe sobre las mingas cuando llama a sus padres, ellos le comentan que están cansados y doloridos luego de un día de trabajo. Siempre les reprocha el hecho que no le avisen para enviar dinero y puedan contratar a alguien que vaya a la minga. La infraestructura del agua de Xirapamba no es algo que le guste hablar porque siente que son fantasmas de una vida muy dura y afirma que a veces es mejor olvidar. Aun así, el pasado no se puede olvidar, más aún cuando es un pasado que todavía convive con uno.

El padre de Martín fue representante de Xirapamba Centro y tuvo que enfrentarse a diferentes familias durante la repartición de las vertientes. Hoy, algunas de esas familias viven en el mismo condado donde vive Martín—así como la mayoría de los habitantes del cantón que emigraron a Estados Unidos—por lo que Martín pueden encontrarse con ellos cualquier día. Me explica que no son sus amigos, que los trata como desconocidos. No se estrechan de las manos ni se reconocen entre sí. Martín no vive con sus hermanos, cada quien vive en su propia “renta”; en cambio los del “otro bando” viven todos juntos ya que ninguno de ellos llevó a sus esposas o hijas. Hay sentimientos encontrados de antiguas peleas que reaparecen entre los migrantes a pesar de las dificultades.

Cada historia marca un momento en el tiempo que permite entender cómo el acceso a la infraestructura del agua marcó la vida de las personas. Todas están llenas de una carga emocional donde la etnia, el color de la piel y el apellido definen el futuro de un individuo dentro de la comunidad y fuera del país. Para personas como Susana y Felix que pertenecen a Xirapamba Centro no es fácil “camuflarse” en el condado donde viven, el color de su piel los delata. Algunos de los migrantes de Xirapamba Alto si pueden “pasar por gringos” porque tienen una tez más clara, lo que permitió que cuando se daban los conflictos por el agua sentían que tenían más derecho que los “otros”. Bajo esa misma lógica, Martín buscó a alguien de fuera de la comunidad para formar su familia porque dentro de la comunidad no encontraba a alguien, según sus palabras. Todo esto indica que las personas interiorizan el color de piel en unos lugares más que en otros incluso antes de la aparición de los



conflictos por el agua. El apellido y el color de la piel y lo que contaba como riqueza eran elementos decisivos para casarse, aunque nadie sea consciente de ello. En resumen, cada percepción de raza y etnia también va creando nuevas formas de vivir la comunidad y construir la infraestructura del agua.

2.4 El papel de la Iglesia Católica y la construcción de la infraestructura del agua

Xirapamba es una comunidad rural donde prácticamente la totalidad de su población es católica practicante. La infraestructura del agua y la religión interactúan al momento de realizar las mingas para el mantenimiento o mejoramiento del convento y la iglesia. Esta relación de los evangelizadores y los habitantes del agua se mantuvo hasta mediados de los 80. Al costado del convento se puede apreciar un pequeño pozo que se limpiaba una vez al año para recibir a las religiosas salesianas. Las ‘madrecitas’, como se las llamaba, se dedicaban durante un mes o quince días al adoctrinamiento de los habitantes para los sacramentos como: el matrimonio, bautizo, confirmaciones y primeras comuniones. Pese a que algunos de los representantes de la iglesia venían cambiando su forma de predicar desde finales de los años 60, bajo la Teología de la Liberación.

Los habitantes de Xirapamba que tienen entre 60-70 años crecieron escuchando misa en latín. Esto nos muestra para afirmar cuán lejos estaba la iglesia de sus feligreses, pero entonces hubo un cambio drástico a finales de los años 70. El sacerdote ya no solo era el “enviado de Dios en la Tierra”, sino que también comenzaba a preocuparse por las necesidades de los feligreses. Durante los procesos de adjudicación de los derechos de agua en la década de los 80 en el cantón, fue el Párroco quien llevaba a los ingenieros y peritos hacia las comunidades y él mismo apaciguaba los conflictos que aparecían por las disputas entre los habitantes de las comunidades.

Para entender por qué las comunidades rurales más pobres fueron las últimas en acceder al derecho de adjudicación de las vertientes, hay que profundizar en cómo se concebía el Estado en esa época Álvarez (2008) sostiene que: “en el de Ecuador, vemos que hay una construcción social de lo que es el indio basada en argumentos raciales y mentales que justificaría su aislamiento, su intervención y sobre todo, su modificación” (p. 126). Por otro



lado, la segregación social se sostenía en un discurso clasista que se reforzaba desde la iglesia. Esta misma división social se replicaba en las zonas rurales que finalmente se resumía quién podría y quién no acceder al agua. Según el sacerdote Vera, párroco de la comunidad en esa época, esto se veía hasta en la manera en la que las personas se podían ubicar físicamente dentro de una iglesia:

Antes había fiestas de “blancos” y fiestas de “indios”. La más importante se realizó el 25 de julio en honor al patrón Santiago. Había una sola misa en la plaza o la iglesia del centro cantonal, aunque esta siempre fue considerada como una fiesta de blancos, esto no significaba que las personas de las comunidades rurales no festejaban. Para esto había que preparar comida para sus invitados y el 25 “bajar” al centro cantonal en donde se encontraban en la misa y realizaban sus bailes. Los habitantes de las comunidades rurales cargaban chicha en cántaros o perras [especie de ollas que cabía en la alforja]. Esta era la única ocasión del año en donde los “indios, campesinos, doñas, chazos” compartían una celebración, pero no el mismo espacio, ya que el sacerdote se encargaba de decir a los “no blancos” que los bancos eran para los del pueblo. Dentro del mismo lugar existían espacios que no podían ser atravesados (Diario de Campo, 2018).

Para entender mejor esta dinámica, Don Lizandro explica cómo se vivieron esos cambios ya que él es el mayor de la comunidad. Él nació y creció en la comunidad de Xirapamba, sus padres al igual que los demás habitantes de la comunidad siempre trabajaban como jornaleros en las haciendas del cantón, pero eran “libres”. Él dejó la comunidad hace tres años para vivir con uno de sus sobrinos en el centro cantonal porque nunca tuvo hijos en su matrimonio; su derecho de agua y las mingas están a cargo de su sobrino quien también maneja el usufructo de las propiedades. Él tiene 89 años y es la persona más longeva que experimentó todos los momentos descritos en este trabajo investigativo. Su aporte es sustancial para este trabajo de investigación porque es el último que recuerda todas las transformaciones desde 1940.

La construcción de las acequias para la iglesia cambio la dinámica de la repartición del agua porque, en ese momento, los representantes de la iglesia solo tenían una relación con



el agua durante un mes al año cuando ellos eran los que la utilizaban. Así como lo comenta Don Lizandro:

Las monjitas salían de misiones y había que mandar agua y nadie tapaba la acequia porque si no ellas mandaban a alguien para que vea quienes están tapando la acequia y cuando venía el Padrecito a la clausura les hablaba: “por qué han hecho eso a las madrecitas”; eso era una gran vergüenza (Diario de campo, 2018).

El agua y los problemas de pobreza no eran de importancia para la iglesia del cantón y mucho menos para sus representantes hasta finales de 1980; Don Juanito recuerda, como mirando hacia una época distante, que:

Antes cuando solo había acequias y los sacerdotes debían acudir a officiar la misa y cobrar por ella, había unos curas malos, para que suban a dar la misa se buscaba a quien camine más rápido, el día de la misa había que ir a la parroquia y esperar al cura. Él salía montado a caballo y uno tenía que correr delante mostrando el camino, algunos eran malos si no podía seguir el paso, con el chicote del caballo le pegaban, en las quebradas había que esperar a que el caballo tome agua y después nosotros, a veces ni siquiera dejaban que el corredor tome agua (Diario de campo, 2018).

Esta relación violenta entre el poder de la iglesia y los pueblos campesinos de los Andes está ampliamente documentada. Corr, 2003, menciona que:

Una institución del catolicismo colonial que ahora constituye la base de la vida social y ritual indígena es el sistema de patrocinio de festivales. [...] que por lo general se llevaban a cabo en honor a un santo patrón o para celebrar los días festivos del calendario católico romano, se convirtieron en parte del ritmo de la vida en los Andes, hombres voluntarios para patrocinar el festival, pagando comida, bebida y música (p. 39-54).

Como lo plantea la autora, algo que quedaba de la época de la colonia fue el poder del sacerdote y su importancia en épocas de fiesta, además el papel del prioste⁶ es innegable, al

⁶ Los priostes en Xirapamba son las personas que durante la misa son presentados como los anfitriones para la festividad del próximo año, además de este personaje también existen los chamiceros, pendoneros. Todos ellos buscan en la víspera y durante las fiestas mostrar su fe ofreciendo comida y bebida a todos los presentes. Cuando no han existido priostes se aceptan si alguien de otra comunidad quiere serlo de otro modo la comunidad será la encargada de pagar por todo y los gastos serán divididos en partes iguales para las tres Juntas de Agua.



igual que el efecto que tenía dentro de la comunidad que alguien pueda ser prioste. Por eso, había familias que siempre eran priostes de las fiestas más importantes, porque era una forma de mostrar el poder que poseían dentro de la comunidad. Esto se sigue dando hoy en día, pero más bien sucede por cuestiones de clase que por conflictos que envuelvan el agua; también tiene un soporte de creencia detrás de cada festividad. Existen rituales y protocolos no escritos que se siguen durante todas las festividades, pues desde el inicio no solo era un escenario para mostrar la opulencia, sino también dar gracias o pedir un favor al santo patrono.

La religión y el agua llegaba a su punto máximo de importancia durante los días de fiesta porque había toda una preparación para que los festejos se puedan realizar. Las festividades duraban ocho días, cada día tenía un diferente prioste y cada día había que ir a traer al sacerdote. El representante de Dios en la Tierra no comía, ni bebía de lo ofrecido por los priostes, pero quien lo hacía en su lugar era el Sacristán de la Iglesia, al que le llamaban “cura capellán.” Este personaje, en cambio, era el que cuidaba de las llaves de la iglesia y durante los días de fiesta comía, bebía y dormía cada noche en la casa del prioste de turno.

Para el prioste, la fiesta involucra buscar un milagro o exponer su fe y, segundo, dar cuenta de sus bienes materiales con la comida que se ofrecía a los invitados. Cada invitado llevaba debajo de sus chales algún regalo y al mismo tiempo un pequeño balde de lata para guardar la comida “guancha” porque a la fiesta podía ir quien quisiera, se diferenciaba la jerarquía social o económico de los habitantes en los hogares del prioste, al haber una diferencia en quién entraba a la casa o quién comía en la mesa. El prioste debía ir a pedir el cargo, después “ir a rogar” a las cocineras, los buscadores de leña y agua para la preparación de la merienda, que consistía en cuy con papas, caldo de gallina con fideo, arroz de cebada, chicha tierna para los niños, mujeres, jóvenes y chicha madura para los hombres, este último era el alcohol durante las fiestas. Los priostes que tenían más dinero o mejor estatus, bajaban al centro cantonal para comprar guarapo (bebida alcohólica).

Desde que se distribuyeron las tres vertientes de agua, las disputas que aparecieron originalmente por los conflictos legales entre las familias de Xirapamba Centro y Xirapamba Alto, ahora se transformaban en disputa de poder por la administración de las



iglesias. La misa del Patrón Santiago (ahora celebrada en cada comunidad) se convertía entonces en el lugar que los dos sectores buscaban que el mayor número de hijos sean presentados como: catequistas (encargados de educar en la fe a todos los niños y adolescentes), animadores (encargados de cada lunes compartir la “Palabra de Dios” a los padres de los niños de catecismo y que estaban obligados a asistir), visitadores de enfermos, síndico encargado de las llaves de la iglesia y más disputas que ya no tenían nada que ver con el agua.

De todas las experiencias por las cuales las personas de Xirapamba han atravesado juntos o por separado, lo único que ha quedado como prueba de todo el proceso son sus infraestructuras, acequias, pozas, tanques, mangueras enterradas, medidores que como lo manifiesta Wateau (2002): “Con el tiempo, las infraestructuras de agua también se convierten en ayudas para la memoria de la organización, independientemente de si estas referencias de memoria son precisas o erróneas” (p.p. 257 -265). Si bien ahora las mangueras ya no se pueden observar a simple vista, éstas dan cuenta de una historia hoy ya olvidada. Son vestigios de una organización territorial.

Actualmente los tanques de cemento abandonados junto a grandes construcciones son parte del paisaje comunitario, además de pequeños hoyos junto a casas de adobe vacías que antes sirvieron para mostrar poder económico y jerarquía social y hoy cuentan más bien la historia del desintegro de una comunidad. Ahora son los medidores los que muestran progreso, y finalmente las acequias junto a caminos vecinales son la primera infraestructura arcaica que nos recuerdan momentos de escasez, pobreza y marginación. Todas estas obras son parte de la historia y travesía de los habitantes del sector para tener agua potable.



CAPÍTULO 3

Infraestructura del agua y migración

El último capítulo de esta investigación tratará sobre la relación entre migración y la infraestructura del agua en la comunidad de Xirapamba. Este capítulo se enfocará en las migraciones internas, temporales e internacionales que se dieron a través del tiempo.

También es un acercamiento a las dinámicas sociales locales que, a pesar del tiempo, se reproducen en otros lugares. El trabajo de campo se realizó en un condado de los Estados Unidos, en donde se analizan las interacciones de las personas de la comunidad que viven en situación migratoria irregular. Por otro lado, es una mirada a las relaciones de parentesco, las percepciones de etnia y los imaginarios de clase entre las personas que han migrado. Me interesa mostrar cómo la distancia migratoria complica los conflictos por adjudicación al derecho del acceso al agua en Xirapamba en las décadas de los años 80s y 90s.

La infraestructura del agua y la migración han estado estrechamente ligadas incluso antes de que se accediera al derecho de adjudicación de las vertientes. Las primeras migraciones crearon sentimientos de pertenencia u abandono, es decir, era la falta del agua lo que provocó que ciertas familias dejarán la comunidad para siempre, pero también, para quienes migraban por temporadas, el agua fue el elemento que permitió descubrir el sentimiento de pertenencia a algún lugar y que los impulsaba a volver a sus comunidades.

Desde el año 2010, en Xirapamba, al menos uno o dos habitantes al año dejaban la comunidad hacia los Estados Unidos. Aunque se ha observado un cambio en quienes migran, los que lo hacen son jóvenes entre 15- 20 años la mayoría hijos de los primeros migrantes pero a diferencia de sus padres ellos si están casados o tienen hijos se van con toda su familia. Este nuevo incremento se dio desde finales del 2020, además las rutas son más “fáciles” compran un tour de la agencia de viajes y cuando llegan si pasan el control un coyote los estarán esperando en las afueras del aeropuerto esta movilidad puede ser percibida como una nueva ola de migración provocando, otra vez, un cambio en la forma



en que las personas se relacionan con la infraestructura del agua dentro de cada sector en la comunidad.

3.1 Primeras migraciones

Los habitantes de Xirapamba y sus comunidades vecinas no son ajenos a la migración, la mayoría de los hombres –por una o más ocasiones– ya habían dejado la comunidad para trabajar en la Costa o al Oriente hasta finales de 1980. Cabe aclarar que las personas que migraron al Oriente generalmente tuvieron otras dinámicas de desplazamiento que serán explicadas en los siguientes párrafos. A principios de los años 90 las personas comenzaron a migrar fuera del país, en especial a la ciudad de Nueva York. Las razones para dejar la comunidad varían en cada familia, pero existe un común denominador y era la pobreza, una pobreza que se manifestaba en falta de: agua, infraestructura vial, falta de trabajo, acceso a la educación y salud.

La mayoría de personas que dejan su hogar, busca en la migración un mejor futuro que va cargada de esperanza, así lo plantea Frances Pine (2014) cuando analiza que:

La esperanza es una noción compleja y de múltiples capas que se basa en la capacidad de imaginación, en el sentido del tiempo y del progreso temporal, en el deseo de creer en un futuro mejor o en la posibilidad de que algo pueda cambiar y, en cierta medida, en la incertidumbre (p. 96)

Los primeros habitantes que dejaron Xirapamba, sea hacia la Costa o hacia el Oriente, estaban visualizando el progreso y dejaban sus comunidades para aventurarse a lo desconocido, pero también querían dejar atrás la falta de oportunidades y sobre todo la falta de agua. Como explica Suarez (2020), “existen diferentes motivaciones para migrar entre los ecuatorianos”. En Xirapamba, este viaje siempre estuvo ligado de alguna manera a la infraestructura material y social moldeada por ideales de modernidad. Migrar es la esperanza de ofrecer y de tener un mejor futuro.

Existe una gran diferencia entre quienes migraron al Oriente y quienes viajaron a la Costa. El migrar hacia el Oriente significaba dejar la comunidad y ser parte de un proceso colonizador. Existen pocas investigaciones de la época de esta migración/colonización



hacia el Oriente y las que hay dan cuenta de la agenda política que existía de por medio. La historiadora Natalia Esvertit Cobes (2001) explica que:

Como elemento principal, y a modo de prolongación de la leyenda colonial de El Dorado, se construyó una imagen del Oriente como «tierra de promisión», que se apoyó en especulaciones respecto a la existencia de recursos naturales de fácil obtención y supuestamente inagotables, como oro, quina, caucho, zarza, canela, vainilla, maderas, resinas, etc., cuya explotación supondría la redención económica del país (p. 565)

Bajo este parámetro, el Oriente fue un plan político con muchos vacíos, pues se modificaban los discursos según los gobernantes de turno. Las primeras personas de Xirapamba y de otras comunidades rurales del Azuay, comenzaron a emigrar al Oriente bajo ese planteamiento ficticio que prometía riqueza inconmensurable para quien quiera aventurarse, pero esos imaginarios se construyeron dentro de un sistema social basado en la desigualdad y un discurso de diferencias.

Los primeros que llegaron a reclamar un pedazo de terreno en el Oriente, lo hicieron bajo proyectos gubernamentales que promovieron la ocupación de esos espacios. Para entender todos esos procesos legales, los investigadores Wasserstrom y Southgate (2012) resumen que:

A través de corrientes políticas cambiantes y fortunas económicas, prácticamente todas las administraciones tomaron medidas para ocupar y someter la selva tropical. En 1875, el gobierno declaró que sus territorios amazónicos eran “tierras baldías” y abiertas a la colonización; permanecieron abiertos hasta que el gobierno puso fin formalmente a la colonización en 1994 (p. 31).

Esta situación nos permite entender por qué la migración de la comunidad de Xirapamba hasta esta zona, seguía dándose en mayor o menor medida, hasta finales de los años 80. La promesa de riquezas y de “tierras baldías” era atractiva para las personas que menos tenían en Xirapamba. Aunque existía el mito de “los salvajes” que habitaban esas tierras, la narrativa oficial los borraba de la historia y ofrecía sus tierras a quienes creían que podían vivir ahí donde el estado no podía gobernar. Es decir, el proceso migratorio se asentaba en



visiones racistas de las poblaciones indígenas que han habitado históricamente el Oriente ecuatoriano y resonaban con procesos “civilizatorios” coloniales de larga data.

Por esta razón, quienes llegaron a reclamar los terrenos no pagaron nada por ellos y, a su vez, comentaban a las demás personas de sus comunidades originarias que habían “comprado” las tierras a sus habitantes nativos. Así, familias enteras podían migrar y abandonar todo en la Sierra para habitar estas zonas que poseían agua en abundancia. La historia de la Sra. Lucita permite aproximarnos a una mirada en el tiempo de quiénes, cuándo y por qué migraron al Oriente.

La Sra. Lucita nació en 1926, es la mayor de cuatro hermanos y cuando cumplió siete años se fue a vivir con su abuelo paterno. Ella comenta que desde que tenía nueve años comenzó a trabajar en la hacienda junto a sus abuelos, en las moliendas arreando a los caballos, vacas y otros animales. Ella, como la mayoría de muchachas, asistían al trabajo en grupos porque debían salir de sus casas al alba y volver una vez caída la noche.

Todo esto lo relata mientras se encontraba –como casi todos los días al mediodía– sentada en el umbral de su casita de madera construida en los años 60, con ayuda de todos los “nuevos” habitantes. Para ella recordar las historias de porque se fue y no volvió a la Sierra se han convertido en una forma de dejar escrita mediante las manos de otros, su memoria, ya que ella no sabe leer o escribir. En el pequeño caserío que habita desde hace más sesenta años llegan estudiantes de colegios, de la universidad, miembros de las juntas parroquiales y gobiernos seccionales para que les cuente las historias de como se fundaron esos pueblos. Las razones para dejar la comunidad fueron la pobreza, la falta de agua y la falta de educación. Trabajaban arduamente en las haciendas y en sus terrenos, pero simplemente no alcanzaban para dar de comer a sus hijos. Si bien existía una infraestructura arcaica para el agua, ésta no servía de mucho porque el agua no alcanzaba para todos. La Sra. Lucita comenta que:

Había acequias, había pozas, pero eso de nada servía si no había agua. La poquita agua que venía de la vertiente ya se acababa hasta llegar a la casa de nosotros, solo cuando llovía llegaba agua, pero llegaba llena de lodo y teníamos que esperar hasta la medianoche para recoger agua en cántaros. Si llovía durísimo había agua hasta por una semana que llegaba por la acequia, por eso mi marido vino



primero y yo después. Cuando dejé la Sierra, pensé en volver. Yo ya conocía este pueblo, la primera vez que vine fue cuando recién me casé, mi suegro nos trajo a conocer las tierras que había “comprado” a los “jíbaros”⁷ (Diario de campo, 2020).

Para construir todas las casas del lugar (San Judas) tuvieron que “desmontar la montaña” que implica cortar todos los árboles grandes del sector y, en su lugar, sembrar diferentes tipos de pasto. Uno de los animales introducidos por los colonos fue el ganado vacuno, lo que provocó una masiva deforestación que continúa hasta el día de hoy. Aun así, decidir migrar a esta zona no era fácil porque la vida en ese lugar tampoco era sencilla, ni era como la propaganda que pregonaba el gobierno central.

Como la Sra. Lucita lo expuso anteriormente, este era el único lugar en el que por lo menos tenían agua, aunque esto no significaba que las vivencias en el sector fueran más fáciles. Ella también cuenta que en muchas ocasiones no sabía en qué lugar la vida era más dura, pues quienes llegaron al Oriente provocaron una deforestación sin precedentes, no existían medidas de protección y se extinguieron especies enteras de animales, plantas e insectos. Además, arrasaron con comunidades enteras de nativos al transmitirles nuevas enfermedades como la gripe, varicela, viruela, entre otras. Pero de esos hechos, apenas quedan pocas personas que los recuerden o quieran hablar de ese tema entre los migrantes de Xirapamba.

Si bien, en aquel momento de la historia, todos los que migraron hacia el Oriente huían de la pobreza y el hambre, no implicó que en estas “nuevas tierras” dejaran de reproducir dinámicas sociales a las cuales ellos mismos estaban sujetos en el resto del país. Las personas que llegaron como los nuevos habitantes a la Amazonía traían consigo un esquema social, clasista y racista. En sus cantones existían dos tipos de personas: los blancos y “los demás”. Incluso, los “indios” eran tratados ligeramente mejor que los negros por tener “alma”, pues este discurso era predicado y promulgado por las órdenes religiosas dentro de todo el país. Entonces cuando los “colonizadores” llegaron, se convirtieron en los nuevos terratenientes, es decir la clase alta, los nuevos ricos y la gente shuar se volvió la

⁷ El término despectivo con el que se les llamaba a las personas nativas del lugar pertenecientes a la comunidad Shuar.



clase baja: “los indios, los salvajes”. Así como ocurrió en la Sierra, los misioneros encargados de “evangelizar a los salvajes” predicaban la desigualdad por su etnia y cultura.

Los discursos desde la iglesia se justificaban para obtener mano de obra que ayude con la evangelización de los nativos. Así, la historia que se va escribiendo nos muestra una sociedad llena de desigualdades y prejuicios a los que eran sometidos y al mismo tiempo que los reproducen ahí donde iban. Por esta razón, los nuevos pobladores son considerados como una especie de héroes que son reconocidos en los discursos políticos y quienes impulsan la “modernidad” en un lugar supuestamente casi inhabitado. Al preguntar a los Xirapambenses por los habitantes originarios, la conversación se vuelve tensa e incómoda, porque la mayoría habla de los pueblos originarios como seres perdidos en el tiempo y casi inexistentes en sus relatos.

Los nuevos colonizadores forzaron a los nativos de la zona a irse adentrando en la selva profunda a medida que nuevas olas de colonizadores llegaban. Y, por otro lado, las órdenes religiosas encargadas de adoctrinar llevaban en una mano la cruz y en la otra las cadenas y el látigo para aquellos que no quieran “aprender del verdadero Dios”. Esta fue la conclusión de los miembros de un pequeño grupo familiar de la etnia Shuar que se asentaron a media hora de San Judas. La Sra. Teresita es la última en recordar cómo fue la vida nómada y los conflictos que se dieron por las tierras y cómo fueron desalojados de ellas por parte de los colonos que con alcohol emborrachaban a los jefes de la tribu. Luego de darles algo de sal y ofrecerles más alcohol, terminaban por cederles los terrenos de acuerdo a su relato.

Este es el caso de las personas que migraron hacia el Oriente porque, como se mencionó anteriormente, los primeros pobladores se volvían en fundadores de los nuevos asentamientos y los convertían en personas importantes, en la clase alta de la zona. A pesar de que la mayoría escapaba de las mismas miserias que sus vecinos, en cambio, en este lugar, quien tenía más terrenos y más fuentes de agua, tenía más poder. En el caso de la Sra. Lucita, su esposo era el hijo del dueño de una montaña que había “cogido y comprado” a los nativos. En ese sentido, esto los convertía en la familia más poderosa de su nuevo pueblo; también, para mostrar su poder, ellos donaron los terrenos para construir la iglesia,



el cementerio y la escuela. En agradecimiento, la nueva comunidad colocó una placa en la iglesia.

Su historia era similar a la de sus vecinos, todos huían de la falta de agua y buscaban oportunidades para una vida mejor. En estos nuevos lugares, la Sra. Lucita podía tener agua cerca de su casa y era dueña de una quebrada. Aunque a pesar de tener agua en gran cantidad, la vida –según comenta– no era fácil porque existían peligros nuevos en cada rincón de su nuevo hogar:

A ratos no sabías si era más fácil o más difícil vivir aquí. De trabajar, en todos lados se trabaja. Pero el sol, la lluvia, los bichos, las culebras, y nuevas enfermedades eran cosas que nunca habíamos vivido, pero al mismo tiempo había agua como no te imaginas, limpiecita, que tenía un sabor inigualable, además con trabajo y mucho esfuerzo había comida en abundancia: plátanos, bananas, yucas, chontas, cañas, guabas, naranjas, oritos y tanto animal para matar como: guatusas, tapires y otros que ahora ya no hay porque la gente los cazaron tanto que se acabaron, han desaparecido, pero la vida ha sido dura, durísima. En todos lados ha sido una vida realmente durísima (Diario de campo, 2020).

Las personas que migraron al Oriente abandonaron sus terrenos porque eran poco fértiles. Sin embargo, una situación curiosa pasaba con los migrantes que dejaron la zona para ir al Oriente, pues nunca vendían los terrenos donde estaban construidas sus casas en Xirapamba. Esto se puede explicar según los testimonios de la Sra. Lucita quien afirma que siempre tenía la esperanza de algún día volver, pero, en su gran mayoría, eso nunca pasó. Si había la posibilidad de venta era de los terrenos donde no tenían sus casas y los vendían a sus familiares, hermanos, primos, tíos. Es decir, la demografía no cambiaba mucho porque no se vendía a personas fuera de la comunidad.

En este mismo contexto, al contrario de los migrantes en el Oriente, quienes migraron hacia las diferentes provincias de la Costa lo hacían únicamente por temporadas. De todos los que migraron a la Costa de la comunidad de Xirapamba, sólo dos familias dejaron la comunidad permanentemente. Las dos eran familias más empobrecidas por la falta de agua y con terrenos poco fértiles. Estas dos familias se fueron, pero todavía son dueñas de sus terrenos en la comunidad. La Costa, a diferencia del Oriente, replicaba los imaginarios de ser un



lugar “moderno”. También hay que destacar que los que viajaban a la Costa eran solo hombres. Los mismos que cuando regresaban, traían dinero y nuevas tecnologías como: radios de pilas, planchas, lámparas de kerex, bicicletas y ropa a la moda que también era muestra de su éxito.

Es importante mencionar que el lugar a donde se migra marca el sentimiento de pertenencia o distanciamiento de un lugar u otro. La migración que se dio en la comunidad desde hace décadas siempre ha manejado el mismo discurso e imaginario colectivo y es que “allá” en ese lugar lejano y desconocido, si se trabaja duro y con muchísimo sacrificio, todo se puede lograr. De antemano, todos los inmigrantes han escuchado lo difícil que es adaptarse y lo duro que es el trabajo, pero eso no ha detenido a nadie porque si alguien llega “allá”, tiene posibilidades de mejorar la vida de su familia. Es decir, la migración, indiferente de si es al Oriente, a la Costa o fuera del país está vista como una forma de ascenso social porque se asocia con la posibilidad de conseguir recursos a través del trabajo. A diferencia de la comunidad donde a pesar de trabajar duramente mucha gente seguía siendo pobre, quienes migran a otros lugares dan una verdadera posibilidad de bienestar a sus familias. Al mismo tiempo, hay un fuerte estigma sobre quienes fracasan.

Don Juanito, quien migró hacia la Costa por temporadas durante 30 años, afirma que:

Cuando uno es joven, nada nos vence, a todo nos acostumbramos ya después de un tiempo volvía solo tres o cuatro veces al año, pero siempre escribía cartas para mi mamita. Eso sí, el dinero solo mandaba con alguien que confiaba muchísimo, porque si no de las personas que menos te esperas te pagan mal, pero eso ya no importa. Cuando volvía a Xirapamba dejaba comprando cántaros para el agua, baldes de lata y limpiando las acequias y las pozas. De la Costa no se podía traer muchas cosas por la dificultad del viaje hasta llegar a la comunidad, ya que la primera carretera se construyó en la década de los 70 (Diario de campo, 2020).

Dentro de las comunidades rurales de la provincia del Azuay, la migración siempre fue una constante, en algunas familias era más frecuente que en otras, pero cada persona de la comunidad de Xirapamba para finales de los años 80 tenían a un familiar que vivía de forma permanente en el Oriente y algunos familiares que viajaban para trabajar en la Costa.



Aunque con los años la migración fue decreciendo hacia la Costa o el Oriente, ésta siempre estuvo presente en todas las comunidades rurales de la provincia. Si bien, en la actualidad ya no migran hacia la Costa, el fenómeno migratorio sigue siendo una constante que va creando a su paso pueblos fantasmas, familias separadas y otro tipo de desigualdades más permanentes.

3.2 Migración a los Estados Unidos

La migración hacia la Costa y al Oriente disminuyó a mediados de los 80, una de las razones es que ya había agua en la comunidad, circunstancia que disminuyó la mortalidad infantil; la mayoría de las personas ya tenían agua, aunque seguían existiendo los conflictos de por medio porque la construcción de esta infraestructura también ocasionó que aparezcan las divisiones familiares y la división entre sectores. En una investigación realizada a finales de la década de los 80 demostraba que la población era bastante joven, los resultados fueron: el 70% de la población tenía de 0 a 19 años en 1990; de este porcentaje alrededor de 150 eran niños de 0 a 9 años (Maita, 1990). De esta población que creció en Juntas de Agua fue la que más ha migrado, pero en el país receptor no se reúnen como comunidad.

La migración da cuenta de una lucha de identidad donde quienes “dejan la comunidad” siempre están buscando una vida mejor. Además, este “dejar atrás” a su familia para darles una mejor vida es considerado como un acto de sacrificio. Debemos tomar en cuenta que dentro de una comunidad que es fundamentalmente católica, el ser el cordero de sacrificio es algo que se aprende desde muy temprana edad. Es por esta razón que, dentro de las familias, se apoyaba la migración de los jóvenes varones y no de las mujeres porque ellos podrían sobrellevar la “vida dura” que les esperaba por el bienestar familiar. Por otro lado, dejar el país significaba una innovación en la infraestructura del agua. Como coincide Ann Miles (2010) cuando analiza la migración de Ecuador a EEUU, al mencionar que: “La mayoría de los migrantes se van por razones tanto individuales como familiares [...] indica un cambio en la identidad social y el estatus que tanto buscaban. Los migrantes tienen dinero [...] y experiencias que los convierten en personas de sociedad, al menos entre sus pares” (p. 3).



Dejar la comunidad no era una decisión fácil pero el ideal era más fuerte. Aun así, esta situación permitió la aparición de las redes familiares que estaban conectadas –así como las mangueras de agua–, pues si uno de los individuos tenía un familiar en el exterior, se le podía pedir que le “reciba allá”, al igual que en los tiempos de migración hacia la Costa que también había que ir a “rogar” que les ayude o que les devuelvan el favor. Es así que la migración apareció en la comunidad, aunque esta vez hacia un lugar más lejano, desconocido, inimaginable y del cual de los que fueron, la mayoría no regresó.

Según el antropólogo Jason Pribilsky (2001), “Puesto que las fuentes de trabajo en las plantaciones y los mercados para bienes artesanales colapsaron en la mitad del siglo, las familias de la región buscaron progresivamente migrar a los Estados Unidos para reproducir los vestigios de una vida agrícola” (p. 132). Es así como aparece en la memoria de las personas “La Jhony” (Estados Unidos), el término se impregnó en la memoria colectiva, en el vocabulario de todas las personas del cantón y la provincia. Según Pribilsky (2004) el término hace referencia a que:

Debido a que la inmensa mayoría de los migrantes son hombres, la migración se ha convertido en un importante referente socialmente reconocido en la transición de la juventud a la edad adulta en el Ecuador rural. Para los hombres de 16 años, viajar al norte significa cumplir el sueño de convertirse en un “ionys,” nombre derivado del popular *bumper sticker* 'I ♥ NY' que se usa para describir a los migrantes retornados que han adoptado estilos de habla, vestimenta y actitud estadounidenses (p. 11)

A medida que Xirapamba también se fue llenando de “ionys” la demografía de la población de la comunidad se fue moldeando nuevamente. Modificó roles como el que las mujeres asumían en Xirapamba, pues al haber ausencia de hombres en la comunidad, la nómina de socios de la junta de agua dejó de ser de hombres y empezó a tener en su mayoría nombre de mujeres.

Cuando yo era niña, el término “La Jhony” también era asociado con la geografía del continente, ya que dentro de mi propia memoria recuerdo a mis padres hablando de los países por donde mis hermanos debían cruzar. Para principios de los años 2000, todos sabían que para llegar a “ese lugar” (La Jhony) tenían que cruzar Guatemala, El Salvador,



Nicaragua y el más peligroso México. Todas esas memorias son un común denominador para quienes vieron partir a sus familiares y no los han vuelto a ver en persona desde esa última despedida, aunque con el avance de la tecnología los padres pueden ver a sus hijos (y a veces a sus nietos) para mostrar sus casas.

Para entender cómo esta situación modifica la vida cotidiana de alguien que dejó la comunidad a mediados de la década de los 90, hablo con Felix, uno de los informantes claves en esta investigación. Él lleva viviendo en los Estados Unidos desde hace 27 años y relata que:

El agua es como un hijo más, no importa el tiempo que haya pasado siempre hay que mandar plata; a veces cada mes, a veces cada 15 días, hay veces cada dos, tres meses. Mis hijas me dicen “papi dice que hay minga y vamos a pagar a tal persona”, y que le toca a uno, nada más que mandar el dinero. Yo la verdad ni sé cómo serán mis casas allá, ni cómo serán las secciones del agua, ni nada. Pero igual hay que seguir ‘luchando’ por el agua. En mi casa en el campo ya nadie vive, pero igual toca seguir pagando y así es la vida. Yo la verdad no sé si volveré, pero mis hijas por lo menos tienen un lugar donde ir a distraerse (Diario de campo, 2019).

Las palabras de Felix reflejan la realidad de una generación de migrantes que dejaron la comunidad a mediados de los años 90. La infraestructura del agua entonces se convierte, para ellos, en un ancla que los mantienen atados a la comunidad porque ellos siguen siendo los responsables de mejorar la infraestructura que llega hasta sus casas deshabitadas, incluso ahora cuando las casas son “una distracción” para sus hijas que viven en el centro urbano cantonal. Pero para que todo esto se dé, hay que volver y entender a quienes migraron primero a los Estados Unidos, debido a que eso marcó la reproducción de las mismas dinámicas sociales que se daban dentro de Xirapamba.

Aun así, dejar la comunidad para embarcarse en un mundo desconocido no era una decisión fácil, por eso la primera ola de migraciones estuvo compuesta en un cien por ciento de hombres, en edades comprendidas entre 25 a 40 años. Para entender este proceso el antropólogo Pribilsky (2016) dice que: “Mientras que los hombres que migran del pueblo frecuentemente añaden fuerza moral a su partida con afirmaciones de emigrar ‘por sus



familias' o dejar 'para alimentar a sus hijos', una discusión más amplia sobre la paternidad no se suele tener en conversaciones casuales" (p. 323). Para entender las palabras del autor, la historia de Felix es clave para acercarnos a cómo la migración no es un acto individual sino una concesión familiar que influye a toda la comunidad por los cambios que se dieron con base en las remesas.

Los conflictos por el agua aún continuaban entre los diferentes grupos cuando Felix dejó la comunidad, los juicios y visitas de peritos marcaban la cotidianidad de la vida de los habitantes. Desde ese momento, el pertenecer a un sector comenzaba a marcarse en algunas generaciones, en especial en quienes tenían diez años en adelante. La comunidad se transformaba porque, aparte del agua entubada, comenzó la reconstrucción de la escuela, la aparición de tendidos eléctricos y en las casas se comenzaban a instalar baños con duchas e inodoros. Todo esto se conectaba a una nueva forma de vida. Algo nuevo que generó la infraestructura del agua, fue la ubicación del pozo séptico porque éste se ponía en el lugar más seco cercano a la casa para permitir que la filtración de agua hiciera crecer hierba para los animales. Esto ocasionó una nueva manera de disputa entre vecinos porque, sin saber, con el paso de los años esas infraestructuras provocaron derrumbes por la constante filtración de agua en sectores completamente secos, formados por suelos rocosos y estériles llenos de vegetación conformada por zigzales, pencos y pequeños arbustos.

Los habitantes de Xirapamba Alto tuvieron más poder económico porque sus habitantes migraron en mayor número a mediados de los años 90. Por ello, las personas de este sector fueron los primeros que instalaron medidores y construyeron enormes tanques para almacenar el agua de la vertiente que les fue designada. Fue el momento donde las brechas sociales entre unos y otros se profundizaron más.

Aquellos que no podían pagar por los materiales para la nueva infraestructura pedían trabajo a las esposas de los migrantes, esto les ayudaba a ganar el suficiente dinero para poder mantener el derecho al agua, pero al mismo tiempo les convertían en trabajadores de "los otros". Por otro lado, en medio de la colina más alta que circunda la comunidad en cuyas faldas se asienta el sector de Xirapamba Alto, también se construyó un enorme pozo de agua que tenía plástico en el fondo para impedir que el agua penetrara y, de esta manera,



lograron obtener agua de riego. Esta situación implicó que las esposas de los denunciantes del Agua de Xirapamba Alto debían ser las encargadas de los trámites legales, junto con los hombres restantes. Cuando en 1997 finalmente se da el veredicto final sobre las vertientes de agua, los habitantes de Xirapamba Alto ya habían agotado todos los recursos legales posibles. Este veredicto final de la repartición de las vertientes se mantiene hasta la actualidad.

Esta circunstancia sirvió como medida de éxito o fracaso; el éxito se demostraba con la construcción de enormes casas (hoy deshabitadas) y la nueva infraestructura que construyeron para el agua. Con el paso del tiempo, la infraestructura del agua en Xirapamba Alto cambiaba cada vez, hacían más mingas y las cuotas –según algunos entrevistados– eran más altas, las mangueras se cambiaban con más frecuencia que de ninguno de los otros dos sectores. Pero en ese momento quienes no querían lidiar con las personas a cargo, decidieron abandonar el grupo y conformaron un grupo de socios con suficiente poder económico para captar el agua que había en los terrenos de una de las familias que no había sido reclamado; de esta manera, cinco familias construyeron toda la infraestructura del agua independiente de las otras tres Juntas de Agua principalmente gracias a las remesas que llegaban de EEUU.

Para los otros sectores donde la migración se dio a mediados de los años 2000 no cambiaron sus tuberías hasta finales del 2017, donde por medio de un programa gubernamental se crearon tanques de potabilización de agua y, a partir de ese momento, en cada casa se instalaron medidores de agua. Lo interesante es que hasta ahora nadie revisa o monitorea el consumo total de agua de cada casa. Es decir, los medidores están allí pero todavía no existe, entre sus pocos habitantes, una persona encargada de controlar la nueva infraestructura en ninguna de las Tres Juntas de Agua. Así que el pago por el uso del agua varía en cada Junta, En Xirapamba Centro hay una tarifa estándar que es de 7 dólares sin importar si se utilizó el agua o no. Las personas que viven cerca de la iglesia, como se menciona en capítulos anteriores, son los encargados de proveer agua para la escuela y la iglesia del sector, por lo que les tocaba trabajar para la “nueva infraestructura”. Ahora, si bien han pasado más de 30 años desde que salió la primera persona de la comunidad hacia



los Estados Unidos, para muchos de ellos, el agua sigue siendo parte de su vida y de sus finanzas.

Es importante recalcar que cada generación tiene una relación diferente con el agua. Las personas que migraron como Felix, cuando el agua recién se estaba repartiendo, no conocen la infraestructura “vieja o nueva”. La han visto solo por videos y fotos, aunque tengan que enviar dinero para su mantenimiento. A pesar de estar a cientos de kilómetros de la comunidad donde nació, la infraestructura del agua todavía sigue siendo parte de su vida, pero hay que especificar que es diferente para cada generación; en el caso de Felix, por ejemplo, cuando dejó la comunidad tenía ocho hijos, una esposa y a sus padres. En ese sentido, él tenía obligaciones con sus niños y, por lo tanto, con la comunidad pues sus hijos estudiaban en la escuela de la comunidad, asistían al catecismo y, además, tenía un derecho de agua en Xirapamba y Zhoray.

En ese sentido, el sentimiento de pertenencia o conexión con la comunidad es más profundo que para quienes dejaron la comunidad siendo adolescentes a finales de los 2000. Sin embargo, todos los que salieron de Xirapamba, de una u otra manera, siguen conectados con la comunidad. Tal como lo plantea Viteri (2011): “las múltiples formas por las cuales la resignificación y reinención de identidades (nacionales) a través de sentimientos de ‘hogar fuera del hogar’ ya presente permiten nuevas imaginaciones transnacionales y conexiones con la patria” (p. 221-216). En el caso de Xirapamba, la infraestructura del agua es el puente que une a muchos habitantes de la comunidad con este lugar, completamente extraño y que, de cierta forma, solo habita en su memoria. Cada sentimiento de pertenencia cambia con la edad de los migrantes, los que partieron hace 30 años hoy tienen alrededor de 50 o 60 años, muchos de ellos no creen que volverán porque ya se “acostumbraron a la vida”, además ya han visto morir, lejos de sus familias, a algunos de sus vecinos o familiares.

Otros, luego de algunos años retornaron al Ecuador y “no se acostumbraron”, y volvieron a migrar por la misma ruta que tomaron a principios de 1990. Historias similares se escuchan de migrantes que son forzosamente retornados en procesos de deportación. En su gran mayoría tratan de migrar nuevamente o como explica Diana Mata-Cospedal (2015) deben



acostumbrarse a “estar ahí” de diferentes maneras, con frecuencia llenas de tensiones y desencuentros.

Entonces “el hogar fuera del hogar” es la comunidad que habita “allí” fuera del espacio físico de Xirapamba; la comunidad que está a cientos de kilómetros todavía influye donde comen, a quien saludan, con quien viven. Muchos de ellos no han aprendido inglés porque su trabajo y su vida no lo requiere, están cerca de familiares, amigos, conocidos y los “otros”, que les permite tener un sentimiento de comunidad e incluso de conflicto. Además, quienes migraron cuando eran jóvenes y solteros volvieron a reunir a los habitantes de la comunidad en las bodas, bautizos, primeras comuniones, confirmaciones y ahora también en velorios. Entonces en esa nueva comunidad en el condado donde habitan, se conocen las últimas novedades y “chismes” de cada sector de Xirapamba y de sus habitantes, incluso antes de que las personas que viven en el Ecuador lo sepan.

Los migrantes que no dejaron esposas o hijos tienen una relación un poco distinta con la infraestructura del agua pues dejaron en la comunidad solamente a sus padres y hermanos; no sienten la misma obligación de pagar por su mantenimiento y reconstrucción, además tampoco se sienten obligados a pagar por las mingas. Por ejemplo, Marisol dejó el Ecuador cuando tenía 18 años, estaba soltera y sus padres le permitieron ir porque no podían pagar para su universidad; por tanto, las conversaciones de los derechos de agua, multas, entre otras cosas, son temas que Marisol no menciona muy a menudo, generalmente ella se enfoca en hablar sobre el clima, salud y de alguna otra novedad dentro de la comunidad.

No obstante, Marisol actualmente tiene una hija y cuando la mandó de viaje a Ecuador durante el verano, comentó que:

Cuando me tocó mandar a mi guagua al Ecuador mi mami recién me dice: “verás mijita que nosotros no tenemos agua caliente, hay que acarrear agua del tanque para la cocina y la guagua no se ha de enseñar con nosotros”. Recién allí me entero de todo eso, porque ya la verdad ni me acuerdo, me he olvidado y como somos varios hermanos pensé que cada uno había hecho alguna obra por su lado, que no me ha de dar iras porque yo siempre pregunto ¿cómo están?, ¿tienen todo lo que necesitan? ¿les falta algo? Y ellos siempre responden que



están bien, que no necesitan nada; solo porque mi hija se va, ahí se pone a decir las cosas que les hace falta (Diario de campo, 2019).

Estas vivencias evidencian que, en algún momento, se vuelve a hablar del agua y su infraestructura ya que siguen siendo centrales en la vida de las personas de la comunidad. A veces esta situación se da porque sus hijos tienen que visitar a sus familiares en el Ecuador, a veces vivir en el campo con sus abuelos, o visitarlos mientras estén en este país. Es este el momento en el que se reencuentran con la infraestructura del agua debido a que preguntan a sus padres si tienen baños, duchas, calefones para agua caliente, agua en sus cocinas, y si el agua es potable o no.

En este caso, la memoria es selectiva pues recordar la vida del campo es también recordar la pobreza y las disputas que se resumen en insultos, peleas, y discusiones entre los pobladores que se enfrentaban por las vertientes. Pero, a pesar de que esas memorias a veces son dolorosas, son las que permiten a los migrantes establecer sentimientos de pertenencia a algún lugar. El hecho de que puedan hablar de la infraestructura del agua permite tener un mapa mental de cómo fue la comunidad, de saber que en ese lugar no eran invisibles como, quizás sí lo son en los lugares como Estados Unidos—incluso por necesidad y protección. Son conscientes de que sus nombres están escritos en documentos legales y sabían que estaban cambiando la vida de todas las personas de la comunidad. Esta situación especial evidencia que toda la infraestructura es invisibilizada porque está enterrada bajo tierra pero, aun así, es una responsabilidad, un recuerdo, un tema de conversación que los une a un mismo lugar, los conecta con los de su misma Junta de Agua y los separa por bandos. A fin de cuentas, les une a un lugar donde “son alguien.”

3.3 La identidad de los migrantes basados en la infraestructura del Agua

De las entrevistas y conversaciones que se realizaron con los habitantes de Xirapamba viviendo en los Estados Unidos, se podría decir que no es que se hayan olvidado del agua o su importancia, sino que deben adaptarse a un nuevo clima, nuevas costumbres, nuevas formas de alimentación. A cada habitante le toca reinventarse, asumir una nueva identidad, reconfigurar sus prioridades, buscar la mejor manera para ahorrar el suficiente dinero y, en principio, regresar. Sin embargo, siempre hay algo más que hacer y con el paso del tiempo



el regresar ya no es lo primordial; por eso cuando alguien “nuevo” llega, es momento de “recordar”.

Dentro de cada uno existe un evento, un momento sobre el cual hablar y la mayoría de esas memorias están conectadas con el agua. Por ejemplo, al hablar con la Sra. Susana que llegó a los Estados Unidos hace diez años, el agua sigue siendo muy importante porque ella quiere volver. Esto puede explicarse al ver que toda la comida que prepara para ella y para su esposo es ecuatoriana, a pesar de estar fuera del país ella no está interesada en probar comida de otros países. Si bien la Sra. Susana es de las personas que anhela regresar, ella siente que sigue siendo la misma, pero entre risas comenta que en realidad cree que no es así. En ese sentido, ella encontró más independencia y libertad (reflejado porque dejó de usar la pollera), pero su anhelo de volver es lo que la motiva cada día, siempre está pendiente de los chismes.

Sin embargo, no todos los que se fueron van a volver, por ejemplo, Ivan el hermano de la Sra. Susana que migró cuando tenía 17 años a finales de 1999, creó una identidad propia. La infraestructura del agua le importa porque sus padres están vivos, pero según explica, cuando sus padres mueran seguramente dejará su derecho de agua porque no piensa volver a Ecuador. El condado donde vive desde que llegó es su comunidad porque allí está la casa que compró, su esposa e hijos. Para él, recordar el Ecuador y a Xirapamba es una mezcla de sentimientos de alegría y tristeza porque:

La vida allá era difícil, sin agua, sin trabajo, sin luz cuando crecemos, y luego cuando había luz no había mucho que hacer sin televisores o nada de esas cosas. Yo ya me acostumbré a vivir aquí, de cosas como el agua y las mingas me acuerdo cuando le digo a mi mamita que no vaya ella, que ya le mando dinero para que pague a alguien, pero igual si me siento ecuatoriano porque me gusta la comida del Ecuador, y mis hijos también quieren el país porque es de donde yo vengo, del resto no hay mucho de qué más hablar (Diario de campo, 2019).

Como se mencionó anteriormente, el agua contiene memorias porque cada una de las personas que no habitan físicamente la comunidad, vuelve a ser parte de cada Junta de



Agua o parte de un sistema social. Es entonces el agua algo más que sólo recuerdos como lo plantea Farfan Cañadulce (2013):

De manera ontológica, la memoria establece la comunicación con la infancia, con la adolescencia, con la adultez y la vejez, [...], es mediadora entre los diferentes estadios de formación del sujeto. Lo que recuerda y lo que olvida de sí mismo el sujeto es fundamental para comprender ¿qué es eso que somos? La memoria no solo está llena de recuerdos, sino también de olvidos; como la música que necesita de los silencios para que sea armonía. (p. 42)

Por esta razón, en cada conversación mantenida con los informantes, aparecen diferentes tópicos y sobre todo memorias que se relacionan con el agua. Por ejemplo, cuando Iván habla del agua él se acuerda de los velorios porque todos los vecinos llegaban a ayudar a cocinar y la casa se llenaba de gente, olor a velas y llantos entrecortados. También se acuerda que las personas debían acarrear el agua para matar a la vaca, que serviría de única proteína durante los tres días que duraba el velorio, en los cuales se servían tres sopas. La primera sopa era de habas secas, la segunda de cebada pelada y la tercera de res. También era el último plato en ser servido el quinto día a partir de la muerte (cinco) donde los familiares y vecinos llegaban a la casa del difunto para limpiar y salir a lavar en las quebradas las ropas del muerto.

La división sigue presente entre los habitantes de Xirapamba que migraron a los Estados Unidos, a pesar de que en la comunidad ya existe una especie de apaciguamiento y reinención de comunidad, al estar habitada por personas entre los 70 años y personas menores de 20 años que han tenido que compartir los mismos espacios. Las personas que ya no están, siguen marcando sus vidas alrededor del agua y su infraestructura, a miles de kilómetros de su lugar de residencia, es decir como lo describen Krause y Strang (2016):

El agua es parte integral, parte de las relaciones sociales y políticas en lugar de ser meramente vínculos entre actores humanos, se considera que las relaciones sociales incluyen compromisos con animales, lugares, cosas y materiales que contribuyen activamente, a través de sus propiedades y comportamientos, a la formación y transformación de relaciones (p. 633).



Las transformaciones que menciona la autora no solamente permanecen en la comunidad en donde se halla la infraestructura del agua, sino que, como se ha mencionado a lo largo de este capítulo, cada generación de habitantes que ha migrado lleva consigo unas formas específicas de relacionarse. Por ejemplo, los habitantes del Xirapamba Centro no conviven con los Xirapamba Alto, no rentan en los mismos sectores del condado, aunque los habitantes de Xirapamba Centro si conviven cerca de los habitantes de Zhoray y existen algunos matrimonios entre estos últimos, tanto en la comunidad como en Nueva York.

Las relaciones entre los habitantes de Xirapamba en el condado que habitan en New York con sus compatriotas sigue siendo divisoria a la distancia, esto se evidencia por ejemplo en las celebraciones como bautizos, confirmaciones, cumpleaños y otros eventos, pues se pueden encontrar a personas de al menos dos Juntas de Agua, pero nada más. Los habitantes de Xirapamba Alto que han migrado son en su 98% hombres y este sector está compuesto por una familia muy grande que maneja la administración de la Junta de Agua desde que comenzó su repartición. Esa parte de la comunidad continúa separada de quienes pertenecen a las otras dos juntas a pesar de las distancias físicas que marcan a sus habitantes en EEUU.

3.4 El género y la migración

Para la reconstrucción que se dio en 1994, la primera acción fue que cada socio pudiera entregar una cuota de dinero para comprar la manguera matriz de alrededor de nueve centímetros de ancho. Una vez adquirida la manguera en mingas de los usuarios de esta vertiente, sin tomar en cuenta a la escuela o la iglesia, decidieron cavar el lugar donde enterraron la manguera matriz que curiosamente tenía el mismo recorrido que la antigua. Por otro lado, cada uno de los socios fue el responsable de comprar sus propios materiales.

Es decir, los socios tenían que poseer algunos metros de manguera para llevar el agua desde la matriz hasta sus hogares, que no estaban muy distantes. Como se lo planteó en un principio, la gente construía sus hogares lo más cerca posible de las acequias; la persona cuyo hogar era el más lejano, tenía diez metros de distancia de la matriz hasta su hogar.



Para este trabajo todos los socios participaron, era una minga que algunos de sus habitantes recuerdan duró alrededor de tres días. La comunidad ya comenzó a sufrir una masiva migración hacia los Estados Unidos, esto generó que muchos de los socios ahora fueran mujeres. Desde ese momento, las mujeres cambiaron la dinámica social de la comunidad y esto fue visto claramente en ellas, para estas mingas muchas mujeres utilizaban la ropa de sus esposos ahora ausentes y la nueva infraestructura cambió además de la fuerza de la mano de obra, pues ya no era la misma debido a que las acequias ya no tenían dos metros de profundidad como la primera vez, esta vez tenían apenas unos 50 a 70 centímetros de profundidad; otro asunto es que muchos de ellos, al ver que el trabajo era desigual, propusieron que cada socio deba cavar un metro o más cada día de trabajo.

Debido a la migración la vida de las mujeres de la zona se dividió. Por un lado, ya no tenían que responder a dinámicas patriarcales en el hogar y, al mismo tiempo, tuvieron que abandonar a la propia familia para vivir con la familia del esposo. La mayoría de hombres, antes de dejar el país, dejan a sus esposas e hijos para que vivan donde la suegra. Si tenían una casa, deben abandonarla para convivir con los parientes del esposo y, por consiguiente, trabajar en las mingas por los familiares del esposo. Esta situación la expone Verónica Strang (2009) cuando dice que:

Las vidas de las mujeres agricultoras están circunscritas por campos de género, restricciones estructurales que limitan el rango de opciones alrededor de las cuales construyen sus identidades. Más del tres por ciento de las mujeres que asisten para asumir roles principales ha experimentado discriminación (p. 21).

Todos los conflictos legales y los trabajos en referencia al agua y su infraestructura estaban controlados por una mayoría de hombres, así como lo demuestran los documentos legales que se mencionan en capítulos anteriores. En todos los archivos de los conflictos legales solo apareció el nombre de una mujer. Esto no quiere decir que las mujeres no estuvieran presentes, sino que siempre eran los hombres los encargados de hablar, consultar, preguntar y responder, a más de mencionar que los primeros en reclamar el derecho a la adjudicación fueron hombres.



Sin embargo, cuando la masiva migración aparece en medio del conflicto, son las mujeres las que tienen que asumir los puestos de los esposos si no hay otro familiar hombre que se haga cargo. La primera opción siempre era transferirlo a otro hombre, un familiar o una persona de confianza; en los casos en los que se dejaba a cargo a las mujeres era porque no había otro hombre que pudiera encargarse o si se trataba de una mujer que no estuviera casada. En ese momento, no significaba que las mujeres no sabían leer o escribir, sino que eran “mujeres” que, en palabras de algunos entrevistados: “todavía no saben, es que es muy difícil, tienen tantas cosas que hacer.” Esta perspectiva sobre el rol y lugar de la mujer en la sociedad estaba afianzada en los sermones dados por los sacerdotes de turno que con frecuencia recalcan esta división según el género de las labores de la comunidad.

Por ejemplo, esta situación de discriminación de género se evidenció durante la pandemia de la COVID-19 en la que se prohibieron las reuniones y, sin embargo, el párroco de turno del cantón “tenía que cumplir con las comadres”. En su sermón de misa urgió a las mujeres a trabajar por la familia, tener más hijos, dejar que sus suegras, abuelas y madres les enseñen cómo si se podía con varios hijos, además de reforzar la idea de volver a trabajar el campo como lo hacían “antes.” Además, antes de terminar su sermón, urgió a todos a dejar de migrar porque en este país “sí se puede vivir, hay tantas maravillas que Dios ha dado y hay que conformarse con lo que Él [Dios] ha dado a cada uno” (Diario de campo, 2020). Es decir que lo que pregona la religión católica en Xirapamba ha cambiado muy poco en los últimos cien años porque una semana después, justamente en una de las mingas, uno de los participantes mencionó este sermón para decir y reafirmar que las mujeres, cómo bien dijo el párroco, deben pagar a un hombre para que trabaje, para que ellas puedan “cuidar bien a la familia”.

Para comentar como se miraba la migración y el género, la Sra. Susana también cuenta cómo la infraestructura del agua que hoy en día existe –en todos los sectores de Xirapamba– fue construida por mujeres, ya que todos los maridos salían a trabajar en otros lugares o habían migrado; por tanto, fueron las mujeres las que construyeron esta nueva infraestructura. La Sra. Susana comenta que:



Llevar el agua a la casa fue duro, teníamos que ir a la minga y con los muchachos pequeños era más difícil, había que mandarles a la escuela. Yo a todos mis hijos les mandé a la escuela de la comunidad. De allí, había que ir a ver los animales, cocinar y a trabajar el agua, pero por otro lado también era bueno, uno se podía reunir con los del barrio y hablar, siempre los encargados daban un fuerte alcohol de caña con soda. Y así pasaron los años (Diario de campo 2019).

No obstante, la masiva migración no dejó otro camino y las mujeres de la zona comenzaron a asumir nuevos roles, como secretarias en las Juntas de Agua. Durante la reconstrucción de la nueva infraestructura, los roles cambiaron porque las mujeres de la comunidad que nunca podían ir a la minga –al ser considerado como trabajo de hombres y mujeres sin esposos– en ese momento tenían que hacerlo. Por ello, las mujeres se enfrentaron a muchos procesos de discriminación y, sin embargo, al mismo tiempo, fue un tiempo de liberación, que también se dio gracias al nuevo papel que la Iglesia Católica tomaba frente a los problemas sociales presentes.

En una comunidad con una población total de personas católicas, las palabras de los sacerdotes eran casi ley, entonces cuando en 1990 se formaron las asambleas cristianas para la comunidad, fueron las mujeres las que aceptaron los roles de catequistas, animadoras y otros papeles importantes; cada domingo debían ir para capacitarse en el centro cantonal, este fue un espacio para conocer a nuevas personas.

A pesar de ello, esta liberación no significaba dejar de lado los conflictos por el agua o la división por pertenecer a una Junta u otra. Todos los días lunes, durante la asamblea, se comentaban los chismes de quien está con quién y casi todos los conflictos –hasta mediados del 2000– terminaban en la infraestructura del agua como punto de debate, incluso dentro de espacios como los religiosos, siempre existían espacios para discutir sobre el agua. En palabras del antropólogo Marco Di Nunzio (2018) “La infraestructura proporciona cimientos frágiles para la modernidad y el sentido de sí mismo de la gente, sin embargo, a menudo subyacente altamente segmentado y sociedades fragmentadas” (p. 1).

El caso de Xirapamba no es la excepción en este trabajo de investigación, pues la sociedad de Xirapamba estaba marcada por una jerarquía antes de que aparecieran los conflictos



legales por el agua. Cada sector de la comunidad contaba con su propia clase social marcada por el color de piel, el apellido o el dinero, con el paso del tiempo y con los litigios legales lo único que hicieron fue visibilizar esas líneas.

Sin embargo, hoy en día, las líneas son cada vez más grises porque hay nuevas formas de medir y entender la riqueza. Es decir, los parámetros ya no se miden únicamente por el agua o su infraestructura, o por las polleras que todavía algunas de las mujeres usan. La riqueza se mide por la educación que los jóvenes alcanzan, por los empleos que consiguen pero también se mide todavía por las uniones matrimoniales, con quiénes se casan los nuevos jóvenes. Y todavía prevalecen ideas de blanqueamiento y racismo detrás de las visiones de ascenso social.

Los roles de género han tenido lentas transformaciones, en los veinte años de las Juntas de Agua, en cada sector, ha existido una o dos presidentas. Esta situación se da porque, en cierto momento, las personas ya no podían ser presidentes al haber estado en ese cargo al menos cinco años y porque empezaron a manejar nuevas formas de gobernabilidad. Por ejemplo, en Xirapamba Centro, cada socio debía ser presidente durante un año; al ser las mujeres una mayoría, son las que representan a sus esposos, por tanto, es a ellas a quienes les toca asumir el cargo. También hay que tomar en cuenta que, en muchos casos, los nombres de los socios todavía constan a nombre del esposo o del hijo mayor. Es decir, que son cambios parciales donde la mujer continúa teniendo un rol secundario. A pesar de que la comunidad ha vivido importantes cambios, aún se mantienen visiones todavía muy conservadoras sobre el rol de la mujer.

Esto nos muestra que el cambio en la percepción del género es muy lento, el machismo está presente en las vidas de todas y todos. Con las nuevas generaciones se puede evidenciar la desigualdad de género con los cargos que ocupan. Aunque debido a la migración de los padres un gran número de adolescentes crecieron sólo con sus madres. Estos adolescentes apenas cumplen dieciocho años son los que van a comenzar a tomar las decisiones en aquellos hogares donde el patriarcado es enseñado por sus madres. Aunque un gran número de ellos termina el colegio, pocos deciden ir a la universidad.



Quien no lo hace es, usualmente, porque busca migrar hacia los Estados Unidos. Este fenómeno no es único en la comunidad de Xirapamba, sino también a nivel de cantón y de provincia. Por ejemplo, en el cantón, las autoridades son representadas en un 90% por hombres, este número es revelador si consideramos que en este cantón el 57% de su población es femenina. Todavía se eligen alcaldes y concejales masculinos sobre sus contrincantes femeninas, aunque no es de extrañarse porque las mismas prácticas se repiten en el país, en donde en las elecciones presidenciales de 2021, a pesar de que había dieciséis candidatos, tan solo existe una candidata mujer para la presidencia.

La realidad de la vida de las mujeres dentro de Xirapamba no varía mucho de las comunidades vecinas, en la actualidad son ellas las que están en las mingas, sesiones y al menos una vez han sido presidentas de la Junta de Agua. La primera ola de migración permitió un cierto nivel de liberación para las mujeres.

Sin embargo, con el auge de la tecnología, esta percepción de libertad terminó porque cuando los esposos las podían llamar en cualquier momento. Si ellas no contestaban –por estar en la minga del agua, de la carretera, de la iglesia o del convento– enseguida los hombres podían llamar a cualquier otro familiar a preguntar de manera casual si ha visto a su esposa o preguntar si es que hay una minga; en caso de que no sea así, llegaban los problemas. La Sra. Susana lo comenta en forma de anécdota, mientras prepara la merienda para su esposo en un pequeño departamento en Nueva York y dice que:

Cuando no había celulares solamente nos comunicamos por cartas, allí ya se escribía un poco de la vida diaria, de cómo están las cosas en general y cada domingo bajábamos al centro cantonal para ir a la casa de don Chava, que por mil sucres (como un dólar ahora) alquilaba el teléfono y eso verás que él llamaba pagando desde allá. Ahora que me acuerdo, era bien chistoso, casi todas eran mujeres. En la carta él ya decía que tal domingo del mes iba a llamar y yo hacía fila, entonces el teléfono sonaba y contestaba la mujer de don Shalva y avisaba “por familiares de tal” y ya si estaba en la fila, bien. La fila no era porque en ese orden llamaban, sino que ya una hacía fila. Se conversaba a lo mucho 20 minutos y todos oían la conversa, qué se va a decir “te quiero” al marido, ni nada, solo los hijos e hijas decían “te queremos papi”. Allí no había que decir del agua, sino que se hablaba de las



deudas, cosas así. Entonces conversaciones sobre las mingas o el agua no daban lugar, eso era por medio de cartas (Diario de campo, 2019).

Los cambios demográficos no eran únicos de Xirapamba, sino también de todas las comunidades de la provincia, las mujeres comenzaron a caminar por las calles “libres” o ese era el nuevo imaginario. Las primeras críticas que se le daba a una mujer era que caminaba como “soltera”, es decir ya no iba cargando las compras detrás del esposo, los padres y suegros, sino que podía decidir por su cuenta. Pero no todas fueron libres, muchas de ellas que quedaron “encargadas” eran vigiladas, sus familiares tenían más ojos para que las juzguen y solamente en las mingas del agua podían reírse, aunque eso no siempre sucedía porque a veces tenían a su lado a una cuñada, suegra, o hermana que censuraban este comportamiento. Aun así, al menos durante ese momento, no tenían que responder por sus acciones a sus esposos, fue así hasta que aparecieron los primeros teléfonos móviles.

Al final, la infraestructura tecnológica también tiene repercusiones en la infraestructura del agua, pues ya no es necesario ir a esperar al ingeniero y no saber si llega o no, ahora con una sola llamada todo se sabe. Esta circunstancia dejó de lado la libertad de las mujeres porque, hasta ahora, siempre están controladas y las mingas de agua no pueden aparecer de la nada. “La centralidad de la infraestructura como sistemas nerviosos de la vida contemporánea también revela la contingencia e imprevisibilidad del colectivo existente” (Di Nunzio, 2018, p. 2). Como lo declara este autor, todo está conectado en la contemporaneidad, la infraestructura del agua y las telecomunicaciones tanto para quienes están lejos como para aquellos que se han quedado. Esta es la nueva forma en la que algunos socios han podido asistir a la reunión virtualmente para no pagar la multa, e incluso quienes nunca volverán porque su vida está en los Estados Unidos, pueden formar parte de la toma de decisiones.

Las reuniones y la toma de decisiones se enfocan en cómo la infraestructura del agua debe ser manejada, pueden votar para establecer la tarifa mínima de cobro de multas y uso del agua. Así mismo, las esposas con esta tecnología pueden comunicarse más fácilmente con sus esposos, pero también se sienten más controladas. Muchas mujeres comentan que los



esposos llaman para saber dónde están y si están en otro lugar del que “deberían” les tocaba inventar excusas. Esto, desde luego, no funciona a la inversa.

Hoy en día, la comunidad no ha cambiado mucho en sus roles de género porque las nuevas generaciones recrean lo que debería o no ser una “buena mujer”. Cuando la migración comenzó, una buena mujer era quien iba a las mingas para que su esposo no tenga que pagar a alguien más, también era quien obedientemente seguía a sus suegros y padres y no podía opinar, por supuesto había excepciones a la regla. Sin embargo, sí hubo un momento en donde la comunidad estaba dirigida por mujeres, esto ocurrió entre los años 2000 al 2010. Pero luego de ese período, algunas mujeres también dejaron la comunidad y, nuevamente, los hombres que quedaron fueron los que tomaron la dirección de la comunidad en la mayoría de aspectos y las mujeres asumieron el rol de ser secretarías de las Juntas de Agua.



Conclusión

El trabajo presentado en esta tesis es una ventana a las relaciones que giran alrededor del agua y su infraestructura. Esta etnografía muestra cómo las relaciones sociales y las infraestructuras del agua en la pequeña comunidad rural de Xirapamba están co-constituidas. Si bien hoy en día en la comunidad de Xirapamba la mayoría de sus habitantes cuentan con agua en sus hogares, la historia recorrida para llegar a este momento implicó luchas internas entre parientes, vecinos y amigos. Al mismo tiempo, la cotidianidad de la comunidad está transversalmente marcada por las infraestructuras del agua y su relación con el género, la etnicidad, y la clase social. La orografía de la comunidad hizo que esta sea una comunidad con poca agua y fue la escasez de la misma la que provocó migración, desunión y conflictos permanentes. El agua por su escasez fue durante décadas una forma de riqueza, quien tenía agua podía pedir favores a todos, podría negarse a ayudar a quienes acudían en busca de agua y en general considerarse rico.

Al ser un elemento necesario para la vida diaria los habitantes que vivían en los terrenos más empobrecidos del sector cada día debían buscar la manera de conseguirla, es así que cada día los niños más pequeños de la casa y las mujeres eran los encargados de ir a buscar y acarrear agua. La vida fue así hasta principios de los años ochenta.

La rutina de las personas hasta esa fecha era casi la misma en las dos únicas épocas del año. Todas las tardes los niños cargaban baldes de lata y salían hacia las quebradas más cercanas a sus casas en la época de verano para encontrar agua, a esto también muchas veces tenían que llevar consigo a los animales grandes como vacas y caballos para darles de beber agua, generalmente antes de que se ponga el sol. Los meses de invierno, quienes no tenían agua podían llenar sus pozos con el agua que corría por los caminos que conducen hasta sus casas. Y los días sábados en un gran grupo salían temprano en la mañana para lavar su ropa en las quebradas además la mayoría llevaba consigo en una rapra de penco un poco de carbón para encender fuego y calentar agua para bañarse hervir las ropas blancas o las polleras de lana de borrego recién hechas.

Pero antes de la llegada del nuevo párroco en los años 80, el primer gran cambio que se dio en la comunidad fue la construcción de las primeras acequias para la iglesia. Esta primera



infraestructura que subsiste hasta ahora fue la que marcó la comunidad ya que las familias que tenían ojos de agua en sus propiedades debían hacer que pase la acequia por sus terrenos y así poder hacer que llegue más agua para la iglesia. Esto cambió drásticamente la distribución de las casas dentro de la comunidad porque los habitantes comenzaron a construir sus hogares lo más cercano posible a la acequia. Hoy en día cuando se recorre la acequia hasta sus inicios se puede apreciar cómo las nuevas que se construyeron en esa época y moldearon la vida de las personas.

El agua de las acequias nunca fue suficiente si bien quienes abrieron las acequias no podían tapar con tierra la acequia, si podían tapar el agua que salía de sus ojos de agua o el agua que corría desde las vertientes. Aunque esa agua nunca fue suficiente para que llegara a las familias que viven más lejos de la iglesia, al ser familias sumamente empobrecidas tenían que buscar la manera de ahorrar y comprar un terreno más cercano a la vertiente o, aunque sea a la acequia, pero esto era muy difícil.

A todo lo que ya ocurría en la comunidad también hay que decir que las percepciones y los imaginarios de etnicidad y clase se daban por el color de piel y el apellido y la percepción de lo que era riqueza. A piel más clara mayor oportunidad de casarse con alguien que sea rico. En Xirapamba, hasta principios de la década de los años 80 todavía había casos de matrimonios arreglados. Las familias que consideraban que no existía alguien que sea lo suficientemente buen partido para sus hijos o hijas permiten que existiesen matrimonios entre primos.

Cuando los habitantes de la comunidad buscaron la adjudicación del derecho del agua las percepciones de riqueza cambiaron. Si bien la Ley de Agua se expide en 1972, ninguna de las personas asumieron la obligación de reunir a los habitantes de la comunidad para buscar la adjudicación al derecho al uso del agua. Esto se dio por dos razones: la primera es que hasta mediados de la década de los 70 nadie sabía de la existencia de la ley. Los primeros beneficiados por la ley fueron los hacendados y los minifundistas. La segunda razón fue que el país estaba bajo una dictadura militar y en ese momento ya se escuchaban los rumores de opresión y muerte a quienes reclamaban demasiado.



La falta de infraestructura creó una forma de habitar la comunidad que se fue desarrollando a través del tiempo y junto con las nuevas infraestructuras que iban apareciendo. Las mujeres en la comunidad tuvieron una relación más íntima con el agua porque eran las encargadas de alimentar a su familia y de los cuidados que tanto dependen del agua. Además, fue en las mingas para la construcción o el mejoramiento de la infraestructura del agua durante la década del 2000 hasta hoy que ellas encontraban un apoyo y de mujeres como ellas que se habían quedado solas con los hijos porque sus esposos habían migrado hacia los Estados Unidos. Los hombres para proveer a su casa viajaban temporalmente hacia la costa desde muy jóvenes, esta era una migración temporal que no era ajena para nadie en la comunidad. En cada casa de Xirapamba había un hijo, hermano, primo, padre trabajando en la costa que regresaba para las fiestas o para los meses de siembra en octubre y noviembre.

El segundo gran cambio que se dio en la comunidad fue la apertura de una carretera en 1974. Para esto se tomó como referencia los caminos vecinales, que sirvieron como se mencionó anteriormente como acequia. Cuando se abrió la carretera la comunidad volvió a cambiar. Esta vez las personas buscaron construir cerca de la carretera, porque en los meses de lluvia podían recoger agua que llegaba desde las acequias abiertas a los costados de la carretera, con ello podían llenar pozos más grandes, pero esta agua llegaba con más lodo.

Todo esto provocó que al estancarse esta agua existiese una proliferación de microorganismos lo que provocaba enfermedades gastrointestinales más frecuentes en los niños y en el peor de los casos incluso la muerte de los infantes. La infraestructura que si bien su propósito principal no era transportar agua facilitó la recolección del líquido, pero elevó los riesgos de muerte. Es decir, este era un gran dilema y era el recoger agua de las lluvias que venían por la carretera o caminar todos los días para recoger agua corrida de las quebradas. Hoy en día se aprecia la misma carretera abierta hace casi 50 años y en algunos tramos todavía se aprecian los pozos cavados junto a las casas.

Cuando el país volvió a la democracia la Iglesia Católica permitió que sus sacerdotes jóvenes puedan abiertamente hablar de una iglesia más justa que esté al servicio de los más



necesitados, con esas ideas llegó el nuevo párroco que a lo largo de esta investigación se mostró como actor principal para acceder al agua.

Para los participantes de esta investigación fue la intervención del sacerdote la que ayudó a entender los pasos para acceder al agua legalmente, y en el caso de las mujeres fue este sacerdote quien les permitió ser parte activa de la vida comunitaria siendo ellas las nombradas para servir como animadoras de asambleas cristianas y catequistas. Pero también fue importante su papel de mediador en la comunidad porque solamente a él le hacían caso los involucrados en las disputas por el agua. En una comunidad principalmente católica es la palabra del sacerdote la que hay que obedecer y en este caso la del párroco que estuvo hasta mediados de 1990. El sistema social nacional ubicaba al sacerdote encima de cualquier persona y fue su posición dentro de los imaginarios comunitarios la que permitió detener discusiones evitando que estas se vuelvan físicas.

Fue tal el poder del sacerdote que los peritos e ingenieros de la ciudad iban a buscarlo para que les acompañe a las comunidades. Primero para que los lleve en su camioneta y luego para que detenga cualquier conflicto. Cuando la primera delegación de habitantes de Xirapamba llegó a Cuenca, a las oficinas del INERHI, creían que iban a tener una sola Junta de Agua. Una vez levantada la denuncia lo único que les tocó fue esperar el informe del perito, que luego de realizar una única visita determinó que el agua que las personas beben es contaminada por estar a la intemperie. Es decir, conducida por acequias, todo esto sin entender la complejidad que circundaba a esta arcaica infraestructura. La otra razón es que no existe suficiente agua para todas las casas habitadas del sector. Y, sin embargo, con todos estos informes la oficina concede el derecho con la recomendación de que se construyan nuevas infraestructuras de cemento y las personas utilicen el agua que está más cercana a sus casas sin entender que al hacer esto estaba provocando roces entre los habitantes.

Los roces verbales pronto se tornaron violentos y lo único que quedaba era abrir una nueva denuncia. Para esta nueva denuncia del año de 1983, los habitantes de Xirapamba se dividieron por sectores que perduran hasta hoy, Xirapamba Centro, Xirapamba Alto y Zhoray. Este último sector no fue parte de las disputas porque ellos tenían la vertiente con



menos agua, era una de las zonas más pobres del sector y ya comenzaron a construir con los materiales que les entregaron las entidades gubernamentales. Desde ese momento y hasta hoy Zhoray se volvería el sector neutro, era el que daba el voto decisivo en la elección de presidentes de padres de familia en la escuelita de la comunidad, que debía ganarse quien quiera ser síndico y había otro candidato. Entonces fue la escasez del agua de la vertiente que les tocó la que les dio el poder de decisión, por consiguiente, un nuevo estatus.

La adjudicación del derecho al agua también provocó la marginación de algunas familias, en especial las más pobres que se encontraban asentadas en los suelos menos fértiles de la comunidad. Por ello la adjudicación no significa acceso por igual al agua, además hasta que esto sucede algunas familias cansadas de la pobreza que la falta de agua provocaba dejaron la comunidad migrando a zonas del oriente, colonizando nuevos territorios y reproduciendo el modelo agrícola a costa de la frontera amazónica. En ese lugar el agua era un elemento que existía en abundancia pero aparecieron nuevos peligros en forma de insectos, serpientes y nuevas enfermedades. Al final fue la falta de una infraestructura y la escasez del agua la que llevó a estas familias a dejar la comunidad para siempre, aunque eso tuvo su mayor incidencia en la década de los 60 a causa de una sequía.

Pero fue la masiva migración hacia los Estados Unidos que se dió a finales de la década de los años 80 la que provocó el rápido cambio en la infraestructura especialmente en Xirapamba Alto. Dejó de tener el mismo valor el vivir cerca de la vertiente o tener una o más pozas de agua. Las nuevas tecnologías como tanques de cemento o medidores de agua eran las encargadas de dar a una familia nuevas posiciones de clase y riqueza. Esta infraestructura era posible de construir para que todas la vean, por ejemplo, los tanques de almacenamiento para el agua también tienen una especie de mesa que servía de lavadero pero la masiva migración no ha terminado y todas esas infraestructuras hoy están abandonadas y son evidencia de una comunidad que está desapareciendo, con un promedio de edad de sus habitantes de 60 años.

Y, sin embargo, a pesar de que la mayoría aprendió la resiliencia por tener que idearse una manera de buscar, acarrear y guardar el agua, esta comunidad ha quedado para siempre dividida. Cada generación maneja una propia memoria colectiva e individual alrededor del



agua. Esta memoria es incluso relevante para los migrantes que están en los Estados Unidos ya que ésta los ata todavía a la comunidad. Siguen siendo ellos hasta hoy los encargados de proveer el dinero para el mantenimiento de la infraestructura del agua que llega a sus hogares, en muchos casos deshabitados. Pero es la memoria o quizás la nostalgia lo que a muchos sigue motivando a continuar siendo socias de las Juntas de Agua a pesar que no saben si volverán a la comunidad, pero es su ancla para enterarse de los chisme de las mingas, de los trabajos comunitarios, de la vida de la que todavía entienden cómo *su* comunidad .

Es la infraestructura del agua la que va hilando la vida comunitaria y la complejidad de la convivencia diaria entre sus habitantes porque dentro de cada Junta de Agua también aparecen nuevas luchas de poder. Con cada nueva infraestructura como medidores o llaves de paso también van apareciendo nuevas percepciones que siguen moldeando a los habitantes. Los conflictos legales por el agua se terminaron en 1997 pero de vez en cuando reaparecen, como lo hicieron a finales de 2019 y cada sector vuelve a desempolvar los folios judiciales que muestran los veredictos. Los mismos fueron percibidos como un triunfo para unos y una injusticia para otros, y para algunos es un absurdo seguir peleando por lo mismo. Pero al final los agentes externos que decidieron “lo mejor” para los habitantes de Xirapamba ya no están, han desaparecido y solo quedan las consecuencias de sus decisiones. En esta lucha constante por el agua, la evolución de su infraestructura cada vez más moderna en una comunidad rural que se va quedando más deshabitada.

El agua en su forma más pura es casi invisible, también para muchas personas los efectos del agua o la falta de ella también pueden ser invisibles. Con esta tesis espero abrir la conversación de cómo la distribución del agua tiene implicaciones físicas para los residentes de Xirapamba. Consecuencias de largo alcance, que van desde quién ayudará a arar el campo, hasta quién podría casarse con quién y de qué sector migrarán primero y cuántos serán, además de cuál será la “nueva” tecnología que van a implementar. Todo esto solo puede ser entendido por la infraestructura del agua invisible a los ojos por estar enterrada metros bajo tierra y sin embargo siguen dando forma a la cotidianidad de sus habitantes.





Bibliografía

Anand, N., Gupta, A., & Appel, H. (Eds.). (2018). *The promise of infrastructure*. Duke University Press.

Ballester, A. (2019). *A future history of water*. Duke University Press.

Ballester, A. (2019). The anthropology of water. *Annual Review of Anthropology*, 48, 405-421.

Boelens, R. (2015). *Water, power and identity: The cultural politics of water in the Andes*. Routledge.

Boelens, R., Gaybor, A., & Hendriks, J. (2014). Water grabbing in the Andean region: illustrative cases from Peru and Ecuador'. *The Global Land Grab, beyond the hype*, London: Zed books, 100-16.

Cañadulce, F. A. F. La comunicación entre memoria individual, colectiva e histórica. *Dossier: Comunicación, memoria y conflicto: hablar sobre las realidades*, 40.

Cobes, N. E. (2001). Los imaginarios tradicionales sobre el oriente ecuatoriano. *Revista de Indias*, 61(223), 541-571.

Coronel Feijóo, R. (1990). Gualaceo: Minifundio y transferencias de tierras en 58 años de vida cantonal (1930-1988).

Corr, R. (2003). Ritual, knowledge, and the politics of identity in Andean festivities. *Ethnology*, 39-54.

Di Nunzio, M. (2018). Anthropology of infrastructure. *LSE Cities, Governing Infrastructure Interfaces-Research Note, 1*.

Euzen, A., & Morehouse, B. (2011). Special issue introduction Water: What values?. *Policy and Society*, 30(4), 237-247.

Ferguson, J. (2012). Structures of responsibility. *Ethnography*, 13(4), 558-562.



Fransoi, M. S. (2017). La selva de los elefantes blancos. *Eutopía: Revista de Desarrollo Económico Territorial*, (12), 141-144.

Hendriks, J. (2010). Water laws, collective rights and system diversity in the Andean countries. *Out of the mainstream: Water rights, politics and identity*, 165, 166-69.

Hidalgo, J. P., Boelens, R., & Vos, J. (2017). De-colonizing water. Dispossession, water insecurity, and Indigenous claims for resources, authority, and territory. *Water History*, 9(1), 67-85.

Ingold, T. (2017). Anthropology contra ethnography. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 7(1), 21-26.

Jensen, C. B., & Morita, A. (2017). Introduction: Infrastructures as ontological experiments., 615 -626.

Krause, F., & Strang, V. (2016). Thinking relationships through water. *Society & Natural Resources*, 29(6), 633-638.

Larkin, B. (2013). The politics and poetics of infrastructure. *Annual review of anthropology*, 42, 327-343.

Mata-Codesal, D. (2015). Ways of staying put in Ecuador: social and embodied experiences of mobility–immobility interactions. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 41(14), 2274-2290.

Martínez, L. (2006). Las comunidades rurales pobres y la reforma agraria en el Ecuador. *Reforma Agraria y Desarrollo Rural en la Región Andina*, CEPES, Lima.

Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas* (Vol. 3063). Katz editores.

Mazumder, R. K., Salman, A. M., Li, Y., & Yu, X. (2018). Performance evaluation of water distribution systems and asset management. *Journal of Infrastructure Systems*, 24(3), 03118001.



Morehouse, B. J. (2011). Heritage, public trust and non-market values in water governance. *Policy and Society*, 30(4), 323-334.

Pine, F. (2014). Migration as hope: space, time, and imagining the future. *Current Anthropology*, 55(S9), S95-S104.

Pribilsky, J. (2001). Los niños de las remesas y traumas de la globalización (Tema Central). En: Ecuador Debate. Fugas Migratorias, Quito: CAAP: pp. 127-153. ISSN: 1012-1498

Pribilsky, J. (2012). Consumption dilemmas: Tracking masculinity, money and transnational fatherhood between the Ecuadorian Andes and New York City. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 38(2), 323-343.

Strang, V. (2009). *Gardening the world: Agency, identity and the ownership of water*. Berghahn Books.

Strang, V. (2016). Infrastructural relations: water, political power and the rise of a new 'despotic regime'. *Water alternatives.*, 9(2), 292-318.

Strang, V. (2020). *The meaning of water*. London: Routledge.

Sivapalan, M., Konar, M., Srinivasan, V., Chhatre, A., Wutich, A., Scott, C. A., ... & Rodríguez-Iturbe, I. (2014). Socio-hydrology: Use-inspired water sustainability science for the Anthropocene. *Earth's Future*, 2(4), 225-230.-130.

Suarez, M. (2019). 'The Best Investment of Your Life': Mortgage Lending and Transnational Care among Ecuadorian Migrant Women in Barcelona. *Ethnos*, 1-19.

Tobar Solano, C. B. (2016). La Teología de la liberación del Ecuador, líderes, principios y estilo de iglesias.

Viteri, M. A. (2011). Nostalgia, food and belonging: Ecuadorians in New York City. In *Etnicidad, ciudadanía y pertenencia/Ethnicity, Citizenship and Belonging* (pp. 221-236). Vervuert Verlagsgesellschaft.



Vos, H. D., Boelens, R., & Bustamante, R. (2006). Formal law and local water control in the Andean region: A fiercely contested field. *Water Resources Development*, 22(1), 37-48.

Vos, J., Boelens, R., Venot, J. P., & Kuper, M. (2020). Rooted water collectives: Towards an analytical framework. *Ecological Economics*, 173, 106651.

Wasserstrom, R., & Southgate, D. (2013). Deforestation, agrarian reform and oil development in Ecuador, 1964-1994. *Natural Resources*, 4(01), 31.

Wasserstrom, R., & Southgate, D. (2013). Deforestation, agrarian reform and oil development in Ecuador, 1964-1994. *Natural Resources*, 4(01), 31.

Wateau, F. (2011). Water, societies and sustainability: A few anthropological examples of non-market water values. *Policy and Society*, 30(4), 257-265.

Xirapamba, Sentencia n. 790 -A. (Instituto Ecuatoriano de Recursos Hidráulicos, 1980).

Xirapamba Alto vs Xirapamba, Sentencia n. 2436 -A. (Instituto Ecuatoriano de Recursos Hidráulicos, 1981).

Xirapamaba Alto vs Zhoray y Xirapamba, Sentencia n. 2590 -A. (Instituto Ecuatoriano de Recursos Hidráulicos, 1983).

Xirapamba Alto vs Xirapamba Centro, Sentencia n. 6325 -A. (Instituto Ecuatoriano de Recursos Hidráulicos, 1993).

Xirapamba Alto vs Xirapamba Centro, Sentencia n. 7790 -A. (Consejo Nacional de Recursos Hidráulicos, 1999)